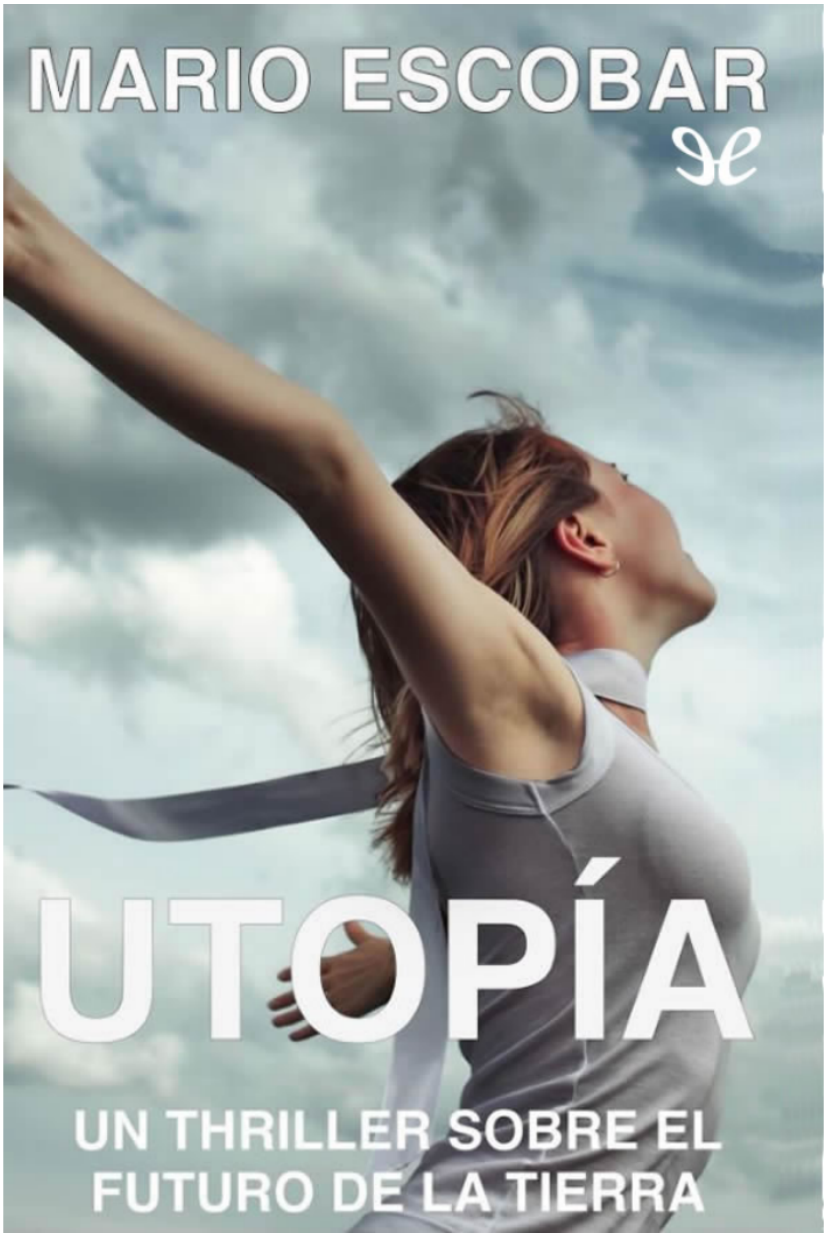
MARIO ESCOBAR
UTOPÍA
UN THRILLER SOBRE EL FUTURO DE LA TIERRA

Utopía: «Plan, proyecto, doctrina o sistema deseables que parecen de muy difícil realización». Definición del diccionario de la Real Academia Española.

En el siglo XVI, Tomás Moro publicó su obra Utopía, nombre de una isla ficticia y artificial construida en el continente americano. Quinientos años después, el filántropo y millonario Thomas Franklin, descendiente de una de las familias más poderosas de Estados Unidos, decide fundar una sociedad inspirada en la que Tomás Moro describió en su obra. En una isla situada entre Cuba y Haití, el polifacético señor Franklin crea su propia Utopía, una sociedad tecnológica y avanzada, cuyos planteamientos filosóficos y científicos aspiran a ser modelo para el resto de la humanidad.

Mientras los países más poderosos observan, admirados, la creación de una sociedad ideal, la periodista norteamericana Sally Red viajará a Utopía en busca de su hermana Amanda, tras su preocupante desaparición. En Amaurot, capital de Utopía, Sally conocerá al antiguo profesor universitario de su hermana, Thomas Franklin, visionario, culto y magnífico anfitrión. Sally entrará en contacto con el periodista Lázaro Bush y con el magnate de la informática Steve Gates. Mientras busca desesperadamente a su hermana menor, convencida de que no ha desaparecido de forma voluntaria, Sally Red tendrá oportunidad de descubrir los puntos débiles de Utopía. Detrás de la reluciente máscara de una sociedad perfecta, comienza a surgir la sombra de la duda, aquello que el resto del mundo ignora: intereses ocultos, secretos científicos, manipulación del pensamiento.

Utopía es un *thriller* entre lo científico y lo futurista, entre la acción y el pensamiento; una historia trepidante que, sin duda, nos hará reflexionar sobre la tecnología, la globalización, la prolongación de la vida, la explotación de los recursos naturales y el peligro de que la utopía se convierta en distopía.

Mario Escobar

Utopía

Un mundo ideal

El gran reinicio - 1

ePub r1.0
Titivillus 31-03-2023

Título original: *Utopía*
Mario Escobar, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«Necesitamos utopías. Sin utopías el mundo no cambiaría».

THORNTON NIVEN WILDER

«La historia del siglo XX es la historia de las utopías convertidas en campos de concentración».

OCTAVIO PAZ

«En efecto, vivir uno entre placeres y comodidades, mientras los demás sufren y se lamentan a su alrededor no es ser gerente de un reino, sino guardián de una cárcel».

TOMAS MORO, *UTOPÍA*

Introducción

El creador de la idea de utopía fue Tomás Moro, un conocido intelectual inglés, escritor y Lord canciller de Enrique VIII. En el año 1535 fue ejecutado por orden del rey, pero antes nos dejó su fascinante obra *Utopía*.

El libro fue publicado en 1516 y se divide en dos partes. La primera es un diálogo sobre temas políticos económicos filosóficos y civiles, entre varios amigos en Flandes. La segunda parte describe el viaje a la isla de Utopía de uno de los personajes ficticios del libro, un portugués que acompañó a Américo Vespucio en su viaje a América. Tomás Moro reflexionó sobre una comunidad ficticia, regida por principios filosóficos como: la tolerancia, la igualdad económica y social. La obra de Tomás Moro fue empleada posteriormente para crear el socialismo utópico y sobre él la ideología marxista.

Utopía (Un mundo ideal) es una obra de ficción, pero se basa en algunos temas de actualidad como: el cambio climático, los estudios para prolongar la vida, la tecnología avanzada, la inteligencia artificial o el problema de la superpoblación de la Tierra. La novela especula sobre cómo sería un mundo regido por el planteamiento filosófico de Tomás Moro. Algunos datos son reales y otros han sido modificados para desarrollar la trama de este libro.

Prólogo

El cielo azul y el agua turquesa contrastaban con el verdor tropical, exuberante y frondoso. La tierra marrón se encontraba humedecida por la lluvia nocturna que había regado la paradisiaca isla en medio del Caribe. La chica desnuda corría por el sendero mientras sus pies se hundían en la tierra húmeda y su piel tostada comenzaba a sudar. Su pelo rubio suelto y rizado parecía flotar como una vela sobre su frente despejada y sus grandes ojos verdes. A sus veinticinco años se encontraba en plena forma. Había practicado atletismo en la universidad, obteniendo varias medallas en carreras de resistencia y maratón. Si alguien la hubiera observado desde un lado del sendero, habría pensado que simplemente estaba entrenando, disfrutando del día templado que acababa de comenzar mientras se dirigía a la playa próxima, pero había algo en su mirada, en la expresión de su rostro aniñado, que no dejaba lugar a dudas. Corría para sobrevivir.

La joven giró la cabeza para asegurarse de que nadie la seguía, volvió a recuperar la respiración pausada y constante, notó como el corazón comenzaba a desacelerarse y que los músculos, más que quejarse por el esfuerzo, le agradecían el regreso a sus viejos hábitos deportivos. Desde su llegada a la isla había estado demasiado ocupada con su trabajo para tomarse un pequeño respiro.

El sendero se dividía en dos un poco más adelante. El camino derecho conducía a la playa, una larga franja de tierra en la que los cocoteros crecían hasta el límite de la arena tan blanca como la nieve de su ciudad natal. El sendero izquierdo ascendía hasta el acantilado, donde uno de los padres fundadores había colocado un estratégico banco para que los enamorados contemplaran los amaneceres y los atardeceres sin que nadie los molestara. La mujer tomó el de la izquierda y notó cómo el ligero desnivel le pesaba en

las piernas, pero no aflojó el ritmo. Las flores a veces se convertían en improvisados obstáculos que saltaba sin apenas esfuerzo, porque su mente se encontraba muy lejos de allí.

La selva se aclaró de repente y delante de sus ojos apareció el mar turquesa que se unía en el infinito con un cielo azul sin nubes. Se detuvo jadeante y recuperó el aliento. Los ladridos de los perros la pusieron de nuevo en guardia. Miró hacia el acantilado, dudó un instante, pero decidió correr hasta la cima. Mientras la mujer corría desesperada —como en el mito griego en el que Acteón es condenado por Artemisa a ser devorado por sus propios perros de caza por haber osado verla desnuda— la docena de *Pit bull terrier* se detuvo frente al banco. Sus ojos fríos, inyectados en sangre, olfatearon el rastro y comenzaron a correr de nuevo mientras sus ladridos enmudecían el canto de los pájaros que revoloteaban entre los árboles.

La joven se preguntó de nuevo cómo había llegado a esa situación. Se acordó de la historia que había leído de Boccaccio en el *Decamerón*, titulada «El infierno de los amantes», donde una mujer es perseguida y atacada por los perros de caza de su pareja.

Su cuerpo comenzó a agotarse a pesar de las señales de peligro que su cerebro le mandaba constantemente. Corrió entre los árboles y las inmensas rocas y se metió entre dos de ellas. Ascendió un poco más y contempló el hermoso lago en el cráter del volcán adormecido por el tiempo. Los ladridos se escuchaban tan cercanos que la joven miró el agua turbia; nadie se atrevía a nadar en las turbulentas aguas de aquel inmenso lago. Después miró al cielo y dio un largo suspiro. Se lanzó justo cuando las dentadas de los perros rozaron la piel de sus piernas. Los animales se quedaron gruñendo en la orilla, furiosos por haber perdido su presa por tan poco. El agua gélida del lago revivió los músculos de la joven y por primera vez en mucho tiempo se sintió libre.

1ª PARTE: LA ISLA

1

Sally asomó la cabeza por la pequeña ventanilla del hidroavión y se quedó admirada por la isla. Su hermana se la había descrito de mil formas diferentes, pero era mucho más hermosa de lo que imaginaba. Situada un poco más al norte, entre la Isla de Cuba y Haití, aquella joya había pertenecido al Imperio británico durante más de trescientos años hasta que el filántropo y millonario Thomas Franklin la compró para realizar el mayor experimento sociológico de la historia de la humanidad. El magnate se parecía a Ernst Hemingway en su etapa de dandi literario, pero en una versión pelirroja. Thomas Franklin provenía de una de las familias más pudientes y conocidas de la costa Este de los Estados Unidos, amigos íntimos de los Kennedy, se habían sabido mantener apartados de la política mientras sus industrias alimenticias seguían creciendo hasta convertirse en las más importantes del país. El anciano señor Franklin no se había conformado con dilapidar la fortuna de su familia, era a su vez doctor en Antropología, Filosofía y Sociología en Harvard. Se había convertido en el profesor más célebre de la universidad más prestigiosa del mundo, aunque su fama internacional había surgido tras su descabellada idea de crear una nueva nación en mitad del continente con los principios y los valores de su filósofo más respetado, Tomás Moro.

Sally miró al asiento delantero, el magnate de negocios informáticos Steve Gates contemplaba a través de sus gruesas lentes redondas el mar brillante y los matices de azul de las aguas cristalinas. Gates tenía suficiente dinero para comprar cien islas como aquella, pero era el típico palurdo de frontera, incapaz de gastar un solo dólar en algo que no le reportara la fama de filántropo y hombre sobresaliente. Se volvió y le puso aquel gesto de ratón que olisquea un nuevo asunto con el que aparecer en los informativos del país a la hora de máxima audiencia.

El hombre sentado a su lado no era menos casposo. Lázaro Bush

hijo de un exgobernador de Florida, con más cerebro que todos sus congéneres juntos, pero con la arrogancia del que se sabe descendiente de una saga familiar de prestigio internacional y que para siempre aparecería en los libros de historia. Lázaro Bush era además el reportero de moda del *New York Times*, tal vez por su halo de hijo rebelde de la vieja guardia republicana. Su aspecto de explorador dominguero era aún más deleznable que el del otro pasajero de aquel hidroavión.

El aparato descendió poco a poco. Después se enfiló hacia la pequeña bahía que hacía de puerto y zona de amerizaje. El hidroavión planeó hasta descansar suavemente en las aguas transparentes. Cuando comenzó a perder velocidad, la mujer pudo contemplar los peces del fondo y las estrellas de mar rojizas.

En cuanto se pararon las hélices, se acercaron hasta ellos dos hombres. Uno era sin duda Thomas Franklin, que vestía por completo de lino blanco y llevaba un sombrero panamá. A su lado, un tipo musculoso de mentón cuadrado y pelo cortado al cero con traje de camuflaje de manga corta. El guardaespaldas del anciano abrió la puerta y los ayudó a descender.

—Señorita Sally Red, encantado de conocerla.

La sonrisa del hombre era tan perfecta que la luz clara de la mañana hizo que sus dientes lanzaran un destello. Sus ojos se agazapaban detrás de unas gafas de espejo, por lo que ella observó su propio rostro ojeroso y su pelo desmadejado por el aire del hidroavión.

Thomas Franklin saludó a los otros dos invitados, y los cinco se dirigieron a dos coches Noun Electric Nosmoke de color turquesa. En la isla todos los vehículos eran eléctricos y desde el principio era autosostenible en cuanto a la energía. El creador de Utopía presumía de tener el único Estado en el mundo que no emitía ni un miligramo de gases de efecto invernadero.

Tras unos quince minutos llegaron a la capital de su pequeño reino llamada Amaurot. Las casas de una o dos plantas formaban un perfecto orden, paredes blancas y tejados negros cubiertos por paneles solares. No había mucha circulación de vehículos: la mayoría de la gente se desplazaba en bicicleta, patinete o en *scooters* Super Coco CVx. Todos los habitantes vestían ropas parecidas. Los hombres casados, lino blanco y holgado en sus

pantalones y camisas, y gris claro los solteros; las mujeres, el mismo material en un color rosado las solteras, y amarillo las casadas. Los niños tenían copias en miniatura de los uniformes de sus progenitores.

El coche se detuvo frente a lo que parecía la entrada de un gran Resort Hotelero que todos llamaban Casa Madre. Allí se encontraba el edificio del Gobierno de la isla-estado, la residencia de Thomas Franklin y la sede de seguridad.

Pararon frente a la entrada redondeada, jalonada de plantas exóticas y flores de vivos colores. El perfume lo embriagaba todo, ya que en el suelo había pétalos de rosas y a los lados grandes maceteros con flores aromáticas.

Entraron en un inmenso recibidor con el techo de cristal. Las plantas estaban por todas partes, hasta el punto de que parecía más un jardín botánico que la entrada a un parlamento.

Se detuvieron enfrente de un mostrador donde un chico joven les entregó unos relojes, que al parecer los identificaban y ayudaban a acceder a las zonas autorizadas a visitantes. Otros dos jóvenes tomaron su equipaje. Su anfitrión los llevó hasta la terraza que asomaba por la parte trasera del edificio y desde la que se contemplaba la mitad oriental de la isla. Era un espectáculo de colores y formas tan hermosas que Sally sintió que se encontraba en el paraíso. Pero no estaba allí para disfrutar de unas merecidas vacaciones: debía encontrar a su hermana Amanda, la única familia que le quedaba en el mundo.

—Bienvenidos a Utopía, el experimento sociológico más importante de los últimos trescientos años —les dijo Thomas Franklin mientras extendía los brazos como un sacerdote antes de consagrar los símbolos sagrados.

2

Lo primero que pensó Sally cuando se quedó a solas en la habitación fue en Amanda. Vivir como la hermana mayor no era sencillo, sobre todo con un padre ausente que murió demasiado joven y una madre que siempre aborreció serlo. Las dos se habían protegido mutuamente, y habían creado un mundo de fantasía en el que nadie más era bien recibido. Habían pasado la infancia en una zona residencial cerca de Boston. La gran ciudad era para ellas mítica. Solían ir en Navidad y, algunos veranos en los que su padre estaba menos ocupado, las llevaba al Museo de Bellas Artes de Boston. La infancia pasó demasiado deprisa y entraron precipitadamente en la adolescencia. Su mundo feliz desapareció por completo. Parecía que su padre nunca estaba en los momentos importantes de sus vidas, pero en cuanto desapareció, su casa se volvió más vacía y solitaria. Sally comenzó a salir con sus amigas, y la pobre Amanda se marchitó, encerrada en los últimos años de la niñez, sin más compañía que sus muñecas en aquel basto jardín de la soledad.

La marcha a la universidad fue aún más traumática. Al principio se mandaban mensajes y hablaban casi cada día, pero poco a poco se distanciaron más. Cuando Sally estaba terminando su último año de periodismo, Amanda cursaba su penúltimo año de bachillerato y era una solitaria e introvertida adolescente con granos y gafas. El primer año de universidad cambió por completo, como si al final se hubiera encontrado a ella misma. Su pelo suelto, rizado y rubio, sus ojos expresivos y atrayentes, su sonrisa picarona la hicieron muy popular entre los chicos, pero sobre todo brillaba por su inteligencia e iniciativa. Thomas Franklin, el profesor de Amanda, se fijó en ella desde un primer momento y justo el año en el que terminaba la carrera de Antropología se unió a su descabellado proyecto de crear una sociedad perfecta.

Sally se enteró apenas un par de días antes de que su hermana

tomara el avión para Santo Domingo. Intentó convencerla de que no lo hiciese, pero Amanda fue de las primeras en llegar a la isla y construir el mundo feliz que ahora contemplaban sus ojos desde la terraza de la habitación. Pensó que era fácil crear un lugar idílico en un sitio como aquel y con tantos donativos. No estaba segura de que ese modelo fuera extrapolable al caótico planeta que ella veía todos los días en las noticias. La mayor parte de los habitantes de Utopía tenían estudios superiores, menores de cuarenta años, sanos y de clase media. Era normal que no existiera la pobreza, la marginación o la delincuencia. En el fondo, Utopía era una burbuja de felicidad en un mundo de dolor.

Un año antes la isla había logrado su estatuto de país, pertenecía a la ONU y a media docena de organismos internacionales. Thomas Franklin se convirtió rápidamente en el hombre más celebre del año, portada de *Times* y anfitrión de famosos y filántropos que deseaban ver su experimento en vivo, pero ella no estaba allí por esa razón. Amanda había desaparecido una semana antes. Después de llamarla varios días, una de sus compañeras de apartamento le contestó. No sabían nada de ella desde hacía siete días. Había salido a correr y no había regresado. Una desaparición era demasiado normal en su mundo, pero en Utopía era una anomalía. Supuestamente en el paraíso nadie moría de forma violenta o desaparecía sin dejar rastro.

Sally miró el reloj y se dio cuenta de que llegaba tarde a la comida. Su anfitrión los había invitado a su propia residencia dentro de aquel inmenso complejo. Al parecer no se diferenciaba mucho del resto; nadie en Utopía era más rico que otro y cada dos años debían cambiar de vivienda para no atarse demasiado a las cosas materiales.

La mujer se probó un traje rojo, que resaltaba sobre su piel blanca y el pelo rubio. Se pintó los labios con desgana y se puso los zapatos de tacón. En cuanto salió de su bungaló, se cruzó en el camino con Lázaro Bush. El periodista llevaba un traje veraniego de colores claros y una corbata.

—Estás guapísima, si me permites el comentario.

Los dos se conocían muy bien, aunque no porque frecuentaran los mismos círculos precisamente. Lázaro Bush era el niño mimado de la élite neoyorkina y ella llevaba más de seis años viviendo en

Los Ángeles. Había dejado de trabajar para el *The Boston Globe* y ahora era redactora de *Los Angeles Times*.

—Gracias.

La respuesta seca de la mujer era más que intencionada. Bush se había dedicado los últimos años a pontificar sobre la necesidad de cambios en el país. El nuevo converso del socialismo al estilo de la congresista norteamericana Alexandria Ocasio-Cortez, que vestía trajes de tres mil dólares y zapatos de mil seiscientos pavos, pero se las daba de defensora de los pobres. La había conocido en Boston y desde el principio se había dado cuenta de la ambición de la puertorriqueña.

Sally no era conservadora, por lo menos en el sentido tradicional. Sus padres las habían criado a las dos en una especie de nebulosa moral, en la que nada estaba mal ni bien. Ella se sentía más ácrata que otra cosa.

Caminaron en silencio unos segundos hasta que el hombre comenzó a hablar de nuevo.

—Este sitio es fantástico. ¿No te parece? —preguntó Lázaro Bush.

—El envoltorio es bonito —respondió Sally—. Otra cosa es lo que haya dentro del regalo.

—Los californianos siempre tan ácidos.

—¿Qué? Ya sabes que soy de Boston.

Lázaro Bush se había criado en Dallas, pero se creía más neoyorkino que nadie.

—Pero enseguida se pega ese cinismo de la Costa Oeste —dijo Bush—. Ese halo de superioridad. Pensé que te gustaría lo de una sociedad sostenible, ecológica, con comida orgánica y esas cosas.

—Claro que me agrada —dijo la mujer—, pero no la uniformidad ni esas sonrisas estúpidas en las caras de todos los que nos cruzamos.

—Querida Sally, aquí es legal el uso de mariguana como en tu Estado. En el fondo, California es igual que esto, pero con millones de pobres y miles de sintecho.

La periodista dio un profundo suspiro, después se paró frente a la entrada de la casa del anfitrión y Lázaro Bush le abrió la puerta. Una señora los recibió solícita en la entrada. Llevaba la misma ropa que todas las mujeres casadas. Los acompañó hasta el salón. Era una

gran sala que daba a una biblioteca bien surtida. La mesa enorme, de una sola pieza de madera, destacaba en el centro. En ella se podían sentar doce o catorce personas de forma holgada. Al lado se encontraba Steve Gates charlando con una chica de la edad de Amanda, pensó Sally.

—Buenas, espero que hayan descansado un poco —comentó la chica—. Soy Alicia, hija de Thomas.

—Encantada —respondió Sally.

—Mi padre no tardará en llegar.

—No te preocupes, imagino que gobernar una utopía no será sencillo.

La broma de Sally no pareció agradar al resto de invitados. A partir de aquel momento prefirió quedarse callada.

Alicia les ofreció una copa de vino o un refresco. La periodista optó por la copa de exquisito vino tinto.

El anciano señor Franklin entró de la mano de su tercera esposa; tenía casi la edad de Alicia. A su lado había un hombre calvo, con gafas, y la que parecía su esposa.

—Déjenme que les presente. Es Jeremías Leví, profesor de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Nos conocemos hace años. Es uno de los mejores filósofos de nuestro tiempo.

El hombre hizo un gesto de afectada humildad y todos se sentaron a la mesa. Las mujeres al fondo, aunque Franklin le pidió a Sally que se situara a su derecha.

—Gracias por la invitación, por la de visitar la isla y la comida.

Todos sonrieron ante las palabras de Steve Gates, que con su expresión de ratón de biblioteca y sus gafas redondas arrugó la nariz pecosa.

—Ya les he dicho que son muy bienvenidos. Nuestra misión es dar a conocer Utopía a todo el planeta y aquí, en mi mesa, tengo a dos periodistas reputados, un genio del siglo XX y el filósofo vivo más importante del mundo. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Me pasa el pan? —interrumpió Lázaro Bush y su ocurrencia hizo que el anfitrión se riera a carcajadas.

—Es cierto, lo único que se puede pedir es el pan —dijo Franklin —. Disculpen la tardanza, pero mi amigo Jeremías y yo veníamos hablando sobre la pobreza endémica de su amado país, Argentina. Hace más de un siglo era uno de los países más ricos del mundo,

con una renta per cápita igual a la de los Estados Unidos; ahora no deja de ser un país atrasado, corrupto y pobre.

—Bueno, Thomas —empezó a decir Jeremías Leví—, «pobre» en el sentido de que la riqueza está mal distribuida. La Argentina tiene todos los recursos naturales. Ya sé que no te gusta el petróleo, pero producimos una buena cantidad, además de tener una moderna agricultura. Somos el país más industrializado de Sudamérica, a excepción de Brasil.

—A eso me refería —puntualizó Thomas Franklin—, una población explotada, y todo por culpa del neoliberalismo económico. El capitalismo está destrozando la naturaleza, aumentando la desigualdad, creando un mundo más injusto y violento. El deseo de lucro es terrible. Me agrada mucho el proyecto en el que estás: filosofía en los barrios. La mejor arma contra la pobreza es la educación y la cultura.

Bush afirmó con la cabeza, se mordió los labios antes de hablar y con sus gestos afectados comenzó a decir:

—Es algo que la mayoría de los estadounidenses no entienden. El sueño americano tendrá que ser colectivo o no será. Ahora muchos están cambiando, pero el individualismo y el materialismo han arrasado a nuestra sociedad. La globalización está dando sus últimas bocanadas. El planeta se rebela a nuestras repetidas agresiones.

Sally los escuchaba alucinada. Lázaro Bush era nieto de una de las familias más ricas de Estados Unidos, que llevaba en el negocio del petróleo casi desde el principio. Thomas Franklin y la industria alimenticia de su familia habían explotado a países enteros de América Latina e hinchado de hormonas a sus animales. Jeremías Leví, el reputado filósofo argentino, pertenecía a una de las familias más pudientes de La Argentina. Su familia dominaba el comercio de joyas en el país y se decía que ponía y quitaba gobiernos. El único que había mostrado algo más de sentido común y coherencia había sido Steve Gates, aunque a veces pecaba de buenismo.

—En esta misma mesa estuvieron sentados los Obama hace unos meses —siguió diciendo Thomas Franklin—. Ya les dije entonces que tenían que hacer más por cambiar el mundo. Que estaba bien escribir autobiografías para hacerse más ricos, pero que el mundo necesitaba de su liderazgo.

Las mujeres comían en silencio, al otro lado, o charlaban en voz baja entre ellas.

—Una gran pareja —dijo Thomas Franklin—. Ojalá, Michel se presente a las elecciones en el próximo año.

Sally la conocía personalmente y, aunque no dudaba de sus capacidades, era consciente de que ya pertenecía a la élite, como la mayoría de los políticos norteamericanos. A veces se sentía demasiado cínica para sus veintisiete años, pero haber nacido en Boston y sus últimos años en Los Ángeles, no habían mejorado su escasa fe en la humanidad.

—Eso mismo pienso yo —dijo Thomas Franklin—, no ese psicópata que gobierna en la actualidad. El Papa nos visitó hace un año, fue de las primeras personalidades en llegar a la isla. Nos dio su bendición, aunque ya saben que la libertad religiosa es absoluta aquí, en Utopía. También hay algunos ciudadanos escépticos y ateos, aunque la mayoría practicamos la fe de Tomás Moro. Una religión natural cercana al deísmo.

—Pensaba que Tomás Moro era católico —se extrañó Gates.

Su comentario sorprendió a todos los comensales. Parecía estar como ausente.

—En la Inglaterra de Enrique VIII no se podía ser otra cosa —comentó Leví con su rostro de asceta.

—El Papa es un gran hombre —añadió Thomas Franklin.

Las palabras del anfitrión sonaban siempre solemnes.

Sally se incorporó un poco, se lo pensó un segundo antes de hablar, pero después se arrepintió de no haber respirado hondo y haber tenido la boca cerrada.

—Llevo un rato escuchando. La verdad es que Utopía parece un estupendo lugar de vacaciones o para jugar a ser Dios, pero nadie ha podido decirme qué ha pasado con mi hermana Amanda. Lleva una semana desaparecida en un lugar en el que supuestamente no hay crímenes y del que no se puede salir si no es en barco o avión. Me parece que su paraíso utópico comienza a parecerse demasiado a Ciudad Juárez.

El resto de comensales se volvieron hacia ella sorprendidos; incluso las mujeres que se encontraban al fondo prestaron atención. Sally sintió todas esas miradas clavadas en sus ojos azules y se prometió a sí misma que la próxima vez se mordería la lengua.

3

El ambiente podía cortarse con un cuchillo, hasta que Thomas Franklin comenzó a reírse y rompió el silencio que se había creado con el último comentario.

—La señorita Sally es una provocadora.

Todos se echaron a reír, en especial Steve Gates y el filósofo.

—Sé de buena tinta que es una mujer progresista —empezó a decir el anfitrión—, muy crítica con el actual Gobierno y amante de las causas perdidas. Querida Sally, aquí estamos creando ese mundo que tanto anhela. Su hermana es una firme defensora de Utopía. Por Dios, es una de las madres fundadoras. Cuando esto era una isla desierta con cabras y cerdos asilvestrados, fue de las primeras en trabajar y levantar todo lo que ven. Los dos grandes valores de este proyecto son el talento y la juventud. Amanda posee ambos.

Sally se cruzó de brazos y frunció el ceño hasta que se le hizo una arruga encima de su nariz respingona.

—Sus palabras me conmueven, pero necesito saber dónde se encuentra mi hermana. Esto es una isla, por Dios. No puede haber ido muy lejos.

—Además de la principal, hay algunos atolones y un par de islas menores —explicó Franklin—. Dos terceras partes de Utopía son selva virgen. Hay muchos lugares por los que buscar, pero la encontraremos. Se lo aseguro.

—Han sido muy negligentes —insistió la periodista—. Si sufrió un ataque mientras corría o ha tenido un accidente… ¿cómo se encontrará? ¿Cómo ha podido sobrevivir sola y sin comida?

—He preparado una reunión entre usted y el jefe Kenji —la tranquilizó Franklin. Kenji podrá verla mañana mismo a primera hora. Quería simplemente agasajarla y que aprovechase el viaje para conocer bien esto. Ya sabrá que no es la primera vez que su hermana desaparece unos días. Siempre ha sido un espíritu independiente, un alma libre. Sigue explorando la isla, buscando

nuevas posibilidades para nuestros proyectos, y aparecerá antes o después.

La cara sonriente del hombre la sacaba de quicio. Thomas Franklin dejó de mirarla y continuó la conversación.

—Lo que estamos haciendo aquí es un nuevo comienzo. Una hazaña como la de los Padres Peregrinos en los Estados Unidos. Ellos deseaban libertad y buscaban un lugar mejor en el que vivir. El capitalismo globalizado actual está a punto de colapsar. Si no lo hace por un cataclismo natural, lo hará por uno económico. Ya saben que el sistema actual se rige por la doctrina del *shock*.

Steve Gates arqueó las cejas.

—Ahora soy yo el que se encuentra en estado de *shock*. ¿A qué se refiere?

—¿No han leído el libro de Naomi Klein? —preguntó Franklin—. Es muy interesante su teoría sobre cómo el capitalismo actual se fortalece en los grandes desastres, las tragedias colectivas y las catástrofes. Por ejemplo, el capitalismo más salvaje y despiadado salió favorecido por la crisis financiera de hace unos años.

—¿Usted cree? —preguntó Lázaro Bush.

Su mediocridad hacía que desconfiara de cualquier escritor o periodista que tuviera una idea original. Siempre estaba rodeado de escritores y periodistas que cacareaban las mismas perogrulladas.

—Mire —continuó Thomas Franklin—, el neoliberalismo surgió en un momento histórico complicado, en la década de los 70. En cierto sentido fue una reacción y una nueva vuelta de tuerca para combatir las revoluciones contraculturales de los años 60 y el peligro de la extensión del comunismo. Algunos economistas esgrimieron las teorías de que para que funcionara la economía nacional de los países, las grandes corporaciones debían pasar del sector público al privado. A partir de ese momento se produjeron las primeras grandes privatizaciones. Las empresas petroleras, después eléctricas, de comunicación, los bancos públicos y lo último las aerolíneas. Cada vez que se producía una desgracia o un cataclismo, las cosas empeoraban. Ya fuera el huracán Katrina o el atentado del 11-S, después de las desgracias se aplicaban leyes más duras sobre el control de la población, y la clase media se empobrecía. Unos pocos se hacían más ricos y la mayoría más pobre.

Sally pensó que aquella reunión era surrealista. En la mesa estaban, al menos, el hijo de un magnate del petróleo, el heredero de una de las principales empresas alimenticias del mundo, un magnate de las tecnologías y el descendiente de una de las familias más poderosas de Argentina, pero en lugar de ver sus propias miserias lo único que hacían era criticar el sistema que los convertían en privilegiados.

—Está claro que esa es la cara más despiadada del capitalismo —empezó a decir Jeremías Leví—. Siempre ha sido así, la ganancia obtenida de la explotación y el sufrimiento de la clase obrera o de pueblos enteros. La escuela de economía de Chicago fue el laboratorio para convertir el mundo en un gigantesco mercado capitalista.

Leví parecía enamorado del sonido de su voz, pero Bush le quitó la palabra.

—Milton Friedman y su escuela económica son los impulsores del Laissez-faire. Ya saben todos lo que significa. Quieren que se permita actuar al mercado de forma libre, como si él mismo pudiera regularse. El Estado tiene que inhibirse y garantizar esa libertad de mercado absoluta.

Sally había escrito un artículo sobre la Escuela de economía de Chicago y su repercusión en la economía mundial. La escuela tenía un pensamiento neoclásico en el ámbito del liberalismo económico surgido durante el siglo XIX. Los Estados Unidos nunca habían sido grandes amantes de los controles estatales sobre la economía, y lo único que los había hecho reaccionar habían sido las sucesivas crisis económicas, sobre todo el gran *Crack* de la bolsa de 1929. La Escuela económica de Chicago, en contra de otras de carácter más keynesiano, pero sobre todo desde 1970, había propuesto lo que ellos llamaban las expectativas racionales.

—Los extremismos siempre son igual de peligrosos —dijo Sally de repente—. El neoliberalismo es tan perjudicial como el regreso a ideas comunistas.

El señor Franklin hizo un gesto de extrañeza al escuchar las palabras de su invitada.

—¿Para usted Tomás Moro era un protocomunista? —preguntó el anfitrión a la periodista.

—Puede parecerlo por algunas de sus ideas, pero en estudios

recientes se ha desmentido —respondió Sally—. Ya sabe que soy una enamorada de este hombre, pero no era infalible. En su libro *Utopía*, Tomás Moro conversa con un personaje, creemos que ficticio, llamado Rafael Hitlodeu, compañero de viaje de Américo Vespucio. Cuando este le narra lo que ha descubierto en Utopía, Tomás le comenta que la nación en la que se estableciera la comunión de bienes sería el más miserable de todos los países, la gente no trabajaría con ahínco y huiría de sus responsabilidades.

—Esa visión, señorita, es muy pesimista. ¡Yo tengo más fe en la humanidad! —vociferó el filósofo.

—Simplemente estoy parafraseando a Tomás Moro. Él no creía en la igualdad, tampoco en la abolición de la propiedad privada ni en la anulación de las autoridades coercitivas.

—Sus pensamientos son los habituales en una pequeña burguesa mal criada.

El comentario del filósofo terminó con la paciencia de Sally. Se puso en pie y les dijo:

—Todos ustedes se sientan a esta mesa ostentosa, repleta de comida, servida por una sirvienta a la que no se han dirigido en ningún momento, comienzan a alabarse unos a otros, después critican el sistema económico del que se han aprovechado durante generaciones y pretenden pontificar sobre la pobreza. Me dan náuseas.

La mujer se marchó de la sala, intentó contener las lágrimas. Estaba tan furiosa e indignada. Se dirigió a su bungaló, caminó por el sendero surcado por pequeños postes de luz, hasta que vio un lagarto gigantesco justo en medio. Se asustó al principio; el reptil la observó, se puso a dos patas y antes de que ella pudiera reaccionar el animal salió corriendo. Aún no se había recuperado del susto cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Sally?

La mujer se dio la vuelta. Una chica de poco más de veinte años la miraba con una expresión de temor.

—¿Quién eres?

—No puedo hablar mucho ahora. Me llamo Gretchen, soy amiga de su hermana. Hay cámaras por todas partes. Este es uno de los pocos puntos ciegos del sistema. Aunque ahora con los drones nos vigilan por todas partes.

—¿Sabes algo de mi hermana?

La voz temblorosa de Sally asustó a la chica.

—No puedo hablar aquí. La espero esta tarde en el mirador. Se encuentra a un par de kilómetros de aquí colina arriba.

La joven le indicó con la mano.

—¿A qué hora?

—A las cinco, antes de la cena. El señor Franklin los ha invitado a su casa, pero los habitantes de Utopía hacemos todas las comidas en los grandes salones.

—Está bien.

La chica se alejó en dirección contraria mientras ella retomaba su camino. Se preguntó hasta qué punto había hecho bien provocando a su anfitrión. La vida de su hermana podía estar en sus manos. Sacó el teléfono móvil; en teoría estaba prohibido en toda la isla. De hecho no había cobertura en Utopía. Lo miró unos segundos; el mensaje que su hermana le había enviado justo antes de desaparecer era preocupante:

“Por favor, ven a Utopía, las cosas se están poniendo muy mal. Con cariño Amanda”.

4

Sally siempre fue una mujer solitaria. Le costaba mantener relaciones duraderas y, sobre todo, profundas. Siempre lo había achacado a su crianza. Sus padres no las ayudaban mucho a socializar. Vivían en un lugar algo apartado, en una casa al fondo de una zona residencial. Hasta los doce años su madre no les permitía ir a la calle solas. Siempre que jugaban con amigos en su jardín o iban a un cumpleaños, su madre lo controlaba todo. Las habían educado en la desconfianza, con una visión crítica de la vida y con pocas normas sociales o morales. En cierto sentido, en muchas ocasiones se sentía como una náufraga sin brújula en medio del océano.

Sus relaciones con los hombres también eran complicadas. Únicamente había tenido una relación larga, con un compañero de clase en la universidad, pero sentía que su pareja la limitaba más que estimularla. Por eso Amanda era la única persona que la ataba a aquel mundo caótico pero hermoso en el que vivía. No se veían mucho, tampoco se hablaban demasiado por teléfono, sobre todo desde la llegada de Amanda a Utopía. En la isla las nuevas tecnologías no estaban prohibidas, pero su uso era muy limitado. Siempre se intentaba que las personas interactuaran, y el libro en papel era la fuente de información básica de los ciudadanos, aunque ella tenía curiosidad por visitar una biblioteca y observar qué libros estaban permitidos y cuáles no.

Se despertó temprano, se puso ropa deportiva y salió a correr. La gente con la que se cruzaba la saludaba con una sonrisa, como si se encontrara en algún pueblo pequeño del medio oeste. Cuando regresó a su casa se duchó, se cambió de ropa y se dirigió al comedor comunitario para desayunar.

Debía de ser tarde para los habitantes de la isla, no había demasiada gente en el comedor. Tomó del mostrador unas tostadas frías, zumo de naranja, café y un pequeño dulce. Se llevó la bandeja

roja a la mesa y comió en silencio. Echó de menos ver la televisión o leer el periódico en el teléfono, pero por otro lado sentía que una desconexión de la tecnología podía ayudarla a tener la mente más despejada y concentrarse en lo que había ido a hacer en la isla.

—¿Me puedo sentar aquí?

Sally no tuvo que darse la vuelta para reconocer la voz de Steve Gates.

—Claro, está libre.

—Lamento que ayer se llevara una mala impresión de todos nosotros —empezó a decir Gates—. Reconozco que el dinero y la fama son capaces de volver algo arrogante al hombre más humilde de la Tierra. Si le soy sincero, he venido aquí un poco expectante. Señorita Red, nací en un mundo muy distinto de este. Es cierto que en los años cincuenta la vida no era perfecta, en los sesenta se desató la mayor de las tormentas, pero a finales del siglo XX todos teníamos la esperanza de que las cosas mejorarían. El hambre en el mundo comenzaba a paliarse, la pobreza y las desigualdades, pero todo era un espejismo. Hoy en día nos encontramos en una situación peor que hace unos años.

—Le agradezco sus disculpas —dijo Sally—, aunque he de reconocer que me encontraba en un estado de nervios complicado. Mi hermana es lo único que me queda en el mundo. ¿Comprende?

Steve Gates levantó la vista del plato. Sus ojos azules brillaron debajo de los cristales gruesos de sus gafas.

—Tengo una familia a la que amo con toda mi alma —siguió diciendo Gates—. Mis dos hijos y mi hija me hacen tremendamente feliz. Conocí el amor verdadero de joven y la persona que tengo a mi lado me completa. Ya sabe que soy millonario, que toda la vida he trabajado en mi pasión, pero me duele el sufrimiento del mundo, la incapacidad de los políticos para cambiarlo. El aumento paulatino de las desigualdades, las guerras y conflictos. Dono millones de dólares cada año para cambiar las cosas; sé que es como una gota en un océano, pero tengo que hacer algo y actuar. Ojalá lo que están haciendo aquí el señor Franklin y todos los habitantes de Utopía marque la diferencia.

—Ojalá —repitió Sally.

Su contestación sonó tan escéptica que el bueno de Steve se limitó a sonreír.

—¿Vendrá a la visita de esta mañana? —preguntó el magnate.

—No lo sé, tengo una reunión con el jefe Kenji. Ya le he comentado que he venido a la isla por razones distintas a las del resto del grupo.

—Espero que encuentre a su hermana. ¿Cómo se llama?

—Amanda.

—Amanda. Qué bonito, ¿sabe que significa «*la que debe ser amada*»? Sally es el diminutivo de Sara, ¿verdad? Creo que significa «*pequeña princesa*».

—Sí. Lo eligió mi padre, aunque siempre me han llamado Sally, incluso firmo mis artículos con él.

—Los nombres dicen mucho de nosotros. ¿No cree? —dijo Gates.

La mujer arqueó las cejas y preguntó:

—¿Qué significa el suyo?

El hombre se ruborizó un poco, que en una piel rosada como la suya se tradujo en un rosa fuerte.

—«*El que está coronado*» —respondió—. Viene del nombre hebreo Esteban.

La mujer sonrió por primera vez y dijo:

—El rey de la tecnología, el nuevo rey del mundo. Aunque parece que nuestro amigo el señor Franklin no cree mucho en ella.

Steve Gates se mordió los labios.

—Estoy aquí para que cambie de opinión, aunque le aseguro que la alta tecnología está presente por toda Utopía. Desde los coches eléctricos que tienen conducción automática, pasando por el sistema de iluminación, vigilancia. Hasta hay un proyecto piloto para implantar un chip a todos los habitantes desde su nacimiento.

—¿Un chip? No estoy segura de que me fascine la idea.

—Está muy equivocada. Un chip puede mandar información a nuestro doctor de que estamos enfermos, ayudarnos a acceder a lugares sin trabas. No necesitaría tarjetas de crédito, una identificación o un pasaporte.

—¿Estar vigilada y controlada en todo momento?, no es mi idea de protección y libertad.

El hombre levantó las manos y con un gesto algo teatral dijo:

—Señorita Red, ya está controlada: gracias al teléfono que lleva todo el día encima sabemos sus gustos, opiniones, relaciones y movimientos. Simplemente es usar una tecnología más eficaz. Yo ya

me lo he implantado.

El hombre le mostró la muñeca. Se veía una pequeña cicatriz.

La mujer sintió un escalofrío al pensar en las implicaciones de implantarse un microchip. Escucharon unos pasos y un hombre vestido con la ropa tradicional de la isla, pero con el escudo oficial sobre el pecho, se paró enfrente. Sus rasgos orientales contrastaban con ojos grandes, ojos azules.

—¿Señorita Sally Red? Soy el jefe Kenji. Creo que ya está informada de que hoy teníamos que encontrarnos para hablar del caso de su hermana Amanda.

La mujer se levantó e hizo el amago de estrecharle la mano. El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza.

—¿Me acompaña, por favor?

Sally se despidió de Steve Gates y siguió al hombre. Era mucho más alto que ella y con un cuerpo fornido. No hablaron en todo el trayecto hasta detenerse enfrente del apartamento de su hermana. El policía abrió la puerta y le permitió entrar a ella primero.

Sally observó el apartamento sencillo, apenas sin muebles, pero agradable. Después se dirigieron a la habitación. Una cama, una mesita y un armario de madera eran todo lo que parecía poseer su hermana. Dos mudas de la misma ropa, unos cuadernos y un pequeño ordenador portátil.

—Su hermana salió a correr hace poco más de una semana. Al parecer lo hacía todos los días. Su compañera estaba dormida todavía cuando se marchó. Siempre hacía el sendero que conducía hasta el mar, pero hay algunas cosas extrañas.

Sally no disimuló su preocupación al escuchar al jefe de policía.

—¿A qué se refiere?

—Las dos mudas de ropa deportiva se encuentran en el armario —respondió el jefe Kenji— y también sus únicas deportivas.

—No entiendo qué quiere decirme.

—Señorita Red, su hermana salió a correr desnuda y descalza; desde entonces no hemos logrado descubrir dónde se encuentra ni qué ha sido de ella.

5

Cuando escuchó el teléfono de su bungaló, se asustó. Se había quedado dormida después de la inspección de la casa de su hermana con el jefe de policía. El hombre no le había aportado información nueva. Según le había contado, aquella mañana habían descubierto huellas de pies desnudos de una mujer del peso y tamaño de su hermana, seguida de otras de animales: según creían, varios perros. Kenji le había comentado que todo era muy extraño. En la isla no había mascotas: los únicos perros registrados eran los utilizados en el laboratorio de genética al norte de la isla.

La mujer tomó el auricular y contestó medio aturdida.

—Sí, dígame.

—Señorita Red, su grupo de visita sale en diez minutos del recibidor principal.

—Gracias —contestó mientras colgaba.

Se sentó en la cama, después se frotó la cara y se vistió. Recogió la melena en una coleta y se puso los zapatos. Entonces notó el bulto en el bolsillo: era uno de los cuadernos de su hermana. Lo había tomado sin que el policía se diera cuenta. Sabía que Amanda tenía la costumbre de apuntarlo todo en ese tipo de cuadernos. Era una costumbre que ambas tenían cuando eran niñas.

Buscó dónde esconderlo, pero al final optó por llevarlo encima. Era más seguro. Cuando llegó al recibidor el resto del grupo, ya los esperaba. Lázaro Bush la desnudó con la mirada, Steve Gates hizo un gesto paternal y el señor Franklin arqueó las cejas como si fuera una sorpresa verla unirse al grupo.

—Querida Sally, muchas gracias por unirse a nosotros —dijo el anfitrión—. Esta mañana el grupo tuvo tiempo libre; no hay mejor manera de conocer un lugar que por uno mismo. ¿No lo cree? Ahora conocerán un poco más la capital, Amaurot, mañana comenzaremos un *tour* por toda la isla. Espero que, antes de que se marche, su hermana esté de vuelta.

La mujer se abstuvo de contestar, se limitó a caminar la última. Subieron a los coches eléctricos. El señor Franklin le pidió que se sentara a su lado mientras él dirigía el vehículo.

En cuanto salieron del complejo, la mujer observó un gigantesco campo eólico y otro solar.

—¿Toda su energía es renovable?

Sally sabía que si se mostraba más complaciente con su anfitrión, sería más fácil sacar algo de información sobre su hermana.

—Comenzamos con estas dos fuentes limpias —respondió Thomas Franklin—, pero ahora usamos muchas más centrales eléctricas mareomotrices. También reciclamos toda el agua que usamos, y desalamos la utilizada para la agricultura. Aunque, ¿sabe cuál es la mejor fuente de energía renovable? El uso racional de la energía.

Steve Gates se inclinó hacia delante y comenzó a explicar:

—En eso tiene toda la razón del mundo; por eso utilizan inteligencia artificial. El ser humano tiende a derrochar, pero los ordenadores no.

—Tenemos además cultivo ecológico y orgánico —continuó el señor Franklin—. Dejamos tierras en barbecho para que descansen. Es una curiosa mezcla de conocimiento antiguo y moderno. La isla tiene cincuenta y cuatro ciudades pequeñas o aldeas. Cada una produce su propia comida, pero al mismo tiempo está especializada en un tipo de bienes. Ya sabe, unas se dedican a producir ropa; otras, zapatos, además de cestas, sombreros, abalorios, lámparas, muebles. En la actualidad producimos el noventa por ciento de lo que consumimos. Menos algunos productos agrícolas que no hemos logrado elaborar aquí, unos pocos bienes de equipos y los coches, todo lo demás se produce en Utopía.

—¿Por qué tienen una capital? ¿No puede autorregirse cada aldea o ciudad? —preguntó Lázaro Bush.

—Buena pregunta. No existe el dinero, aunque sí una especie de bonos virtuales que se acumulan en las comunidades para bienes más costosos o que se importan de fuera. El autogobierno de cada pequeño pueblo es muy alto, un noventa por ciento. Desde Amaurot controlamos los sistemas generales de producción, las relaciones con el exterior, el control de la policía y el ejército, la justicia y el

parlamento.

Sally hizo un gesto muy evidente de extrañeza.

—¿Qué le ha extrañado? —preguntó Thomas Franklin—. ¿Que tengamos policía, ejército y juzgados? No somos unos ingenuos, tenemos que protegernos de enemigos externos y algunos internos. La vieja naturaleza humana a veces florece como la mala hierba. Como dijo Jesucristo en su famosa parábola del Trigo y la Cizaña, intentemos que crezcan juntas, después tenemos que cortarlas y separarlas con cuidado. Nunca atacaríamos a otro país, pero sí nos defenderíamos de un ataque. Todos los ciudadanos tienen entrenamiento militar, sirven un año en el ejército y, durante un mes en el verano, continúan formándose.

Steve Gates parecía escandalizado de que tuvieran ejército y jueces.

—¿Hay una cárcel en Utopía? —preguntó la periodista sin disimular la sorpresa—. No me lo puedo creer.

—No hay cárceles. Nunca hemos tenido que encerrar a nadie por robo, tampoco por asesinato. Los casos más graves son de agresión, alguna pelea de adolescentes, también por adulterio.

Los tres visitantes se sorprendieron.

—El hombre y la mujer son libres de casarse con quien quieran —siguió explicando Thomas Franklin—. De hecho hay un año de prueba: si su pareja no les gusta pueden dejarla. Existe el divorcio y los solteros pueden tener relaciones sexuales, pero no se puede ser infiel.

—¿Qué hacen con los infractores?

—Bueno, Sally, nuestras penas no son duras. Tenemos ciudadanos Alfa, Beta y Omega. Los que cometen infracciones bajan de categoría. Si esta es reincidente y grave, deberán convertirse en siervos durante un tiempo. Después pueden comprar de nuevo su libertad y seguir siendo ciudadanos de pleno derecho.

—¿Hay esclavos en Utopía?

La pregunta de Steve Gates molestó al anfitrión.

—Claro que no hay esclavos, pero las acciones tienen consecuencias. No limitamos la libertad de nadie, pero tampoco podemos dejar que la mala hierba contamine a toda la comunidad. Los siervos pueden redimirse en poco tiempo y empezar de nuevo. No creemos que las personas sean perfectas, pero sí que tienen la

capacidad para rectificar y mejorar.

Steve Gates seguía asombrado por las costumbres del nuevo país. Sabía que algunas de esas ideas eran inadmisibles fuera de la isla.

—¿Por qué limitar la libertad de los individuos? No creo que nada de eso redunde para bien.

—Lo entiendo, estimado Gates —respondió el señor Franklin—, pero ¿cuánto tiempo hace que el mundo occidental está aplicando los mismos métodos con idénticos resultados? La sociedad está en plena decadencia. Tomás Moro se dio cuenta de que la familia es el núcleo principal de toda cultura. No obligamos a nadie a casarse, tampoco a comprometerse, pero el matrimonio es un contrato y los contratos hay que cumplirlos. Aquí, la igualdad entre hombres y mujeres es total, no hay maltrato infantil ni machista, tampoco explotación laboral o social. No existe el tráfico de drogas, la delincuencia, la pederastia. La gente envejece con salud y rodeada de sus seres queridos. ¿Aún piensa que su sociedad es mejor que la nuestra? En el mundo occidental puede que no exista la servidumbre, pero los contratos de los supuestos hombres libres dejan mucho que desear.

Lázaro Bush afirmó con la cabeza.

—Tiene toda la razón del mundo. Debemos probar nuevas reglas para buscar nuevos resultados.

Sally se preguntó qué opinarían sus amigos neoyorkinos, con sus pensamientos liberales y ultrafeministas.

—¿Por qué aquí no hay tráfico de drogas? —preguntó Lázaro sorprendido.

—Las drogas están permitidas —respondió Thomas Franklin—, al igual que alcohol. La gente puede tomar drogas bajo supervisión médica. No deseamos adictos, sobredosis ni ese tipo de cosas.

Los coches se detuvieron enfrente de un edificio que tenía grabada en la fachada la palabra MUSEO. Se extrañaron de que un lugar con tan poca historia tuviera ya un museo.

Subieron las escalinatas de piedra. Los edificios oficiales solían ser muy bellos aunque sin excentricidades. El guía los esperaba sonriente.

—Les presento a Scott: él será su guía el resto del día y en las próximas jornadas. Esta noche me gustaría verlos de nuevo sentados

a mi mesa, incluida usted, señorita Sally.

La mujer puso una sonrisa forzada. Era lo último que le apetecía.

El señor Franklin se marchó y los tres se quedaron con el hombre. El guía era joven, no debía de tener más de veinticinco años, aunque lo cierto era que la mayor parte de la gente que había encontrado en la isla no superaba los treinta.

—Bienvenidos al Museo de Utopía. Aquí tenemos tres secciones principales. La primera es la evolución de la especie humana, desde su estado más primitivo hasta lo que llamamos el hombre utópico. La segunda trata sobre nuestro inspirador Tomás Moro, su vida y su obra. La tercera y última sección se centra en las diferentes formas de organización humanas y los tipos de sociedades que han existido, frente al modelo de Utopía.

Sally estuvo a punto de preguntar si no había una sección dedicada al egocéntrico Thomas Franklin, pero se mordió la lengua.

El guía les mostró la evolución humana, las sociedades de neandertales, las de los primeros Homo Sapiens, las sociedades prehistóricas y antiguas hasta llegar a la actualidad.

—El antropólogo William Graham Summer —les explicó el guía — es uno de los más admirados por nuestro fundador. El científico defendía que la moral y la ética son relativas de forma absoluta. La denominada Meta-Ética defiende que no hay nada correcto ni incorrecto, bueno o malo, ya que estas ideas no están sujetas a verdades universales; más bien son el producto de las creencias, convicciones y prácticas de individuos o grupos.

—Entonces, ¿cómo pueden imponer sus reglas y leyes en Utopía? —lo interrumpió Steve Gates.

El guía se volvió hacia él. Las leyes no se imponen, intentamos tener las menos posibles, y las que se dictan se votan primero en referéndum. Democracia directa, lo más cercana posible al pueblo.

—Entonces, para ustedes, el bien moral es siempre el de la mayoría —insistió Gates—. Si la mayoría considera que algo está bien, nadie dudaría en cambiar las normas.

—Exacto.

Sally se quedó tan sorprendida que no pudo evitar comentar.

—Eso puede ser muy peligroso. Los nazis crearon sus leyes racistas y antisemitas con el apoyo de la mayoría de la población, pero eran leyes terribles que llevaron al país a la parálisis moral,

después a la guerra y por último al Holocausto y a su misma destrucción.

Scott se quedó pensativo, pero sin dejar de sonreír contestó:

—Eso es cierto, pero el pueblo alemán estaba gobernado por personas perversas. Nosotros nos dejamos aconsejar por los Académicos, los hombres y mujeres más sabios de la isla que viven en la capital. Se dedican a inventar cosas, mejorar nuestra vida y formular las leyes. Después son aprobadas por los Primeros, los miembros de nuestro parlamento, y por último refrendados en un referéndum.

A Sally todo aquello no le parecía tan diferente a los gobiernos de otros países. La mayoría de las dictaduras siempre defendían que se practicaba la democracia directa y que el pueblo apoyaba las decisiones de sus líderes. Sin duda, Utopía tenía un barniz Millennial y Generación Z, pero parecía más de lo mismo. En ese momento miró su reloj y se dio cuenta de que era casi la hora con la que había quedado con la amiga de su hermana.

—Tengo que irme. ¿Cómo puedo regresar a mi bungaló?

—En la entrada tienen un coche, ponga la dirección y él la llevará de forma automática.

Sally corrió hacia la salida, entró en el coche y se quedó mirando el panel un rato. Encontró el GPS e introdujo la dirección del mirador. El coche se puso en marcha. Al otro lado de la isla alguien estaba intentando esconderse de una nueva patrulla de vigilancia.

6

Gretchen parecía impaciente, movía la pierna derecha y volvía la cabeza para observar el sendero. Sabía que no era buena idea hablar con la hermana de Amanda, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿En quién más podía confiar? Su amiga Amanda había sido la primera en acogerla en la isla un año antes. Como muchas de las nuevas incorporaciones de Utopía, había escuchado que un grupo de idealistas estaba construyendo un lugar paradisiaco y no había dudado en dejarlo todo y dirigirse hasta allí, aunque eso había supuesto un disgusto para sus padres mormones, su abuelo obispo en Salt Lake City y que casi la repudiasen como hija. Los primeros meses habían sido los mejores de su vida. Estaba estudiando para convertirse en Trabajadora Social, preocupada en mejorar lo máximo posible su triste mundo. Amanda la ayudó a integrarse en su grupo de trabajo, el conocido como Cooperación Internacional para Fraternidad Mundial. El instituto tenía como misión influir en organismos como la ONU, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, pero también en guiar a países que fallaron en la creación de sociedades más justas e igualitarias. El instituto asesoraba, financiaba proyectos y mandaba los llamados «misioneros» para predicar las nuevas buenas al mundo. Algunos Estados como Rusia o Irán habían prohibido su entrada, acusándolos de conspirar con grupos opositores para derrocar sus gobiernos y promover las ideas de Utopía.

Gretchen y Amanda se convirtieron en inseparables, hasta que su amiga comenzó a comportarse de forma extraña. Un mes antes le pidió que dieran un largo paseo y precisamente allí, en ese lugar idílico, le contó lo que estaba sucediendo.

Al principio no la creyó. Lo había dejado todo por ese paraíso, no podía ser cierto lo que le contaba, pero sabía que alguien como Amanda, tan entregada a la causa, no se inventaría algo así ni crearía bulos para desprestigiar Utopía. Era una de las Madres

Fundadoras y la mano derecha de Thomas Franklin.

Escuchó un ruido y se giró nerviosa. No había nadie en el sendero, respiró aliviada y miró de nuevo la hermosa puesta de sol. Cuando sintió las manos apretando su cuello fue demasiado tarde. Eran fuertes, con dedos gruesos que parecían de acero. No logró articular palabra, ni lanzar un grito. Simplemente se sacudió un poco y se aferró con fuerza a las manos para impedir que la estrangulasen, pero sin éxito. Tras la angustia, la invadió una especie de calma. En sus ojos se quedó impresa la puesta de sol.

El hombre levantó a la mujer como si fuera una pluma. La registró y la lanzó al agua. Apenas había desaparecido de la escena cuando Sally llegó jadeante hasta el banco. Estaba vació, miró por los dos senderos, se asomó un poco al abismo, pero no había nadie. Se sentó en el banco y esperó un momento. Tal vez la amiga de su hermana era aún menos puntual que ella.

Tras pasar unos diez minutos sentada, intentando despejar la mente y disfrutar de las vistas, notó que entre los listones de madera del banco había algo. Tiró de ello. Era muy extraño, parecía una llave antigua, larga y pesada, aunque no demasiado a pesar de ser de metal. Se la guardó en el bolsillo y comenzó su camino de regreso al centro. No tomó el coche, prefería disfrutar de la tarde fresca. Cuando llegó a su habitación se cambió de ropa y se dirigió a la casa de Franklin.

Le abrió la puerta la misma criada que el día anterior y la acompañó hasta el salón. No estaban el filósofo ni su esposa, pero sí la hija y otras mujeres; también un joven muy atractivo. Era alto, rubio, con los ojos marrones, parecía un surfista que se hubiera quedado anclado en una isla como aquella.

Lázaro Bush se acercó a ella babeante. La mujer intentó esquivarlo, pero fue demasiado tarde.

—Te perdiste la visita guiada —dijo Bush.

—Bueno —respondió ella—, me sorprende que te parezcan bien las ideas de este Estado semifascista.

—Tu hermana no parecía tener las mismas ideas.

Sally pegó su cara a la del hombre y comenzó a subir el tono de voz.

—Ni se te ocurra mencionar su nombre. ¿Qué sabes tú de mi hermana?

—La conocí hace tres meses, cuando el señor Franklin y ella se presentaron en mi despacho del periódico. Me hablaron de su proyecto internacional y de que su objetivo consistía en difundir las ideas de Utopía por el mundo. Te aseguro que tu hermana estaba completamente convencida de sus ideales. Incluso daban la sensación de estar juntos. He oído que Franklin tiene todo un harén a su disposición.

La mujer cerró los puños. Le hubiera gustado estampárselos en la cara a ese tipo asqueroso, pero el chico que había observado al entrar se les acercó.

—Buenas noches, me llamo Philip. Espero que estén disfrutando de la hospitalidad de la isla.

Sally hizo un gesto de rechazo, pero se dio cuenta de que el hombre lo único que quería era ayudarla.

—Bueno, no son mis vacaciones ideales —dijo el periodista—, pero hay unas puestas de sol muy bonitas.

Bush disculpó y se alejó de los dos.

—Siento entrometerme —se disculpó Philip—, pero tenía la sensación de que la estaba molestando.

—Lo cierto es que sí. Lo conozco hace años, pero es un verdadero cretino.

—Es usted la hermana de Amanda ¿verdad?

Le extrañó que la reconociese, pero se limitó a afirmar con la cabeza.

—Es un placer verla en persona. Me han hablado mucho de usted.

—Por favor, puedes tutearme.

Thomas Franklin entró en el salón como un estruendo. La gente ocupó las posiciones de la noche anterior, a excepción de Philip que se sentó en el lugar del filósofo argentino.

—Espero que disfrutaran del día —dijo Franklin—. Puede que haya cosas que los sorprendan en Utopía, pero al menos no les dejarán indiferentes.

Steve Gates sonrió y levantó su copa.

—Creo que esta cena merece un brindis.

Todos levantaron sus copas.

—Cuando uno se creía incapaz de sorprenderse por nada —dijo Gates—, conoce a Thomas Franklin y se da cuenta de que aún había

muchas cosas que cambiar en el mundo. Por usted, Franklin.

La gente entrechocó las copas y después bebió un sorbo del vino.

—¿Les gustó el museo? —preguntó Franklin.

—Muy interesante —respondió el periodista—. Ya conocía algo de Tomás Moro, pero en la visita he aprendido muchas más cosas. Un hombre de principios que fue capaz de llevarlos hasta sus últimas consecuencias.

—Tiene razón, señor Bush.

—Alguien del que te encuentras en las antípodas —intervino Sally.

Las ácidas palabras de la joven molestaron de nuevo al anfitrión, aunque intentó disimular su desagrado. Por un lado le gustaban las personas como ella, con criterios propios y difíciles de doblegar. En el fondo le recordaba mucho a su hermana Amanda.

—Creo que tengo buenas noticias para usted. Pensaba decírselas más tarde, pero.

El anfitrión sacó de su bolsillo un papel y lo dejó sobre la mesa. La mujer lo tomó nerviosa. Era la copia impresa de un correo electrónico.

> «Querido T.
>
> »Siento no haberme podido despedir, pero unos asuntos urgentes me reclamaban fuera de Utopía. Tomé prestada la lancha hasta República Dominicana, debía viajar urgentemente a Nueva York, a la sede de la ONU. Ya te contaré, creo que son buenas noticias.
>
> »Comenta a mi hermana Sally que tuve que irme de forma tan precipitada que se me olvidó de que venía a Utopía. Qué pena, después de tanto insistirle en que viera todo aquello.
>
> Un fuerte abrazo.
>
> Amanda».

Sally levantó los ojos del papel. No podía creerse lo que terminaba de leer.

—Su hermana está en Nueva York. Puede ir a su encuentro. Mañana mismo la acercaremos a Santo Domingo, a no ser que prefiera disfrutar del resto de la visita.

—¿No tiene un teléfono? —preguntó Sally—. ¿En qué hotel se encuentra?

—Está en nuestra casa de Nueva York. Ya sabe que no usamos teléfonos ni ese tipo de medio para comunicarnos. Algunos de nuestros representantes internacionales usan teléfono en casos excepcionales.

—Pero le ha mandado un correo electrónico —insistió Sally.

—Sí, claro, desde una biblioteca pública en el Bronx.

—¿Puede darme ese correo? —insistió ella.

—Claro, está arriba del mensaje. ¿No lo ve?

La mujer no había reparado en el remitente.

—Gracias.

Por primera vez desde su llegada a la isla, el señor Franklin pudo ver un gesto de confusión y asombro en el rostro de la joven.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Thomas Franklin.

—Sí, contenta y sorprendida.

—Bueno —dijo Franklin—, ya no tenemos que preocuparnos por Amanda. Veo que sabe cuidarse por sí misma.

La voz del anciano sonó burlona, casi desafiante. La mujer se levantó de la mesa con una disculpa y se fue hasta su bungaló. Tenía ganas de llorar y desahogarse un poco. Había estado tan asustada por su hermana. Ahora que sabía que estaba bien, se sentía una tonta. Decidió que al día siguiente regresaría a casa. No quería permanecer ni un minuto más en aquella maldita isla. El paraíso perdido de Thomas Franklin le era del todo indiferente. En el fondo amaba el caos de un mundo que, aunque parecía dirigirse hacia su propia destrucción, estaba repleto de cosas hermosas y bellas.

7

Los sueños son ese lugar en el mundo en el que uno se siente al fin a salvo. Muchas veces se tornan en pesadillas, aunque para Sally la vida era como un hermoso sueño que quería vivir despacio. Las noticias sobre su hermana la habían confundido y tranquilizado al mismo tiempo. Intentaría tomar el primer avión a Nueva York y encontrarse con ella. Se había quedado dormida después de darle mil vueltas a todo lo sucedido. Siempre le había costado quedarse dormida sin más, algo que admiraba de su hermana Amanda, que era capaz de reconciliar el sueño en casi cualquier situación.

Cuando escuchó un ruido, se despertó sobresaltada. Miró a su alrededor, pero todo era oscuridad. En la isla, para ahorrar energía y ante la ausencia de delitos, se apagaban todas las farolas. Intentó afinar el oído, contuvo la respiración y escuchó claramente unos pasos. Se sentó en la cama en actitud defensiva y palpó la mesita para encender la linterna de su móvil.

—Tranquila, soy Philip. Nos hemos conocido en la cena en casa de Franklin.

Aquellas palabras no la tranquilizaron para nada.

—¿Qué haces en mi cuarto a estas horas?

—No podía hablar contigo en la cena. Durante el día estamos vigilados. Este es el único momento en el que la gente es libre al fin.

La mujer lo miró sorprendida; no dejaba de enfocarlo con la luz del teléfono.

—¿Puedes apagar eso? —le preguntó tapándose los ojos con la mano.

Dudó, pero al final desconectó la linterna y la oscuridad lo invadió de nuevo todo.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres contarme?

—¿Has visto a Gretchen? —preguntó Philip.

La mujer no supo qué contestar. Desconfiaba de aquel extraño y no quería meter en problemas a la amiga de su hermana.

—Sé que ibais a veros. No ha ido a dormir a su apartamento y no sé nada de ella.

Sally encogió los hombros a pesar de que el hombre apenas distinguía su silueta.

—¿Te entregó algo? —insistió Philip.

Ella negó con la cabeza. Había encontrado una extraña llave, pero no sabía si podía confiar en un completo desconocido.

—Bueno, entiendo que no me creas. Amanda y yo salíamos juntos.

—Nosotras lo hablábamos todo —dijo Sally.

Era consciente de que eso era cierto, aunque desde que Amanda llegó a la isla ese contacto había sido mínimo. No sabía si creerlo. Entonces comenzó a recitar uno de los textos preferidos de Amanda:

«*Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas…*».

El hombre no dudó un instante y contestó:

«*… porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca*».

Sally comenzó a llorar. Aquel párrafo de *El Quijote* que había leído en el colegio era su preferido y las dos hermanas lo recitaban cuando las cosas iban mal, como en la enfermedad de su padre y el suicidio de su madre.

—¡Dios mío!

El hombre posó su mano en el hombro de la mujer. Ella sintió el peso y de alguna manera comenzó a tranquilizarse. Únicamente alguien tan solitario como ella era tan consciente de cómo necesitaba el contacto humano.

—Tranquila, estoy seguro de que daremos con ella.

—¿No estaba en Nueva York? —se sorprendió Sally—. El señor Franklin me enseñó un correo electrónico que envió desde allí.

—Cualquiera pudo hacerlo —dijo Philip—. Estoy convencido de que no se habría marchado sin contármelo. Tampoco me creo que lo dejara todo aquí. Su ordenador, la ropa, sus cosas personales. Además, ¿crees que alguien se marcha de la isla sin que Franklin se entere?

La mujer se había aferrado a aquella mentira, aunque era consciente de que no parecía muy creíble. A veces era mejor vivir engañado que enfrentarse a la cruda realidad.

—¿Piensas que él la tiene encerrada o le ha hecho algo?

El hombre no respondió de inmediato.

—Es difícil saberlo a ciencia cierta. De lo que sí estoy seguro es de que oculta algo y no quiere que este asunto perjudique a su proyecto. Lo único que realmente importa a Thomas Franklin es Utopía y no dejará que nadie se interponga en su sueño; mucho menos ahora que está tan cerca de tener el reconocimiento internacional. Si su modelo triunfa, puede que logre exportarlo a otros muchos lugares.

—Entonces, ¿qué le puede haber sucedido a Amanda? —preguntó Sally.

—No lo sé, pero creo que deberías quedarte aquí para ayudarme a averiguarlo.

—En la cena comenté a todos que me marchaba.

—De sabios es rectificar —insistió Philip.

Sally sabía que aquel desconocido tenía razón.

—Le diré al señor Franklin que he cambiado de opinión y que escribiré un artículo sobre Utopía antes de reunirme con ella en Nueva York.

—Excelente idea. Bueno, no has respondido a mi pregunta. ¿Gretchen te dio algo?

La mujer negó con la cabeza, el hombre observó el movimiento en la oscuridad.

—Está bien. Intentaré unirme mañana a vosotros en la visita —dijo Philip—. Así podremos investigar sin que nadie sospeche. Gracias por confiar en mí. Estoy muy preocupado por Amanda. Debemos encontrarla cuanto antes. Tengo mucho que contarte de lo que sucede aquí, pero ahora debo irme. Ellos lo vigilan todo. Ten mucho cuidado, no intentes investigar sin contar conmigo. Eso es vital.

—No haré nada sin consultarlo contigo —respondió Sally.

El hombre se puso en pie, se dirigió a la ventana y salió por ella, intentando evitar las cámaras de los pasillos y los senderos.

En cuanto estuvo sola se puso en pie y cerró las ventanas. Iba a sacar la llave y la libreta de su hermana del bolsillo, pero al final se

encerró en el baño, esperando que allí no hubiera vigilancia de ningún tipo.

Se sentó en el filo de la bañera y miró la llave un momento. Después la dejó a un lado y comenzó a leer el cuaderno de su hermana:

«La isla es increíble. Thomas y yo vinimos a examinarla con un grupo hace dos años. Estaba casi completamente virgen. Los españoles habían instalado un pequeño fuerte y una aldea unos quinientos años antes, pero la isla llevaba deshabitada desde el siglo XVII, al ser destruido el pequeño fuerte por un barco de piratas ingleses. Thomas ya había comprado la isla y algunos islotes cercanos al Gobierno británico, que era el legítimo dueño del minúsculo archipiélago. Decidimos que únicamente se edificaría un veinte por ciento del terreno y un diez de dos de los islotes grandes. En la isla principal, que llamaríamos Utopía, se establecería la capital y una red de aldeas pequeñas y pueblos. La gente podría cultivar la tierra, ejercer profesiones artesanales, académicas y científicas. Las familias no podrían tener más de dos hijos, para mantener el equilibrio demográfico, era importante que este modelo funcionara, ya que uno de los mayores problemas del mundo es la superpoblación.

»Un mes más tarde construimos las primeras casas y las carreteras principales, todas ellas con generadores piezoeléctricos, que producían energía a partir de la circulación de los vehículos, algo que pensamos instalar en las calles principales de la capital.

»Las primeras normas que pusimos, en cuanto comenzó a llegar la gente, fueron de protección a los trabajadores y la máxima calidad de vida. Las jornadas laborales no podían ser superiores a seis horas y habría dos días de descanso…».

Sally parecía fascinada con las cosas que su hermana contaba en el cuaderno. Siempre había sido una soñadora y en Utopía había encontrado el lugar ideal para desarrollar esos sueños. Pasó algunas páginas y miró anotaciones más recientes.

«La vida en Utopía es tranquila y calmada. La mayoría de los días son azules y luminosos, aunque a primera hora suele llover torrencialmente y en otoño nos azotan tormentas muy fuertes. En la isla hemos superado las cien mil personas, ya estamos al límite de nuestra capacidad. Los seis distritos están completados. Si la

demografía aumenta por la natalidad, deberíamos expandirnos a otros lugares. ¿Cómo vamos a hacer esa expansión?

»En la reunión de hoy hemos hablado de la expansión. Algunos pensamos que es imposible, que cuando se produzca un exceso de población, el excedente deberá salir del país y formar colonias en los países que lo permitan. Thomas sugirió que eso era muy difícil, que la mayoría de los Estados desconfiarían de un grupo que pretendía crear una sociedad paralela y puso el ejemplo de las Misiones Jesuíticas en Brasil y Argentina en el siglo XVII, que al final fueron arrasadas por España y Portugal. Por eso creó el instituto de Cooperación Internacional para Fraternidad Mundial. Me puso al frente y abrió un crédito ilimitado de dinero para que consiguiera sus fines».

Sally se acordó de que alguien le había hablado de ese instituto. Tenía que indagar más sobre él. La clave podía encontrarse justo en la CIFM, como Amanda lo llamaba en el cuaderno.

Cuando la mujer levantó la vista, se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Se dio una ducha, se cambió de ropa y se guardó la llave y el cuaderno. Después se dirigió al comedor para desayunar.

Lázaro Bush y Steve Gates estaban sentados a una de las mesas cercanas a la cristalera. Sally tomó un buen plato de comida, se sentía hambrienta. La noche anterior apenas había probado bocado.

—Señorita Red, imagino que hoy se marcha al continente —dijo Steve Gates.

La mujer lo miró y negó con la cabeza.

—Ahora que sé que mi hermana está bien, prefiero quedarme unos días, disfrutar de la isla y escribir un artículo. Tal vez haga una serie. Aquí se están haciendo proyectos muy interesantes.

Lázaro Bush no se creía ni una palabra de lo que estaba escuchando.

—No creo que una periodista cínica y negativa como usted entienda lo que se está haciendo aquí —empezó a decir Steve Gates —. En la actualidad Thomas Franklin y su proyecto de Utopía tienen más de quince millones de seguidores, donantes y difusores. Hay veinte colonias en quince países. La más famosa la construyeron en pleno desierto de Texas y han conseguido en un año cultivar la tierra y ser autosuficientes. Ahora mismo hay algunas colonias como el archipiélago de Tokelau en Nueva

Zelanda, que son autosuficientes energéticamente. También la ecoaldea de Findhorn en Escocia. Pero el proyecto más ambicioso de Thomas Franklin es la ciudad de Masdar City, que está en pleno desierto a diecisiete kilómetros de Abu Dabi. La ciudad tiene hasta un muro perimetral para frenar las tormentas de arena y el viento. Lo que está haciendo este hombre y sus seguidores salvará al mundo.

El discurso de Gates la dejó sin palabras. Lázaro le tomó la palabra y comenzó a hablar de los proyectos de desarrollo social en África.

—El señor Franklin ha comenzado en Liberia proyectos de igualación social y pretende extenderlos a todo el continente. En lugar de reconocer sus logros, desde que has llegado aquí lo has tratado como un farsante y un charlatán. ¿Piensas que tu hermana habría seguido a un mentiroso y un megalómano? ¿Has visto alguna estatua suya en la isla? Por una vez en la vida podrías pensar que hay gente que realmente desea cambiar las cosas.

Sally se quedó callada. De alguna manera, la búsqueda de su hermana le había impedido ser consciente de lo que había a su alrededor.

Scott, su guía, llegó en ese momento.

—Señorita Sally Red, ¿se unirá hoy a nosotros?

La mujer asintió con la cabeza, los tres se pusieron en pie. Cuando salieron del edificio, Philip ya los esperaba sentado frente al volante.

8

El coche recorrió silencioso la ciudad, no había mucho tráfico, la mayoría de los habitantes caminaban, iban en patinete o en bicicleta. Salieron a la carretera principal y se dirigieron al norte. Durante media hora lo único que observaron a ambos lados fue una espesa selva, campos de cultivo y granjas.

—¿Qué come la gente de Utopía?

La pregunta de Bush, que constantemente utilizaba su teléfono para grabar las respuestas, no les pasó desapercibida. Todo el mundo era consciente de que la producción masiva de carne estaba provocando la tala de selvas enteras y la emisión de metano por parte de las vacas. Era uno de los contaminantes más peligrosos después de la de CO2 de los humanos.

—No somos vegetarianos, al menos no todos nosotros —respondió Scott—, pero se fomenta el consumo de pollo, cerdo y conejo. La carne de vaca es rara encontrarla en Utopía.

Su respuesta no pareció gustarle mucho a Steve Gates, que aunque no era un gran carnívoro, sí le gustaba tomar un filete de ternera de vez en cuando.

—¿Cómo combaten la pobreza en la isla? —preguntó Sally, mientras observaba grandes extensiones de paneles solares.

—Es muy simple, en Utopía no hay pobres, porque no hay ricos. Aquí se practica la llamada Economía Moral.

Sally no había escuchado jamás ese concepto. Se imaginó que sería algo similar a la teología de la Liberación de la Iglesia católica.

—La economía moral —continuó Scott— es un sistema que se basa en la equidad, justicia y bondad, por lo que está totalmente en contra del mercado. El término lo acuñó el historiador inglés Edward Palmer Thompson. Es un concepto muy reciente. El historiador lo creó en la década de los setenta.

—Pero ese historiador era un conocido comunista británico —apuntó Steve Gates.

—Sí, aunque tras la invasión soviética de Hungría rompió con la URSS y denunció el estalinismo. En nuestro país, como proponía la Economía Moral, no hay propiedad privada, aunque eso no significa que cada ciudadano no tenga sus propios bienes ni produzca su propia riqueza. Cada año en algunos casos y cada dos en otros, la gente cambia de casa, de coche, si lo tiene, y de cualquier propiedad valiosa, para que pase a manos de otra persona. Las ideas sobre la Economía Moral las popularizó el antropólogo James C. Scott en su libro *La economía moral del campesino*. Según el libro de Scott, los campesinos siempre se ayudan entre ellos, porque siempre viven al límite y piensan que una vez puede tocarles a ellos y otra al vecino. Esa es la razón de su ayuda mutua.

—Es cierto —replicó Gates—, pero ese sistema únicamente funciona en sociedades pequeñas, locales, en las que unos cubren las espaldas de otros y confían en que su vecino responderá por ellos. Pero ¿cómo se puede crear ese sentido de comunidad entre miembros de ciudades grandes o megaciudades como las actuales?

—La Economía Moral tiene muchos principios —siguió explicando Scott—, otro es el precio justo. Además nuestro modelo plantea que de nuevo, como hace cien años, la mayor parte de la sociedad sea a la vez consumidora y productora. Uno de los pocos países que se ha aproximado a este modelo es Canadá. Allí hay un equilibrio entre necesidades sociales y libertad económica.

—Bueno —intervino Lázaro Bush—, Canadá es un país relativamente pequeño, con una gran población dispersa y rural. En los Estados Unidos lo veo factible en muchos Estados, pero en las grandes ciudades como Nueva York, Chicago, Boston o Los Ángeles ya no estoy tan seguro.

Por una vez Sally estuvo de acuerdo con el periodista. La desconfianza en las grandes ciudades y su alejamiento de las zonas de producción agrícola y productiva hacían imposible el modelo de Canadá y mucho más el de Utopía. Scott parecía encantado con la conversación. El día anterior todos habían pensado que era un guía atractivo que había memorizado como un papagayo la historia y las normas sociales de Utopía. Todavía no habían comprendido que el nivel cultural medio de los habitantes de la isla era altísimo.

—La economía será moral o no será —continuó Scott—. La última crisis financiera y los problemas actuales con las oleadas de

pandemias son producto de la avaricia. La crisis de principios de este siglo se produjo por el intento de vender productos financieros tóxicos, en un Estado sin regulaciones. La Pandemia fue el fruto de una globalización en la que se prima más aumentar los márgenes de los bienes que se venden, que el bienestar de las personas. El capitalismo actual está arrasando la Tierra, explotando al límite los recursos naturales y dejando que la población aumente sin control. Todo eso unido al cambio climático es una bomba de relojería. ¿No creen?

Todos estaban preocupados por esos temas. Sabían que o la sociedad cambiaba o el mundo colapsaría a finales del siglo XXI.

—En el siglo XVIII —comentó Steve Gates—, en las colonias inglesas de América había leyes que ponían coto a la avaricia. En todas las culturas ha habido normas y castigos contra la usura. En la actualidad, la usura ha cambiado de nombre y ahora todos la llaman negocios lucrativos.

Sally se sorprendió del comentario del multimillonario y respondió con una pregunta inesperada:

—¿Por qué permitió que a partir de los ochenta se fabricaran sus ordenadores y otros aparatos tecnológicos en China?

La pregunta de la periodista dejó k.o. al magnate.

—No niego que soy parte del problema, pero me gustaría también ser parte de la solución. Creo que nosotros, los dueños de las grandes multinacionales, hemos dañado la economía de mucha gente, pero el problema mayor es de los *free-rider*, los polizones que ganan dinero especulando, pero no producen nada, únicamente lo disfrutan.

—Estamos llegando a uno de nuestros pueblos —anunció Scott —. Se llama Liberty. En él viven sobre todo campesinos y ganaderos, aunque también hay pescadores y algunos artesanos.

El coche se paró en lo que parecía una plaza principal. Les chocó ver a un lado una especie de graderío de piedra. Al otro lado se encontraba la escuela y un mercado cubierto en el que dos días en semana se vendían frutas, hortalizas y carne.

—¿Tienen moneda? —preguntó Lázaro Bush al guía.

—Tal como se entiende en el mundo no. La mayoría de los ciudadanos hacen trueque para las cosas básicas. Los que no producen alimentos ni son artesanos lo compran todo por bonos,

que consiguen por su trabajo. No es la eliminación casi completa del dinero, pero se acerca.

El periodista parecía más sorprendido que el resto del grupo. Por eso insistió:

—¿Cómo puede vivir una sociedad sin una moneda de cambio? Creo que la igualdad de oportunidades no tiene que ver nada con la igualdad económica.

Scott se sentó en las gradas de piedra y el resto lo imitó. Observaron cómo la gente trabajaba e iba de un lado a otro. No tenían jefes o supervisores, no había policías por las calles, tampoco nada que los amenazara.

—Lo que es más difícil de explicar de Utopía no es lo material —dijo Scott—. Ustedes tienen una mentalidad extranjera. Aquí las cosas tienen un valor muy relativo, son simples objetos que nos ayudan a vivir, pero no los poseemos y, sobre todo, ellos no nos poseen a nosotros. Imaginen: para la mayor parte del mundo, uno es lo que tiene y lo que es capaz de poseer. La gente valora su éxito por los logros materiales y el poder que estos le dan. Aquí hay otros valores. Se enseñan desde la escuela. Lo más importante es el bien común, la prosperidad de todos y el sentirse protegido. Si quieren, ahora pueden dar un paseo por la aldea. Los veo en media hora. No sean tímidos, hablen con la gente y pregúntenles.

Lázaro y Steve se fueron por un lado, Philip acompañó a la mujer por el otro.

—¿Es cierto todo lo que ha contado Scott? —preguntó Sally.

El joven afirmó con la cabeza.

—En Utopía no hay clases sociales, tampoco una casta o élite. Aquí somos todos iguales.

—Entonces, ¿qué ha pasado con Amanda? ¿Por qué nos están ocultando algo?

—Imagino que para salvar todo esto —respondió Philip—. Tienen miedo a que un error o un fallo terminen con los sueños de tanta gente.

Sally cada vez se sentía más confusa. Todo el mundo parecía tan feliz. Había visitado muchos países de América, también de Asia y África, la pobreza podía verse por todas partes, pero también era descarnada en su ciudad actual, en Nueva York o Londres.

La mujer vio a un hombre con un brazalete, le llamó la atención

y le preguntó por él.

—Es un siervo. Creo que ya les han hablado de ellos. Personas que han incumplido las reglas de convivencia o le han hecho daño a otro.

—Aquí, ¿cómo controla la gente la ira?

El hombre del brazalete sacó del bolsillo una especie de caramelos.

—¿De qué son? —preguntó Sally.

—Son de *soma*.

La mujer no pudo disimular el gesto de confusión.

—Es un alucinógeno muy viejo que ya usaban los antiguos vedas en la India —siguió diciendo el guía—. Se extrae de unas setas. El *Rig-veda* habla de ella cuando comenta: «Bebimos soma, nos volvimos inmortales, llegamos a la luz, encontramos a los dioses».

—¿No es adictiva? —quiso saber Sally.

—Sí, claro que lo es, pero en estas dosis es inofensiva. Te quita cualquier tipo de dolor, la tristeza o cualquier pena.

La periodista vio un baño y le pidió disculpas a su acompañante. Entró, estaba agradablemente limpio. Pasó a una de las cabinas y escuchó una voz de mujer fuera.

—Señorita.

—¿Quién es? —preguntó Sally.

—Es usted una de las visitas de fuera, ¿verdad? —dijo la desconocida.

—Sí, claro. ¿Qué quiere?

—En Utopía las cosas no son lo que parece, no se deje embaucar. La felicidad está programada y una felicidad artificial no es verdadera.

Sally salió de la cabina, pero no encontró a nadie. Buscó a la mujer en la calle, pero sin resultados.

—¿Has visto a una mujer salir? —preguntó a Philip.

—No he visto a nadie. Estaba sentado disfrutando del sol.

La mujer tocó dentro de los bolsillos la llave y el cuaderno. No se fiaba todavía del novio de su hermana, para contarle lo que había descubierto.

Scott llegó con los otros dos visitantes.

—Creo que por esta mañana han tenido bastante, no quiero aburrirlos. Si les parece bien, por la tarde visitaremos un templo.

Seguro que están interesados en conocer a uno de nuestros sacerdotes y las prácticas religiosas. Algo un poco insólito en el mundo occidental actual.

Se subieron al coche y regresaron hacia la capital. Mientras el vehículo avanzaba entre bellísimas selvas y campos de cultivo, Sally deseó estar equivocada. El mundo necesitaba un lugar como aquel en el que verse reflejado y cambiar. Todo el mundo pensó que tras las pandemias la sociedad cambiaría, pero la mayoría se había lanzado frenéticamente a la búsqueda del placer a toda costa, el fanatismo religioso o el radicalismo político. Los Estados Unidos se encontraban más fraccionados que nunca y los totalitarismos se tomaban como modelos más eficaces de gestión. Si esas ideas triunfaban, regresarían al escenario que había permitido el ascenso del fascismo, el marxismo y el nazismo, con la notable diferencia de que la tecnología permitiría un mayor control de los individuos, y las armas eran mucho más destructivas que las de los años cuarenta del siglo pasado.

9

La religión siempre había sido un tabú en su casa. Su padre había estado a punto de entrar en la Compañía de Jesús de joven, después había perdido la fe y se había casado. Su madre era episcopaliana, pero apenas había pisado una iglesia en su vida. Ellas nunca fueron a una iglesia, no conocían los principios del cristianismo más allá de lo que habían visto en la televisión o estudiado en la escuela. Sally había sentido curiosidad de pequeña por Dios, pero su padre siempre se limitaba a cambiar de tema. Un día, hurgando entre los libros de su biblioteca, encontró una biblia vieja y un catecismo. Los ojeó un momento y se decantó por la Biblia; al fin y al cabo, era mejor ir a la fuente original, se dijo mientras le quitaba el polvo y la guardaba en la mesita de su habitación. Durante meses la leyó, pero sin entender apenas nada, hasta que llegó al Nuevo Testamento. La persona de Jesús la impresionó: su denuncia de la pobreza y de la injusticia, de la hipocresía y la falsa religiosidad. Unos meses más tarde su padre descubrió que le faltaba la Biblia y se la quitó, haciéndole prometer que no la leería jamás.

Aquella tarde en Utopía iban a ir al Templo Mayor, situado muy cerca de donde se alojaban. Sally aprovechó las tres horas de descanso para leer un poco el cuaderno de su hermana, mientras jugueteaba con la llave que había encontrado.

En esa parte del cuaderno justo, su hermana hablaba de ese tema:

«Nunca creí en Dios, ni siquiera me lo planteaba. Para mí hubiera sido lo mismo que si me hubieran planteado si existía vida extraterrestre, aunque al menos ante esa pregunta habría tenido una opinión. No veía la necesidad de un creador, mucho menos de un dios castigador o corrector de la raza humana. Veía absurdo que alguien te creara para luego coartar tu libertad constantemente.

»Cuando llegué a la clase de Thomas en Harvard, me impresionó desde un primer momento. Tenía fama de conquistador y seductor,

pero sobre todo de ser uno de los profesores más brillantes del campus. Sus clases sobre antropología eran magistrales, tan emocionantes que te sentías perdida en medio de una tribu de la selva de Brasil o junto a un grupo de beduinos del desierto. Thomas tenía además lo que él llamaba "la selección". Siempre comentaba, medio en broma medio en serio, que ya que en la naturaleza había una selección natural, también la había en su clase. Los cursos especiales de Harvard eran precisamente esa criba. Él elegía personalmente quién podía entrar y se lo proponía, algo inaudito en el sistema escolar norteamericano, donde el alumno pagaba y elegía.

»La primera clase fue increíble. Durante dos horas desgranó el pensamiento religioso de Tomás Moro en *Utopía*. Él lo llamó la religión del hombre. Nunca había escuchado ese concepto, pensaba que la religión tenía que ver con Dios. En la *Utopía* de Tomás Moro había una gran diversidad de religiones, algunas de ellas politeístas, pero la mayoría adoraba a Mitra, que no significaba otra cosa que el Dios Supremo, que creó y gobierna el mundo. Los habitantes de la isla lo llamaban Padre de todo, ya que por Él aumentaban el conocimiento y el progreso del hombre.

»Aquellos comentarios me escandalizaron, sobre todo en una institución secular como aquella. Levanté la mano y le di mi opinión. Thomas sonrió y contestó: "Entiendo tu discrepancia. Esta sociedad ha enseñado dioses controladores y crueles, dioses limitadores y opresivos; el que nos muestra Tomás Moro es muy distinto. Él los define como falsos maestros, pero sí existe, en efecto, un Dios creador, principio de todas las cosas, que rige el universo y que hace que el alma perdure. En su divinidad nosotros nos hacemos inviolables, porque adquirimos un valor eterno y no somos meros productos de la casualidad…"».

Sally dejó la lectura. Le extrañó que su hermana jamás le hubiera hablado de aquel tema. Se sentó en la cama y la llave se le cayó de las manos. Para su sorpresa vio asomar una punta que parecía la de un *pendrive*.

—Es una memoria USB —pensó en voz alta.

Se tapó los labios por miedo a que la estuvieran escuchando u observando, pero ella no tenía ordenador. Había visto uno en la habitación de su hermana. Se puso los zapatos y salió de su

bungaló, caminó por el sendero con pasos apresurados hasta el edificio. No había puerta en el acceso. Subió las escaleras y simplemente giró el pomo, que cedió sin esfuerzo. Ya le habían advertido de que nada se cerraba bajo llave en Utopía.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó para asegurarse de que estaba el piso vacío.

Se dirigió al cuarto de su hermana. El ordenador seguía sobre el escritorio. Lo encendió, no tenía ninguna clave de acceso. Metió el *pendrive* y miró inquieta la pantalla. Primero parpadeó, después apareció una foto en la que estaban Philip y su hermana abrazados, con la puesta de sol a su espalda.

La mujer buscó en el ordenador el acceso al *pendrive* y logró encontrarlo. Dentro había muchos archivos. Llegó hasta uno de inicio que se llamaba *The Silver Key*.

—¡Qué apropiado! —comentó en voz alta.

Al hacer doble clic con el ratón, apareció una isla con el nombre en el centro de The Dream Cycle.

Sally recordó que aquello pertenecía a una serie de cuentos del autor Howard Phillips Lovecraft. Entonces se abrió una ventana que ponía de forma críptica «Bienvenido al Necromicón».

La mujer dio un respingo. No sabía de qué iba el programa, pero le producía verdaderos escalofríos. Tomó el portátil, lo cerró y se lo colocó debajo del brazo. Abrió la puerta y se encontró de frente con el jefe de policía Kenji.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—¡Dios mío! Me ha dado un susto de muerte.

—Ese ordenador es el de Amanda —dijo el policía.

—Sí, dentro de unos días iré a visitarla a Nueva York, pero antes quiero escribir un artículo acerca de Utopía, por eso me lo llevo.

El policía alargó la mano para quitárselo.

—Podemos darle uno más moderno y con conexión a internet.

—No hace falta, este es suficiente, además yo misma se lo llevaré a mi hermana.

Kenji dudó unos segundos, pero la dejó pasar. Sally tenía el corazón acelerado, caminó a toda prisa hasta fuera del apartamento y después por el sendero hacia su habitación, pero en mitad del camino apareció Philip.

—¿Dónde te has metido? Salimos para el templo en un minuto.

La mujer se había olvidado por completo de la visita. Se guardó el *pendrive* en el bolsillo.

—¿Qué es eso?

—El ordenador de Amanda, lo necesito para escribir.

Caminaron hacia el coche. La mujer dejó el portátil en el maletero, antes de que se dirigieran al templo. En su cabeza permanecía grabada la imagen de la pantalla.

—Pensé que íbamos andando —dijo Sally.

—No, porque esta noche cenaremos todos en la parte sur de la isla.

El resto del grupo la saludó. El coche se puso en marcha.

10

El templo era mucho más austero de lo que se habían imaginado. El edificio era completamente circular. En medio había un pequeño altar, sobre una plataforma redonda. No se veían imágenes ni adornos de ningún tipo, las paredes eran de cristal y mostraban la frondosa vegetación que los rodeaba. Al parecer la cúpula era movible y en algunos casos dejaba el edificio descubierto, para que las estrellas o el claro cielo azul fuera su verdadero techo.

—Bienvenidos al templo del pueblo —dijo Scott—. Aquí pueden reunirse todas las religiones y creencias de forma pacífica para adorar al mismo dios.

Gates y Bush apreciaban aquel hermoso y sencillo lugar. Representaba en cierto sentido sus ideales deístas y de acercamiento entre todas las religiones. Sally siempre había sentido la más viva indiferencia hacia la religión, pero aquel lugar le producía escalofríos.

—Creo que Scott ya les ha hablado algo de las diferentes religiones que componen nuestra nación —dijo el sacerdote—. Ninguna de ellas es favorecida más que otra: todas son respetadas y su culto permitido. El pueblo más humilde prefiere adorar a imágenes y dioses del hogar, para ellos la creencia en un dios más abstracto y general es más difícil que para la población más sabia e instruida. Los utopianos no vemos esto como un problema. La tolerancia y el respeto a todas las religiones son nuestra seña de identidad, tal y como enseñó Tomás Moro en su libro.

—¿Cómo pueden convivir religiones tan diferentes? —preguntó Sally—. No le veo mucho sentido. La verdad de una contradice la verdad de la otra y aquí persiguen la Verdad con mayúscula.

El sacerdote, que vestía exactamente igual que el resto de los habitantes de la isla, se mesó la barba larga y canosa, única seña de distinción como líder religioso.

—Al fin y al cabo adoramos al mismo Dios Supremo, que aquí se

llama Mitra, en occidente Dios y en el mundo árabe Alá. En la isla hay muchos cristianos, tal vez sean la mayoría, pero saben que sus ideas son exactamente iguales que las del resto. El Papa prometió que enviaría algunos sacerdotes a la isla, pero el señor Franklin declinó la oferta. No estamos seguros de que el cristianismo que se practica fuera de Utopía esté preparado para este tipo de tolerancia. Siempre se han generado grandes disputas entre los diferentes tipos y grupos de cristianos. Al comienzo de la colonia, en la isla hubo muchas disputas religiosas y ahora se prohíben ese tipo de controversias. La religión ha provocado la mayoría de las guerras en el mundo, un mal que estamos determinados a extirpar.

Sally seguía sin entender por qué era tan importante la práctica de la religión en la isla y preguntó al sacerdote:

—¿Por qué no se acepta a los ateos en Utopía?

El sacerdote juntó las manos y comentó:

—No es que se los rechace, más bien es que aquí sabemos que no se sentirán cómodos. Creemos que las personas que no creen en la Providencia, las personas que no creen que los hombres serán recompensados o castigados tras su muerte suelen someterse difícilmente a las leyes humanas y a los valores más honorables. Los hombres que nada más temen la ley llegarán en algún momento a desobedecerlas, al creer que la vida en este mundo es la única existente.

Sally pensaba que todo eso era más que discutible. El hombre los llevó hasta una piscina, era una especie de bautisterio gigante.

—Aquí se realizan los bautismos una vez al año. Es un rito iniciático que suelen cumplir todos los nuevos miembros de la comunidad.

El sacerdote los condujo hasta la parte opuesta. Había pequeñas cabinas cubiertas. Por fuera no se veía nada. Las abrió y les mostró que había dos partes, una para el confesante y otra para el confesor.

—Creemos que la confesión es un acto liberador. No hay que pedir perdón ni hacer actos de contrición como en la Iglesia Católica.

—¿Qué es esa máquina? —preguntó Bush al sacerdote.

—Bueno, es una máquina inventada por el señor Franklin que resulta muy útil para que la gente sea sincera. En Utopía no se admite la mentira.

Por primera vez desde su llegada a la isla vio como sus dos compañeros se escandalizaban.

—¿Eso es legal?

El sacerdote afirmó con la cabeza, como si estuviera mostrándoles un gran invento.

Scott salió al paso y les comentó:

—El uso del aparato es voluntario, pero si no tienes nada que ocultar, por qué negarse a usarlo. ¿No creen?

Bush y Gates parecieron reaccionar a sus palabras.

—Claro, la libertad es lo más importante.

Salieron del templo y los llevaron hasta sus habitaciones para que se cambiaran. Esa noche cenarían en el sur de la isla. El señor Franklin quería que disfrutaran lo más posible de Utopía.

Sally se duchó y mientras el agua refrescaba su cabeza pensó en lo que había descubierto con el *pendrive*. El programa se llamaba *The Silver Key* y la página web «Necromicón». Sabía que ambas palabras pertenecían a los escritos del famoso autor Lovecraft, nacido en Providence. Lo había estudiado en la escuela y más tarde en la universidad. Era un tipo, como mínimo, extravagante. En cuanto regresara de la cena lo investigaría a fondo, pensó mientras terminaba de arreglarse y se ponía un traje negro que estilizaba su cuerpo, aunque tenía la piel demasiado pálida.

Mientras terminaba de peinarse no pudo dejar de preguntarse por qué su hermana estaba con Philip. Sin duda era atractivo, pero no parecía encajar demasiado con sus parejas anteriores. Aunque no entendía muchas cosas de la vida de su hermana, sobre todo de los últimos años. Aquel grupo le parecía algún tipo de secta, a pesar de que a veces adoptara ideas filosóficas muy modernas y muchos consideraran a los habitantes de Utopía como la última esperanza de la humanidad.

Cuando llegó al gran recibidor, sus compañeros ya la esperaban. Se habían vestido de forma más elegante que las noches anteriores.

—Parece que hoy estás de mejor humor —comentó Lázaro Bush.

—Lo estaba hasta que te he visto.

—Haya paz —les imploró Gates.

El coche paró en la puerta y un nuevo conductor los llevó por la carretera principal hasta el sur de la isla. Fue algo menos de una hora de trayecto, el viaje más largo que había realizado hasta ese

momento.

Cuando llegaron a su destino, ya era noche cerrada. Aquel pueblo tenía un trazado más futurista que los otros que habían visto hasta el momento. Los edificios eran módulos de cristal, adornados con plantas y rodeados de estanques, parques y se podían ver muchas aves y otros animales de la isla.

Los llevaron hasta una mesa situada en un gran porche estilo tropical. Tenía bancos corridos con cojines claros en cada lado. Esa noche tampoco estaban sus mujeres; al parecer era una cena más íntima. Únicamente ellos tres y el anfitrión. Sally pensó que vería a Philip, pero se llevó una pequeña decepción: de alguna manera se sentía más segura cuando estaba el novio de su hermana.

—Espero que el viaje no se les haya hecho muy largo —dijo Thomas Franklin—. La villa se llama Technology. Aquí residen nuestros mejores científicos con sus familias. Imagino que Utopía les parecerá un lugar de contrastes. Es normal, el ser humano es una criatura compleja. Intentamos que nuestros ciudadanos suplan todas sus necesidades, ya sean físicas, emocionales, culturales o espirituales. Creo que el hombre moderno está descuidando algunas de esas áreas. Pero, por favor, siéntense.

Thomas Franklin y Lázaro Bush se pusieron enfrente de Gates y Sally.

—Quería que esta noche fuera especial. Pueden preguntarme lo que quieran sin tapujos. En Utopía no tenemos secretos y no…

—Mienten —le terminó la frase Sally.

—Exacto, no mentimos. Creemos que no hay nada peor en el mundo. Cuando mentimos perdemos para siempre la confianza que tenían en nosotros. Posiblemente ese sea uno de los peores males de nuestro siglo.

—Es bueno saberlo —dijo Sally—. Aprovecharé para hacerle algunas preguntas.

—Soy todo oídos —dijo el señor Franklin con su amplia y perfecta sonrisa.

La mujer se dio cuenta justo antes de comenzar a hablar de que era mejor ser astuta que enfrentarse de nuevo al magnate.

—¿Cuál es su sueño? —empezó preguntando Sally.

El hombre la miró atónito. Esperaba sufrir un nuevo ataque de la perspicaz periodista, pero no una pregunta tan generosa y amable.

—Bueno, creo que mi sueño es todo esto. Una humanidad unida, sin fisuras, sin guerras, sin hambre, sin pobreza, sin niños abandonados ni maltratados, sin trata de mujeres ni explotación sexual. Me gustaría que se respetara a la naturaleza, que fuéramos capaces de dejarla a las generaciones que nos sucedan mejor que como la encontramos. Me gustaría que los niños y las niñas se criaran en un ambiente sano y feliz.

Bush y Gates parecían emocionados por sus palabras.

—¿Qué precio hay que pagar para conseguir ese sueño? —siguió Sally.

El anciano mostró extrañeza.

—Creo que no entiendo la pregunta.

Sally tomó su copa y tardó unos segundos en contestar. La noche parecía tan perfecta y el lugar tan idílico que se hubiera limitado a disfrutar de la velada, pero necesitaba desentrañar la mente de aquel hombre. Sentía en cierto modo que, si llegaba a comprenderlo, sabría lo que había sucedido con su hermana.

—Las utopías son visiones idealizadas de la realidad y de la sociedad —se explicó Sally—. Tomás Moro no le puso ese nombre por casualidad, el significado de la palabra es "no lugar". En el fondo la utopía siempre es una quimera. Cuando más nos acercamos a ella, más se aleja de nosotros, ya que sabemos que el día que la alcancemos, tal vez descubramos que no era tan idílica como pensábamos. En algunas ocasiones las utopías se han convertido en distopías, como en el caso del comunismo soviético, el fascismo italiano o el nazismo en Alemania. No sé si esa gente partía de una buena idea o tenía una intención honorable, pero el sufrimiento de la humanidad fue infinito. Una guerra mundial, la masacre de pueblos enteros, sufrimiento y desgracia.

—Bueno, señorita, no creo que nuestros ideales tengan nada que ver con el nazismo.

—Perdone, no me refería a eso —lo interrumpió Sally—. A lo que me refería era a si sería posible una sociedad perfecta construida por una humanidad imperfecta. No estoy segura de que sea posible un mundo mejor. Puede que si las cosas mejoran en África, empeoren en otra parte.

—Ahora lo comprendo —respondió Franklin—. Sus ideas parecen sacadas del manual económico de Adam Smith *La riqueza*

de las naciones. ¿Siempre tiene que perder alguien para que otros ganen?

—No lo sé, señor Franklin. Dígamelo usted.

—Creo firmemente que un mundo como el que le he descrito con anterioridad es mucho mejor que este en el que vivimos. ¿No está de acuerdo?

—Sin duda, pero no es menos cierto que un mundo sin desigualdades, sin propiedad privada, en el que todos trabajan comunitariamente, donde alguien rige la economía y se impone un único estilo de vida, choca con el concepto tan humano del deseo de autonomía, capacidad de elección y libertad.

Thomas Franklin comenzó a saborear el segundo plato. Parecía estar disfrutando de la conversación. Sally le recordaba mucho a su hermana pequeña. Sería una gran ayuda para su causa si lograba convencerla de que se uniera a él.

—Esos deseos, como ha comentado, son humanos y, hasta cierto punto, respetables —dijo el anfitrión—, pero no olvide que en todas las sociedades las libertades están controladas por las leyes y limitadas en gran medida. No podemos hacer lo que nos apetezca. Nuestra autonomía es relativa y nuestras elecciones también. ¿Podemos elegir acaso en qué familia nacer? ¿Se nos pregunta a qué nación nos gustaría pertenecer o a qué clase social? Las cartas están dadas de antemano. La única forma de igualar la partida es cambiar esas cartas y que las reglas sean las mismas para todos.

—Imagino que ha estudiado muchos tipos de utopía —replicó Sally—. No estoy segura de por qué escogió precisamente la de Tomás Moro, pero casi nunca triunfan. Un caso conocido es el de Robert Owen, un filántropo que intentó crear una sociedad perfecta en el siglo XIX en Indiana llamada New Harmony.

—He oído hablar de ella —afirmó Franklin.

—Se lo explicaré brevemente —continuó Sally—. Robert Owen fue un conocido reformador de origen galés que emigró a los Estados Unidos. Se había hecho rico con sus fábricas textiles y decidió construir una sociedad idílica en nuestro país. Tenía el propósito de fundar una sociedad perfecta. Durante su etapa en Escocia, donde había instalado sus primeras fábricas, había mejorado la vida de sus obreros, pero aquello no era suficiente para él. La primera fue la de New Harmony, y otros siguieron su ejemplo

en otras partes. Su ideología era socialista, comunitaria y cooperativa.

Steve Gates comentó:

—Creo que he escuchado hablar sobre este lugar, pero la ciudad existía antes de la llegada de Owen.

—Eso es cierto. Se estableció un grupo luterano alemán que se había separado de la iglesia alemana. Owen les compró la ciudad en 1825. El filántropo pensaba que el hombre era bueno por naturaleza, como había afirmado años antes Rousseau. Por eso creyó que, si todo el mundo recibía una buena educación e igualdad de oportunidades, la sociedad cambiaría de forma radical. Pensó que el capitalismo impedía el correcto desarrollo de las capacidades del individuo y que el camino debía ser la socialización. Él no creía en la lucha de clases, pero sí en una transformación pacífica y progresiva.

—¿Lo consiguió? —preguntó Thomas Franklin intrigado.

—Owen creía que su colonia serviría de ejemplo, que se formaría lo que él llamaba el «Nuevo Mundo Moral». El filántropo promulgó una constitución para la ciudad en la que se abolía la propiedad privada. Se respetaba la libertad de expresión y opinión, la igualdad entre hombres y mujeres, la educación a todos los niveles de forma gratuita. La ciudad era regida por Owen y un comité elegido por él, también por tres representantes nombrados por los ciudadanos. La ciudad fue un polo de atracción de intelectuales, científicos y pensadores.

—¿Cómo se regía la economía?

La pregunta del magnate de la informática era clave o eso pensaba Sally.

—Se creó una moneda con la que se pagaba a la gente por sus horas de trabajo —siguió contando ella—. La podían canjear en los almacenes colectivos por los bienes que necesitaran. Los primeros en abandonar fueron los operarios y obreros. Los idealistas intentaron que continuara el proyecto, cambiaron varias veces su constitución, pero nada de eso funcionó. ¿Sabe por qué?

Thomas Franklin negó con la cabeza.

—Uno de los miembros del experimento lo definió muy bien. Josiah Warren comentó que, aunque todos tenían buenas intenciones al principio, enseguida chocaron los deseos y los

pensamientos individuales. ¿Por qué cree que fracasaron?

El hombre sabía que aquella era una pregunta trampa, pero se apresuró a contestar.

—Por los deseos egoístas de los hombres —respondió Franklin.

—Sí, exacto —dijo ella—. George Orwell comentó en 1940 el libro *Mi Lucha* de Hitler; se dio cuenta de que el dictador nazi ejercía una gran atracción en su discurso hacia el pueblo alemán. El socialismo siempre ofrece al pueblo ligereza, seguridad y evasión del dolor. La gente desea mucho más que confort, seguridad y horas de trabajo reducidas; sobre todo, quieren lucha y autosacrificio. Esos son los únicos valores que unen durante un tiempo breve a los pueblos.

—Entonces, ¿hay que resignarse a la injusticia? —comentó frustrado Steve Gates.

—No, afortunadamente existe la protopía, la mejora progresiva y lenta de la humanidad.

Les trajeron los postres. Franklin parecía de nuevo de mejor humor.

—Entonces Utopía es una protopía —bromeó el anfitrión.

Sally arqueó una ceja y se limitó a disfrutar del postre.

—Mañana podrán ver la parte Este que se está construyendo —dijo Thomas Franklin—. Seguro que les encanta la idea de crear un mundo más sostenible.

Luego se puso de pie dando por terminada la cena.

—Gracias por venir. Siempre es un placer.

Los tres se quedaron de pie mientras el señor Franklin se marchaba. El chófer salió hacia el porche y los llevó hasta el coche.

—Parece que disfruta provocándolo.

—¿Usted cree, Gates? No es cuestión de disfrute, simplemente quiero que vea lo que la gente como él es incapaz de entender. Cuando los otros o tú mismo te conviertes en Dios, ya no aceptas las críticas con facilidad: comienzas a pensar que siempre tienes razón y eres infalible. Entonces sí que surgen los problemas y este tipo de experimentos terminan mal.

—Lo entiendo —dijo Steve Gates—, pero ha de reconocer que Franklin está haciendo un gran trabajo. Puede que esta sea la respuesta para que la humanidad se salve. Soy agnóstico, todo eso de la religión me parece un galimatías, pero el concepto es

interesante. Un verdadero cambio para la humanidad.

El resto del viaje permanecieron en silencio. Sally se preguntó, por un momento, qué sucedería si Steve Gates tuviera razón. Tal vez su hermana se encontrara en Nueva York y las cosas tuvieran otra explicación.

11

Aquella noche durmió inquieta, como si los últimos acontecimientos estuvieran adueñándose de su subconsciente. Cada día que pasaba se encontraba más preocupada por su hermana. Si la tenían retenida en la isla, temía que pudieran hacerle algo, pero lo que no quería ni imaginar era la otra opción. Perder a su hermana era lo peor que podía sucederle. Se despertó sobresaltada y empapada en sudor. Palpó la mesita y sintió el tacto metálico del portátil. Lo encendió y el resplandor iluminó sus ojos aún somnolientos. Activó el programa, que parecía más complejo de lo que había imaginado en un principio. Arriba había un menú con cinco opciones. La primera era sobre datos demográficos mundiales. La segunda trataba acerca de la edad media de las poblaciones por países. La tercera sección, sobre cambios genéticos y evolutivos. Y la última, un estudio detallado por países, en los que se explicaba el envejecimiento de la población.

Estuvo observando los datos, pero no encontró nada más que información sobre el crecimiento de la población, su proyección para finales del siglo XXI y un programa llamado BIMINI.

—¿Qué mierda es esto? —se preguntó mientras intentaba atar todos los cabos.

Buscó en el ordenador las referencias a la obra de Lovecraft, el famoso *Necromicón* también conocido como *El libro de los muertos*. Supuestamente se trataba de un manuscrito en árabe titulado *Kitab al-Azif*, aunque todo el mundo literario coincidía en que el autor se había inventado la historia, después de leer un libro de cuentos de Robert W. Chambers titulado *The King in Yellow*.

Curiosamente, según descubrió Sally, el libro fue publicado tras la muerte del autor en 1937. Al parecer Lovecraft soñó con el libro una noche calurosa, cuando el sonido de ciertos insectos se aproximó a su lecho para llenarlo de espanto. Según una leyenda, Belcebú, más conocido como el diablo, siempre era precedido por

las moscas. En Mateo capítulo 10, versículo 25, el evangelista usa ese nombre para describir a Lucifer. *Al-Azif* significaba literalmente el sonido vibrante que producen los insectos o estruendo de los demonios.

Sally sintió un escalofrío, miró alrededor de la habitación y volvió a concentrarse en la pantalla. El supuesto autor del *Necromicón* era un árabe que visitó varios lugares misteriosos antes de escribir su libro. El libro había sido perseguido por papas y emperadores y quemado en varias ocasiones, pero siempre lograba sobrevivir. A pesar de todo, el manuscrito fue traducido por el mago isabelino John Dee en el siglo XVI.

Lovecraft había mencionado el libro en otros relatos e historias suyas, pero uno de los textos más misteriosos son las palabras del autor:

«No está muerto lo que puede dormir eternamente, y en el paso de los eones, incluso la misma muerte puede morir».

La mujer leyó que se trataba de una recopilación de conjuros. Lo que no entendía era qué tenía que ver eso con Utopía, aquel programa y la desaparición de su hermana pequeña.

Buscó la referencia sobre BIMINI. Al parecer la leyenda hablaba de que una isla en el Caribe con ese nombre. Guardaba el secreto de la eterna juventud. En el siglo XVI, Juan Ponce de León buscó la isla para encontrar la fuente de la juventud. El descubridor organizó una expedición para encontrar el lugar exacto. Los indios arahuacos o taínos le habían contado que existía una isla en la que sus habitantes habían descubierto el secreto de la eterna juventud. Durante la primera expedición no logró descubrir la isla y tras un largo pleito, seis años después, hacia 1521, logró organizar una nueva expedición. Al parecer encontró Bimini, pero el ataque de los indios obligó a Ponce y su flota a abandonar la isla.

Sally comenzó a atar cabos: parecía como si en Utopía estuvieran investigando algún tipo de fórmula para retrasar el envejecimiento. Buscó por el resto de los archivos y vio un mapa. En él aparecía la zona oeste de la isla y algunos islotes. Cerca de la costa oriental se situaba el nombre de BIMINI.

Los científicos de la isla seguramente habían encontrado algún tipo de sustancia que podía retrasar el envejecimiento de la población.

En ese momento escuchó un ruido en la ventana y dio un respingo. Una sombra entró y se quedó parada enfrente. Apenas podía distinguir su silueta.

—¿Quién es?

El rostro de la mujer brillaba por la luz de la pantalla, la sombra se acercó y la mujer se puso a temblar.

—¿Sally? Soy Philip.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Me has dado un susto de muerte!

El rostro del hombre comenzó a cobrar forma cuando se aproximó.

—Tengo malas noticias.

La mujer se temió lo peor. Cerró el ordenador y esperó impaciente a que el hombre hablase.

—Gretchen ha desaparecido. Estoy casi seguro de que alguien se ha deshecho de ella.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! —se horrorizó Sally.

—He estado indagando y jamás regresó a su apartamento, después de quedar contigo en el mirador. Temo que puedan acusarte de su desaparición.

—¿A mí? ¿Por qué? Eso no tiene sentido.

—Fuiste la última persona en verla con vida.

La mujer se sentó en la cama con las piernas cruzadas y dejó el portátil a un lado.

—No la vi. Cuando llegué, ya no estaba.

—¿Te dijo o te dio algo?

Sally dudó un momento, pero al final le pasó el ordenador. El hombre lo abrió y apareció la página del programa.

—¿Qué es esto?

—No estoy segura, pero creo que es una especie de investigación genética para prolongar la vida de la gente.

Philip examinó bien los datos, después los informes.

—¿Por qué piensas eso? Simplemente veo información sobre el aumento de la población y medias de edad y esperanza de vida por países.

—Es más que eso. ¿Sabes por qué se llama *Necromicón* el programa? El libro trata sobre conjuros y medicamentos para alargar la vida, y el proyecto que están investigando en Utopía tiene

el mismo nombre que se dio a la isla en la que se pensaba que estaba la fuente de la eterna juventud, BIMINI.

—Nunca había escuchado el nombre de *Necromicón* —dijo Philip—, pero hay una zona restringida en la parte oeste de la isla que llaman Bimini. Siempre que he preguntado por qué estaba prohibido el acceso. Me han dicho que la pequeña ciudad se encuentra en obras.

La mujer se quedó pensativa unos momentos.

—¿Crees que podríamos ir a verla?

—Es muy arriesgado —respondió Philip—. La carretera que lleva hasta allí está vigilada y por la selva hay muchos peligros.

—Imagina que Amanda está encerrada allí —dijo Sally—. Franklin cree que ha descubierto la fuente de la eterna juventud o, al menos, algún tipo de terapia que alarga la vida y te mantiene mucho más joven de lo normal.

—Eso no es más que un mito —replicó Philip.

—Una vez escribí un artículo sobre cómo los cambios genéticos podrán alargar la vida de las personas. Desde hace miles de años, el ser humano ha estado obsesionado con este tema. La fuente ha sido soñada por filósofos, pintada por artistas, y sus propiedades estudiadas por alquimistas y científicos.

El hombre cerró el ordenador y comenzó a escucharla.

—La fuente de la eterna juventud siempre ha sido un mito, pero ya Heródoto habló de ella en el siglo V antes de Cristo. Desde ese momento se escribieron varios libros sobre este mito, como el *Romance de Alejandro*, una especie de biografía de Alejandro Magno en la que se menciona también una fuente de la eterna juventud.

—¿Como el Árbol de la Vida del Edén? —dijo Philip—. Según la Biblia, cualquiera que comiera de ese fruto podría vivir eternamente.

—Exacto, en la época de las cruzadas se extendió el mito y se desarrolló alrededor del Santo Grial. Más tarde los conquistadores españoles buscaron esta fuente por América. Lo que desconocía era que Juan Ponce de León lo hizo en una isla del Caribe.

—Yo tampoco lo sabía —reconoció Philip.

—Mira el texto que he encontrado —continuó Sally—. Pertenece al libro de Heródoto:

«Los ictiófagos luego, a su vez, preguntaron al rey sobre el término de la vida y la dieta de su pueblo, y les dijo que la mayoría de ellos vivían hasta los ciento veinte años, mientras que algunos incluso superaban esa edad: comían carne hervida y no tenían para beber nada más que leche. Cuando los ictiófagos mostraron asombro por el número de años, los condujo a una fuente donde, después de lavarse, encontraron su carne brillante y lustrosa, como si se hubieran bañado en aceite, y un aroma provenía de la primavera como el de las violetas. El agua era tan ligera, contaron después los ictiófagos, que nada podía flotar en ella, ni madera, ni ninguna sustancia más ligera, pues todo se iba al fondo. Si el relato de esta fuente fuera cierto, sería su uso constante del agua lo que los haría tan longevos».

—¿Te imaginas vivir ciento veinte años con buena salud? —dijo Sally—. No es la eternidad, pero seguro que habría mucha gente que pagaría fortunas para conseguir esa fórmula.

—Seguro que sí —dijo Philip sorprendido.

—En el *Romance de Alejandro* —siguió contando la periodista —, la fuente no se encuentra en África, como con Heródoto, sino en Asia, en lo que se denomina la Tierra de la Oscuridad. La leyenda perduró en el mundo árabe y más tarde en el cristiano. Uno de los libros más famoso fue el de *The Travels of Sir John Mandiville*, que sitúa la fuente de la eterna juventud en la India. En la Edad Media se buscó la famosa Piedra Filosofal, que podía tener propiedades curativas que te acercaran a la inmortalidad.

—¿Cómo sabes tanto?

—Bueno, antes de que llegaras lo he estado leyendo en el cuaderno de mi hermana.

—¿Tienes el cuaderno de Amanda?

Philip parecía algo molesto al descubrir que la mujer le ocultaba mucha información. Sally lo sacó de debajo de las sábanas y se lo entregó.

—Esto es lo que Amanda llevaba investigando tanto tiempo —dijo Philip después de echarle un vistazo—. Muchas veces la vi escribiendo en el cuaderno, pero no sabía qué era. Siempre lo escondía al verme llegar.

El hombre comenzó a ojear la parte final.

—Según pone aquí, en América se han descrito diferentes

fuentes de la juventud. Bimini es una de ellas, pero se habla de otra en el golfo de Honduras.

—Si sigues leyendo —dijo Sally—, verás que Amanda comenta que en Bimini se encontró una piscina cavada en la roca. Esa piscina se llena cada día con el agua del mar. Al parecer, su composición especial de magnesio y calcio favorece la longevidad y la fertilidad.

—Entonces, ¿crees que Franklin ha descubierto la fuente aquí? —preguntó Philip—. ¿Por qué Amanda iba a estar en contra de algo así?

—No lo sé, tal vez lo averigüemos si vamos a verlo con nuestros propios ojos.

Ya estaba amaneciendo cuando terminaron la conversación. Sus caras se habían iluminado paulatinamente hasta que la oscuridad desapareció por completo.

—Es increíble, nunca lo habría imaginado —dijo Philip.

—La búsqueda de la inmortalidad siempre ha existido —respondió Sally—. Ahora hay una tecnología tan avanzada que con los componentes adecuados se puede alargar la vida y mantenerse mucho más joven.

—Creo que hay alguien en la ciudad que vamos a visitar hoy que nos puede ayudar con todo esto —dijo Philip—. Es un científico anciano, lo llamamos cariñosamente «el abuelito». Es el ciudadano más viejo de Utopía.

A Sally casi se le había olvidado por completo la excursión. Saltó de la cama y se dirigió al baño.

—¿Adónde vas?

—Tengo que arreglarme. Vete, será mejor que no nos vean llegar juntos.

Philip salió de nuevo por la ventana, ella se metió en la ducha y sintió un escalofrío al contacto con el agua. Aquel hombre la atraía, pero intentó borrar esa idea de inmediato de su mente. Philip era el novio de su hermana pequeña. Después cerró los ojos e intentó relajarse. Al menos sentía que, poco a poco, todo aquel embrollo comenzaba a aclararse. Siempre había odiado la incertidumbre. Prefería moverse a tientas en tierras movedizas que esperar parada en un rincón oscuro a que alguien la llevase de la mano hasta la verdad.

12

Scott los esperaba sonriente en el coche cuando el grupo llegó. Sally había encontrado a sus compañeros al ir al comedor a por una pieza de fruta y un café. Los dos hombres la miraron con algo de desconfianza: sabían que siempre terminaba criticando todo lo que veía y escuchaba sobre Utopía.

—Buenos días, espero que hayan descansado bien —los saludó Scott—. El viaje de hoy es algo más largo que el de anoche. Como ya sabrán, Utopía es más ancha que larga.

—No lo sabíamos —contestó Lázaro Bush.

—Aun así, es poco más de una hora y media. Al menos es de día y podrán disfrutar del paisaje.

Philip llegó corriendo y se unió al resto del grupo. Esta vez fue Steve Gates el que se sentó al lado del conductor. Bush en medio, solo, y ellos dos detrás, para poder hablar con más tranquilidad.

—¿Cómo se llama el anciano del que me hablaste? —le preguntó Sally a Philip.

—Guillermo Prein.

—¿Crees que accederá a hablar con nosotros?

Philip le sonrió.

—Si piensas que tú eres el azote de Franklin, te sorprenderás cuando conozcas a Guillermo. No entiendo como aún no lo han expulsado de Utopía. Imagino que es por su sabiduría. Él organizó todo el sistema energético de la isla, también racionalizó el consumo, organiza la balanza de pagos, para que Utopía no sea dependiente del exterior.

—Entonces, ¿puede que sepa algo del proyecto?

—No lo sabremos hasta que él nos lo cuente, pero lo dudo. Otra de las características de este hombre es su integridad. Nació en Inglaterra, pero ha vivido la mayor parte de su vida en los Estados Unidos. Tiene cuatro carreras, entre ellas dos ingenierías. Si Thomas Franklin es la cabeza de este proyecto, Guillermo Prein es el

corazón. Sin él nada funcionaría.

La conversación hizo que el tiempo se les pasara volando. Cuando llegaron a la ciudad, sus habitantes se encontraban en plena actividad.

—Hoy visitaremos los laboratorios, también algunas plantas de fabricación —empezó diciendo Scott—. En la isla se utilizan las impresoras 3D y otro tipo de máquinas que no necesiten un consumo excesivo de energía y sobre todo que no sean contaminantes. El doctor en ingeniería, Guillermo Prein, es el encargado de todos los programas de desarrollo y fuentes alternativas de Utopía.

La ciudad era muy parecida a la capital, pero a las afueras tenía una especie de polígono industrial. Las naves eran pequeñas, de forma rectangular, y estaban divididas según los productos que fabricaban. Visitaron varias antes de dirigirse a la central, donde los esperaba Guillermo. Les sorprendió que en las fachadas hubiera huertos verticales y la naturaleza parecía en perfecta armonía con la ciudad.

Lo primero que le llamó la atención a Sally fue el aspecto del hombre. Grande, grueso y con barba cana, el pelo rizado alborotado y gafas. Los recibió mostrando su carácter explosivo e imprevisible, todo lo contrario del señor Franklin, que a pesar de su carisma siempre se mostraba con un halo de superioridad.

—Bienvenidos a Armonía, es el nombre de nuestra humilde ciudad —dijo Guillermo Prein—. No es como Nueva York o París, tampoco es Londres ni Tokio, pero esperamos convertirnos en un modelo para nuevas generaciones muy pronto.

Todos se sentaron alrededor una mesa de reuniones a un lado del despacho. Guillermo tenía su mesa y parte del espacio repletos de cajas de informes, libros y todo tipo de cachivaches.

—Creo que ya han visto otros lugares de Utopía.

—Sí, los hemos llevado al norte y al sur de la isla —comentó Scott.

—Estupendo, Armonía es el modelo de ciudad que queremos exportar fuera de la isla —dijo Guillermo Prein.

—Es imposible que un modelo como este sirva en lugares superpoblados como la India o China.

—Tiene toda la razón del mundo, señor Gates, pero lo que en

Utopía se hace de forma horizontal, en las ciudades grandes se hará en forma vertical. ¿Conoce el concepto de condominio? Ya sabe que es un rascacielos que concentra todo tipo de servicios para sus residentes. Cada vez hay más de estos edificios en los que prácticamente sus habitantes no tienen que salir para nada. Los hay con tiendas, restaurantes, gimnasios y zonas de ocio. Nuestra idea se basa en esa, pero con dos grandes diferencias. En ocasiones los condominios buscan la seguridad de los residentes. En algunos casos son millonarios que temen vivir en el mundo exterior, porque la delincuencia y la violencia se multiplican a medida que aumenta la desigualdad. Al mismo tiempo es una medida práctica, ya que cada vez hay menos terreno libre en las ciudades y el aumento hace inviable en algunas zonas del planeta que todo el mundo pueda tener una casa con su jardín.

—Correcto —dijo Steve Gates.

—Entonces, señor Gates, imagine condominios iguales, en los que no hay diferencias de clase o estas son mínimas, dotados de escuelas y guarderías, con parques y todo tipo de servicios, que generan su propia energía y se comunican unos con otros. Mejoraríamos la calidad de vida de megaciudades como México DF, Calcuta, Tokio o Buenos Aires.

Todos parecían fascinados con los comentarios de Prein, pero Sally comenzaba a impacientarse. No sabía cuándo podrían tener un momento a solas con él para plantearle sus dudas. Además le preocupaba que estuviera al tanto del el proyecto BIMINI.

Continuaron la visita. Guillermo les presentó un prototipo de automóvil, que se podía convertir en dron y volar. Tenía una forma futurista, casi totalmente acristalado, con reconocimiento facial y capaz de desplazarse por cualquier parte.

—Aquí nos son muy útiles. Por ahora hemos fabricado diez unidades, muy pocas, pero a partir del año que viene haremos unas cuarenta mil al año. Creemos que la isla no necesita más de veinte mil; el resto las exportaremos.

El anciano apagó la pantalla en la que estaba mostrando los inventos. Bush y Gates parecían fascinados. Philip aprovechó para intentar que Sally y él se quedaran a solas con Guillermo.

—Scott podría llevar a los invitados a la fábrica de los coches voladores para que hagan una prueba —dijo Philip.

—Sería fantástico —comentó Steve Gates.

—Claro que pueden probar un prototipo, son teledirigidos —dijo Scott—. Hay dos que te llevan desde la ciudad a la playa.

—Yo prefiero quedarme —comentó Sally.

—No te preocupes —dijo Philip—, Scott cuidará de ella.

Cuando salieron del despacho, Philip se acercó al hombre y le dijo algo al oído.

—Está bien, iremos a dar una vuelta.

Guillermo Prein abrió una puerta de cristal que daba directamente a los jardines y salieron. La temperatura fura era ideal. Los pájaros revoloteaban a su alrededor y un pequeño riachuelo corría al lado del sendero.

—Cuando contemplo todo esto siempre pienso: ¿cuándo podrá disfrutarlo toda la humanidad?

Sally se mordió la lengua esta vez. No era de las que pensara que, con una mejora del entorno y la educación, la maldad desaparecería de la faz de la Tierra de forma inmediata. Algunos de los mayores magnates del mundo habían criado hijos tan abominables como ellos mismos.

—Queríamos plantearle una cuestión —le dijo Philip, el hombre le puso una mano sobre el hombro.

—Cuéntenme, espero poder ayudarlos.

—¿Alguna vez ha oído hablar de la isla de Bimini? —empezó preguntando Philip.

Prein pareció quedarse en parte desconcertado.

—Si no estoy equivocado, creo que es una pequeña isla que forma parte de las Bahamas.

—Algunas leyendas —siguió Philip— hablan de que allí se encontraba la fuente de la eterna juventud y al parecer el conquistador español Ponce de León exploró la isla en busca de dicha fuente.

—Me imagino que no la encontró —bromeó Prein, ya que si no estoy equivocado Ponce de León falleció relativamente joven.

Sally se impacientó y decidió ir al grano.

—Bueno, creemos que en la parte oeste de la isla se está realizando un proyecto secreto llamado Necromicón y que la desaparición de mi hermana Amanda puede estar relacionada con este asunto.

El hombre frunció el ceño.

—¿Usted es la hermana de Amanda? No sabía que había desaparecido. La conozco hace mucho tiempo, formábamos parte del grupo que visitó la isla para examinarla y después también fue uno de sus primeros habitantes. Una joven de gran talento, con mucho carisma y muy capacitada para unir a nuevos miembros a este gran proyecto.

La mujer parecía incómoda con los halagos. Era otra de las herencias de sus padres, que en pocas ocasiones las felicitaban por sus logros.

—¿Conoce el proyecto? —preguntó Sally.

—Sé que en el oeste de la isla hay unos laboratorios de genética, también que se está estudiando la lucha contra algunas enfermedades y el desarrollo de forma natural de plantas que resistan plagas, sin tener que utilizar pesticidas. Únicamente he estado una vez en la zona; en esa ocasión acompañé a Thomas para supervisar la construcción de unos edificios sostenibles. Le comenté que el terreno no era muy bueno. Por las noches, debido a las mareas, las tierras se convierten en verdaderas ciénagas. Le propuse desecar la zona, construir diques y drenar el agua, pero él me comentó que estaba bien así.

—¿No le extrañó? —preguntó Sally.

—¿Sabe, señorita? Hace tiempo que Thomas y yo delineamos nuestras competencias para no entrar en conflicto. Siempre es difícil que haya dos gallos en el mismo corral. Él es el inspirador y fundador, yo me conformo con intentar llevar muchos de sus sueños y visiones a la realidad.

—Creemos que el señor Franklin ha encontrado algún tipo de componente químico en esa zona que está utilizando para posiblemente alargar la vida de las personas.

Guillermo Prein hizo una mueca de asombro.

—Eso no es posible. ¿Sabe por qué envejecemos?

La mujer negó con la cabeza, el hombre les señaló el estanque, después el cielo azul.

—Los seres humanos y la totalidad de animales y casi la totalidad de las plantas sufren un proceso biológico al que llamamos envejecimiento. En cambio, los hongos, las bacterias, algunos animales simples y las plantas perennes son potencialmente

inmortales, aunque muchas de ellas mueren.

—No lo sabía —dijo sorprendido Philip.

—Dicho de una forma simple y sencilla, el envejecimiento no es otra cosa que el efecto que produce en un organismo que sus células dejen de dividirse: la llamada senescencia celular. Además se da otro fenómeno en el ser humano y otros animales, se podría decir que su ADN está programado y los sistemas biológicos básicos comienzan a fallar. También se suele dar una oxidación del ADN.

—No lo entiendo —reconoció Sally.

—Es muy sencillo y complejo de entender al mismo tiempo. Los seres humanos podemos fallecer por numerosas causas y enfermedades, pero aunque no padeciéramos ninguna, el envejecimiento nos llevaría igualmente a la muerte. Los primeros seres unicelulares que habitaron la Tierra, hace unos tres mil setecientos millones de años, al multiplicarse por fisión, podemos decir que son inmortales. En seres más complejos como los animales de género *hydra*, o algunas plantas, hacen clones de sí mismos y jamás mueren. Sabemos que la muerte se introdujo en el mundo al evolucionar las formas de reproducción sexual. Desde que gracias a la sexualidad podemos reproducir nuevos seres, en cierto sentido la especie se asegura esa trasmisión genética, y esos nuevos seres se convierten en desechables.

—Ahora lo entiendo todo, por eso no quiero tener hijos —bromeó Philip.

—En parte tiene razón: si nuestra especie no pudiera multiplicarse de una manera tan eficaz, tendería a vivir mucho más tiempo.

El anciano sonrió antes de añadir.

—Yo en cambio lo echo de menos. Curiosamente, dentro del ser humano hay células con esa capacidad inmortal. Algunas de ellas son las famosas células madre, como los espermatozoides y óvulos o las células cancerosas. Las células humanas, según todos los estudios de laboratorio, únicamente se dividen unas cincuenta veces, después mueren. Todo eso causa muchos efectos, como la pérdida de audición. Los niños pequeños pueden captar hasta frecuencias de veinte kilohercios. También envejece la piel por efecto del sol. La fertilidad de las mujeres disminuye a partir de los veinte años. La masa muscular decrece desde los treinta años. En los

órganos internos sucede lo mismo, sufren mucho el corazón, los pulmones y otros órganos.

—Pero ¿por qué se produce todo eso?

—Señorita Sally, lo cierto es que en la actualidad hay más cosas que ignoramos que conocemos sobre la vejez. La mayoría de los científicos piensan que hay un envejecimiento prediseñado parecido al crecimiento programado que tienen los niños. Los factores programados siguen una especie de cronograma biológico.

—Como si cada ser tuviera determinada una existencia —dijo Philip.

—Exacto. Los más antiguos son las esponjas: algunas de ellas pueden tener quince mil años de antigüedad. Después está el pino de cerda que puede llegar a vivir cinco mil sesenta y dos años; algunas almejas hasta quinientos años. También son muy longevos algunos peces como el roca o el esturión. Es como si estos organismos apenas sufrieran senescencia. Algo parecido se ha descubierto en algunos seres humanos centenarios.

—¿Cuál es el secreto de esa longevidad? —preguntó Philip.

El anciano lo miró y se sentó en uno de los bancos del paseo.

—El secreto parece estar en el ADN de las células, su metilación influye de forma determinante. La metilación es muy compleja de explicar, pero podríamos decir que es el proceso biológico por el que se agregan grupos de metilo en la molécula del ADN. Lo cierto es que hay decenas de teorías por las que se cree que envejecemos y morimos. Desde la Teoría del Desgaste, pasando por la de acumulación de errores en las células, el daño causado por los radicales libre de la atmósfera. Lo cierto es que para mantener a una persona sana y joven, hasta el punto de que pueda vivir unos ciento cincuenta años, deberíamos eliminar las células dañadas del organismo, producir médicamente que impidan las alteraciones epigenéticas, la reactivación de los telómeros y la activación de los sistemas estabilizadores de las proteínas.

—¿Podría existir algún tipo de sustancia química que lograra todo eso?

La pregunta de Philip le pareció ingenua al anciano, aunque era la misma que el ser humano se había hecho a lo largo de la historia.

—El elixir de la eterna juventud —dijo Guillermo Prein—. La famosa piedra filosofal. Nunca se ha descubierto y no ha sido por

falta de empeño. Desde la China antigua, pasando por la India, Japón y Europa, el hombre siempre la ha buscado. En el Extremo Oriente, durante la dinastía Qin, el emperador Qin Shi Huang envió una expedición con un alquimista llamado Xu Fu para descubrir en los mares orientales el elixir de la vida. Los chinos creían que algunos metales y rocas podían alargar la existencia, de hecho el emperador Jiajing de la dinastía Ming se envenenó al ingerir una dosis de mercurio, creyendo que era el supuesto elixir de la vida. En Europa se persiguió durante siglos la llamada piedra filosofal. Según la leyenda, Adán habría aprendido de Dios mismo el uso de la piedra filosofal que muchos asociaban con la materia prima con la que se hizo todo el universo. En la Edad Media, tanto musulmanes como cristianos intentaron encontrar su secreto. También se buscó en el mundo budista e hinduista. En la actualidad, más que desaparecer el interés por no envejecer, se ha acrecentado. Los ejemplos van desde las famosas compañías Human Longevity y Elysium Healt o Google Calico, que con tratamientos de medicamentos senolíticos intentan retrasar el envejecimiento.

—Creo que en la parte oeste de la isla se está experimentando con estas cosas. Amanda lo descubrió y la hicieron desaparecer.

—Eso no tiene sentido, querida. ¿Por qué Thomas iba a hacer algo así?

—Entonces, ¿por qué llevarlo en secreto? —insistió Sally—. Ni siquiera usted conocía el programa.

—Yo no conozco todos los programas, ya tengo suficiente con los que dirijo de forma personal.

—¿Podríamos usar uno de sus vehículos para ir a esa parte de la isla?

—Me temo que no puedo autorizarlos, los vehículos voladores con drones están programados.

—¿No se pueden utilizar sin programar? —preguntó Philip.

Guillermo Prein parecía indeciso.

—Claro que se pueden, pero si Thomas Franklin no quiere que nadie vaya allí por algo será.

—Gracias por su ayuda.

El rostro de la mujer parecía molesto. Se puso en pie y se despidió del anciano.

—Siento no poder ayudarlos más.

—No estoy segura de que lo sienta, pero no me quedaré de brazos cruzados mientras mi hermana siga desaparecida. Dentro de un par de días tendré que dejar Utopía y le aseguro que antes de marcharme encontraré a Amanda y descubriré quién la ha secuestrado.

—Tenga mucho cuidado, señorita. Utopía es una isla pacífica, que busca la armonía de la humanidad, pero si se siente atacada responderá con toda su fuerza y energía.

13

En cuanto se marcharon del paseo, Sally comenzó a dudar de que hubiera sido una buena idea contarle todo a Guillermo. El anciano continuaba siendo la mano derecha de Thomas, nada le impedía llamarlo para comentarle lo sucedido.

—¿Confías realmente en él? —preguntó Sally.

—Guillermo es un hombre justo —respondió Philip—. No creo que nos delate.

Ella insistió:

—No le ha preocupado que se esté investigando en la zona oeste de Utopía un fármaco o un tratamiento para alargar la vida de la gente.

—En principio no es nada ilegal. ¿Verdad? —lo defendió Philip.

—Ya lo sé, pero si Utopía lleva tiempo denunciando la superpoblación de la Tierra, ¿qué pasaría si viviésemos ciento cincuenta años?

—Ya hay gente que vive hasta ciento veinte —insistió él.

—Son excepciones. Además, los dos sabemos quién podría pagar algo así. Un grupo humano longevo de millonarios acapararía los mismos recursos que miles de personas pobres.

Philip y Sally se dirigieron a los hangares donde estaban los coches voladores. Bush y Gates acaban de regresar.

—El viaje ha sido increíble. Se lo han perdido —comentó el magnate como si fuera un niño emocionado.

—Una pregunta, Scott, ¿se pueden usar sin programar el itinerario?

—Ya sabes, Philip, que eso está prohibido.

—Nos gustaría dar una vuelta —insistió Philip.

Scott se cruzó de brazos.

—Tenemos que almorzar. El tiempo ha pasado volando.

—¿Podría montarme con Philip? —preguntó Sally—. Prometemos no regresar muy tarde.

La mujer sonrió a Scott y este cedió.

—Ok, pero nada de vuelo libre. El coche los llevará y los traerá de la playa.

—Tengo bañador, seguro que estamos un rato en el agua —dijo ella.

Scott se fue hasta su coche y trajo algo de comida.

—Llévense esto. Nos marchamos a las cuatro, no puedo esperarlos más.

Mientras el resto del grupo se iba, Sally y Philip montaron en uno de los coches.

—¿Has manejado esto antes? —preguntó ella.

—Sí, no te preocupes, pero siempre en forma programada. Me han dicho que funciona de forma parecida a un helicóptero.

—¿Sabes manejar helicópteros?

—Tranquila.

Escucharon pasos y al mirar vieron a Lázaro Bush.

—¿Puedo unirme a vuestra excursión?

—Ya has disfrutado de un viaje, ahora nos toca a nosotros —respondió Sally con determinación.

—Sé por qué estás aquí, Sally. No te has creído la historia de Franklin: piensas que Amanda está en alguna parte de la isla.

—Eso no te incumbe.

—Tienes razón, pero yo también he venido a Utopía por algo.

—Sí —respondió ella con firmeza—. Para lamer el culo de Thomas Franklin y de paso de Steve Gates.

El hombre encogió los hombros.

—Siempre has pensado que soy un periodista mediocre y un oportunista. Tal vez tengas razón, pero amo esta profesión. Mi visita a la isla no es casual. Tengo cierta información que podría ayudaros.

—No me creo ni una palabra. Mientes más que hablas.

El hombre sacó el teléfono y se lo entregó. Sally leyó un correo electrónico.

—Esto me lo envió Amanda hace poco más de un mes —dijo Lázaro Bush.

—¿Por qué iba a hacer eso mi hermana?

—Quería que escribiera un artículo sobre lo que pasaba en la parte oeste de la isla.

Sally no salía de su asombro.

—¿Por qué te iba a contar esa historia a ti, teniendo una hermana periodista?

—Muy sencillo, no deseaba ponerte en peligro. Quería contártelo hace tiempo, pero no he podido estar a solas contigo ni un segundo. Además no quería que Franklin sospechase. No has dejado de estropearlo todo desde que llegamos. Mientras tanto, yo me ganaba la confianza de Franklin.

—¿Qué es lo que te pidió que investigaras? —preguntó Sally.

—Te aseguro que es muy grave y podría terminar para siempre con Utopía.

—Yo no quiero terminar con Utopía —dijo Sally.

—Yo tampoco, querida, pero si alguien comete un acto criminal o ilegal, se excluye él mismo del respeto de la comunidad internacional. ¿No crees?

La mujer se cruzó de brazos.

—¿Qué hay en la parte oeste de la isla? —preguntó Sally.

—Ya conoces el programa BIMINI.

—Sí, he visto el programa.

—BIMINI ofrece tratamientos a millonarios en el este de la isla. Al parecer hay algo allí, que unido a ciertas investigaciones químicas y genéticas permite alargar la vida de la gente y prolongar su juventud.

—Eso no es posible todavía —respondió Sally.

—¿Has oído hablar de Cyntia Kenyon y su gusano C. elegans?

—No, la verdad. No me dedico a estos temas en mi periódico.

—Esa científica logró duplicar la vida del gusano, que suele vivir dos o tres semanas, cambiando un gen llamado daf-2, y el animalito vivió el doble de tiempo.

—Entonces eso quiere decir… —empezó a decir Sally.

—Que en la trastienda de este pequeño paraíso se vende vida eterna a una legión de millonarios decrépitos —continuó Lázaro Bush—, la mayoría de ellos explotadores, vendedores de armas, narcotraficantes y dictadores.

La mujer se quedó petrificada al escuchar todo aquello.

—Por eso se llevaron a Amanda —dijo el periodista—, aunque hay algo más.

La mujer lo miró seria. No le gustaba el tono de Lázaro, pero por

primera vez en mucho tiempo estaba dispuesta a escucharlo hasta el final.

—Este tipo es un agente de la CIA, se llama Marcus Green —dijo Lázaro Bush señalando a Philip—. Ahora que ya tenemos todas las cartas sobre la mesa, ¿podemos irnos de una vez?

2ª PARTE: LA REGLA

14

Una de las cosas que le había enseñado su familia era que no confiase en nadie. Sus padres se habían dedicado toda la vida a cumplir esa máxima, pero al menos ellos se tenían el uno al otro. Amanda era su única verdadera amiga y confidente. Ahora había desaparecido y se sentía más vulnerable que nunca. Desde el principio había dudado de Philip. De hecho nadie le había confirmado que mantuviera una relación.

—He sido demasiado ingenua —comentó mientras subían en el coche volador.

Philip se sentó en la parte delantera para llevar los mandos, mientras que Lázaro y Sally lo hacían atrás.

—La CIA está muy preocupada con este proyecto —empezó a decir Philip—. Hay varios países en América y otros continentes que quieren imitar el modelo. Imagina qué sucedería si el sistema capitalista se va al garete; los bancos se hundirían, el sistema financiero, las grandes multinacionales, la globalización tal y como la conocemos. Desde la última pandemia, muchos estados están intentando crear sistemas más autárquicos para no depender de China y otros países asiáticos. Utopía es un modelo fácil de imitar y además es un sistema casi infalible de control de la población.

—Yo que pensaba que te fascinaba la isla y las ideas de Thomas Franklin —dijo Sally.

El hombre puso los ojos en blanco antes de responder.

—Puede que tenga ideas muy progresistas, sobre todo para mi familia, pero lo que están haciendo en la isla es fascismo tecnológico.

Ella nunca lo habría definido mejor. En muchas ocasiones, tras el velo de modernidad y el desarrollo técnico, se cometían todo tipo de atropellos con la población.

El coche se elevó sobre la ciudad, las vistas eran impresionantes. El verde de la selva contrastaba con el color canela de las playas y

el azul turquesa del mar. Sally contempló el paisaje durante unos instantes. A veces se preguntaba cómo el ser humano era capaz de contaminar todo lo que tocaba. Philip siguió aportando datos:

—Desde la última pandemia, el Gobierno chino, pero también el ruso y la Unión Europea controlan hasta el más mínimo paso de sus ciudadanos. Oficialmente es para frenar y controlar plagas, además de luchar contra el terrorismo, aunque la realidad es muy distinta. Los estados y las empresas tecnológicas conocen todos nuestros pasos, nuestros gustos y para ellos es relativamente sencillo controlar a las masas.

—Es cierto —lo interrumpió Sally—, pero creo que en Utopía se ha dado un paso más hacia el control absoluto del individuo.

Philip se giró un instante para observarla. Sentía que Sally se hubiera enterado de esa forma tan desagradable de su verdadera identidad, pero era consciente de que formaba parte del precio que debía pagar en un trabajo como el suyo.

—Siento lo ocurrido, no podía contarte nada. ¿Lo entiendes?

—Imagino que para la gente como tú la mentira es algo tan normal como respirar.

—No te he mentido. Amanda y yo teníamos una relación.

—Eso no lo mejora, también la engañabas a ella.

—El Gobierno está preocupado por lo que sucede en Utopía. Dentro de poco algunas islas más del Caribe como Granada, Jamaica o Haití pueden caer bajo la órbita de Utopía.

—Son territorios minúsculos —le rebatió Sally.

—Es cierto, pero enseguida entrarán en esta dinámica otras naciones como Uruguay, Argentina, Costa Rica y Panamá. Thomas Franklin es muy convincente y todos estos países no se dan cuenta de que en cuanto acepten el modelo serán meras marionetas en manos de Franklin.

El cielo despejado y azul comenzó a ensombrecerse. En el horizonte observaron cómo se acercaba una profunda borrasca.

—¿Cuánto queda? —preguntó nervioso Lázaro Bush.

—En unos quince minutos habremos llegado.

Sally se cruzó de brazos, sentía cómo la ansiedad iba poco a poco apoderándose de su cuerpo. Esperaba encontrar en aquella parte de la isla a su hermana.

—¿Hay mucha seguridad en esta parte de la Utopía? —preguntó

Lázaro a Philip.

—Me temo que sí. Es el secreto mejor guardado de Utopía. Nuestros satélites han visto cómo en los últimos seis meses las construcciones se han reproducido. Además llegan constantemente yates e hidroaviones a la zona. Al principio pensamos que se trataba de turistas. Nos extrañaba que Franklin hubiera dedicado una parte de la isla esa ocupación, pero ahora sabemos que sus fines son otros.

Sally se sentía como una verdadera ingenua: el novio de su hermana siempre había sabido mucho más que ella.

—¿Lo que hacen en la zona oeste es ilegal? —preguntó ella.

Philip encogió los hombros.

—No lo sabemos. Nos faltan pruebas para demostrar que se están haciendo experimentos con humanos o se están vulnerando los derechos internacionales. El *pendrive* que encontraste nos ayudará al menos a desprestigiar a Utopía. Thomas Franklin ha ganado tanta fama internacional, que sin pruebas definitivas sería muy difícil acusarlo de nada.

—Además —añadió Lázaro Bush—, Utopía es un estado soberano reconocido por la ONU y otros organismos internacionales. No se puede detener a Thomas Franklin a no ser que se envíe una orden al Tribunal Penal Internacional y se le capture fuera de la isla.

Divisaron las primeras construcciones, estaban tan bien mimetizadas con el paisaje, que apenas podía calcularse el tamaño y cantidad de los edificios.

—Será mejor que dejemos el vehículo a las afueras —dijo Philip —. Si sobrevolamos la zona, nos descubrirán.

Aterrizaron en un pequeño claro a unos dos kilómetros. Caminaron por un sendero estrecho que en varias ocasiones resultaba casi impracticable.

—¿Qué sucedió con la población autóctona de la isla?

La pregunta de Sally no pilló por sorpresa a Philip.

—Es otro de los muchos misterios de Utopía. La isla y algunos islotes cercanos estaban poblados por poco más de cinco mil personas. La mayoría se dedicaba a la pesca. También había algún complejo hotelero disperso. Se les dio a elegir entre adaptarse a la nueva realidad o marcharse. Los que optaron por irse recibieron

algunas indemnizaciones. Los que se quedaron, que fueron casi la mitad, se unieron al proyecto; aunque, la verdad, nunca he visto a un indígena. Corre el rumor de que Franklin permitió un pequeño asentamiento de los autóctonos en el suroeste de la isla, pero no sé si es cierto.

Philip marchaba el primero abriendo paso. Les había dado unos trajes de habitantes de Utopía para que pasaran desapercibidos.

El agente de la CIA levantó la mano y los tres se pararon en silencio.

A pocos metros se veían las primeras calles, los edificios de cristal y hierro. Aquella zona era distinta al resto de ciudades y pueblos de la isla. No se veían niños, tampoco parejas o cualquier signo de que fuera una ciudad más de Utopía.

Salieron a la calle principal e intentaron no llamar la atención.

—Esto es mucho más grande de lo que imaginaba —se sorprendió Sally—. ¿Por dónde vamos a empezar a buscar a Amanda?

Philip se estaba haciendo justo en ese momento la misma pregunta. Amanda era la prueba irrefutable de que allí se estaban cometiendo todo tipo de delitos. Si la rescataban, sería una testigo fundamental en el caso contra Thomas Franklin.

Mientras se acercaban al mar vieron un edificio enorme con forma de vela. Se miraron unos a otros. Parecía que aquel era sin duda el lugar que estaban buscando, pero había un problema. La entrada se encontraba fuertemente vigilada.

—¿Cómo vamos a entrar en el edificio? —preguntó Sally.

—Bueno, siempre es mejor por la puerta de atrás —comentó Philip mientras rodeaban del edificio.

El agente de la CIA tenía una pequeña pistola oculta, también un espray paralizante y un cuchillo.

En la parte trasera había un camión abierto, repleto de sábanas y pijamas recién llegados de la lavandería. Tomaron varios paquetes y entraron en el edificio. Ya no había marcha atrás, debían encontrar a Amanda cuanto antes.

15

La planta baja era un gran almacén. Ascendieron por las escaleras hasta lo que parecían la cocina, salas de caldera y la planta de desechos. Uno de los encargados los detuvo al verlos.

—¿Adónde vais con eso?

Se quedaron callados, sin saber qué responder.

—Os están esperando para hacer las habitaciones de las plantas ocho a la cuatro.

Se dirigieron al ascensor del servicio. Al llegar a la planta octava, se separaron. Por un lado Philip y por el otro Sally con Lázaro.

La mujer abrió una puerta y observó un gran ventanal con vistas al mar. Un paciente que parecía sedado descansaba en una cama. Sin hacer ruido se acercaron y miraron la tablet en la mesa de al lado. El historial del hombre aparecía detallado.

«Anthony McArthur. Hombre, cincuenta y cinco años. Empresario de Pensacola, industrias pesqueras del sur de los Estados Unidos. Divorciado y con dos hijos. Fecha de ingreso y de alta. Tratamiento: Longevidad y rejuvenecimiento».

Los dos se miraron sorprendidos. Parecía que el tratamiento ya estaba siendo aplicado a pacientes ricos.

Salieron de la habitación y entraron en la siguiente.

—¡Ya era hora! —les gritó un paciente.

Era calvo y muy gordo, aunque a juzgar por la flacidez de sus carnes le estaban dando tratamientos hormonales para adelgazar.

—¿Qué necesita? —preguntó Sally.

—Me prometieron que hoy podría ir a la terraza una hora. Llevo aquí encerrado casi una semana. Estoy cansado de ver esas vistas y que no pueda darme ni un rayo de sol.

Sally acercó la silla de ruedas a la cama y entre los dos lo ayudaron a sentarse.

El hombre babeó al sentirla tan cerca.

—Esta noche me han prometido el tratamiento especial —le dijo mientras le guiñaba el ojo—. Si quieres ganarte unos dólares extras, puedes unirte a la fiesta.

El hombre puso la mano en el trasero de la mujer y esta se la quitó con suavidad.

—Lo pensaré.

Sally había escuchado de las clínicas de belleza en países del Tercer Mundo que, además de utilizar métodos ilegales, facilitaban prostitutas de lujo a sus pacientes.

Subieron por el ascensor hasta la última planta. Mientras ascendían comenzaron a hablar con el hombre.

—¿Está satisfecho con el trato recibido?

—Sin duda, creo que vale el millón de dólares que cuesta. Cuando me marche de aquí aparentaré treinta años menos. Me han quitado cincuenta kilos y aún me falta por perder otros treinta. No sé las transfusiones de sangre que llevo, eso es lo más cansado, pero el doctor me dijo ayer que con dos más estaré listo. Me siento más joven y fuerte, todas las mañanas… ya saben, esto se levanta y llevaba casi una década sin que me sucediera.

—Me alegra que se encuentre satisfecho. Ya sabe que el pago puede realizarlo…

—Ya, no se preocupe, desde las Islas Caimán directamente a Utopía. Lo cierto es que esta isla es maravillosa.

Salieron a la azotea. Unos *chillout* individuales con vistas al mar, con toldos blancos y cómodas tumbonas al lado de una piscina y una barra, daban a aquel lugar la imagen de un hotel de lujo. Ayudaron al hombre a tumbarse y una mujer atractiva le preguntó, vestida únicamente con un minúsculo bañador, si quería tomar algo.

—Te tomaría a ti, pero me conformaré con un daiquiri.

Regresaron al ascensor. Mientras bajaban de nuevo a la planta en la que habían dejado a Philip, comenzaron a hablar.

—¿Has escuchado lo que ha comentado ese viejo asqueroso? —preguntó Sally.

—Sí, les hacen transfusiones. Me recuerda al caso que saltó hace unos años a los medios de comunicación sobre millonarios en California que recibían transfusiones de sangre de jóvenes voluntarios.

—Lo recuerdo —contestó Sally—, seguían las técnicas de un científico francés que en el siglo XIX utilizó las transfusiones para rejuvenecer a gente. Creo que se llamaba Paul Bert. El experimento era asqueroso, cosió a ratones viejos y jóvenes, para que compartieran la sangre. Los ratones viejos comenzaron a ser más ágiles, tener mejor memoria y cicatrizar antes.

—Así es —dijo Lázaro Bush—. Lo llamaba parabiosis y lo están investigando ahora universidades como la de Harvard y Stanford.

Cuando llegaron a la octava planta, vieron a Philip.

—Tenemos que ir de inmediato a la segunda planta —dijo el agente de la CIA—. Al parecer van a dar una charla informativa a los nuevos pacientes. Podemos fingir que llevamos a alguno en silla de ruedas.

Buscaron a dos pacientes medio adormilados por la medicación y se dirigieron a la sala de conferencias. No era muy grande. Tenía espacio para medio centenar de personas. Las primeras tres o cuatro filas estaban llenas de hombres y mujeres de avanzada edad. Todos llevaban unas batas blancas. Un doctor con bata blanca se puso delante, apretó un botón y bajó una pantalla.

—Estimados clientes, soy el doctor Edward Prendick. Les damos la bienvenida a Utopía. Gracias a nuestros tratamientos podemos prolongar la vida de un paciente, de media, algo menos del doble de la edad adulta. Muchos de ustedes tienen una esperanza de vida de setenta y cinco a ochenta años los hombres, y de ochenta a ochenta y cinco las mujeres. Gracias a nuestro nuevo tratamiento, los hombres podrían casi doblar su edad, llegando hasta los ciento cuarenta o ciento cuarenta y cinco años, veinte años más que las personas más longevas que hasta este momento se conocen. En el caso de las mujeres, podrán vivir unos ciento cincuenta o ciento cincuenta y cinco años. Naturalmente deberán cuidar bien sus cuerpos y pasar revisiones cada diez años de apoyo y consolidación.

El público parecía hipnotizado con sus palabras.

—Nuestras técnicas son las más modernas del mundo. En ellas se aúna la parabiosis con cambios en los cromosomas del ADN. Las transformaciones en los genes son importantes. El que se encarga de la longevidad tiene como misión completar el desarrollo madurativo de la persona que comienza tras el nacimiento. Para impedir y revertir el deterioro de los genes, ya sea por los radicales

libres o por las especias reactivas del oxígeno. Nosotros tratamos con la modificación daf-2. Esto ya se probó con gusanos hace unos años con excelentes resultados. Más tarde en ratones, monos y por último en humanos. La manipulación genética alargaría la vida, pero no ayudaría en el rejuvenecimiento del organismo; por eso la importancia de nuestro sistema de parabiosis, este innovador sistema que se intuyó desde la antigüedad. Un caso famoso fue el de Erzsébet Báthory, la famosa condesa sangrienta, que se cree que mató a seiscientas treinta mujeres para beber su sangre y bañarse en ella. Hoy en día tenemos métodos más sofisticados.

Toda la sala comenzó a reírse.

—Naturalmente no sirve de nada tomar sangre humana. Nuestro tratamiento es científico. De hecho se basa en los estudios de la eminente investigadora Amy Wagers, perteneciente al departamento de células madre y biología de la Universidad de Harvard. En la actualidad se sabe que nuestro tratamiento mejora a personas con alzhéimer y otras enfermedades relacionadas con el envejecimiento. Queridos pacientes, puedo asegurarles que serán la primera generación que vivirá más de ciento cincuenta años.

Todo el público comenzó a aplaudir emocionado. Sally los observaba sorprendida. ¿Cómo podía Thomas Franklin alargar la vida de toda aquella gente?

—Creo que hemos visto suficiente —comentó la mujer a sus compañeros.

Salieron de la sala con sigilo. Miraron a ambos lados, no sabían por dónde continuar la búsqueda.

—Puede que tu hermana esté en otro edificio —dijo Philip cuando se quedaron solos—. Este es demasiado público, para guardarla con cierta discreción.

Sally asintió con la cabeza y los tres se dirigieron a la salida trasera. Lograron alejarse del edificio sin que nadie los reconociera.

Algunos edificios eran villas para los clientes más ricos; otros, pequeños hoteles para revisiones. El único que les llamó la atención fue uno de los más grandes, de unas cuatro plantas, que se encontraba en la zona más boscosa, discretamente oculto del resto de la ciudad. En la puerta había vigilancia armada, por ello tuvieron que rodear el edificio y buscar otra forma de entrar. Encontraron varias ambulancias, las abrieron y comprobaron que

eran refrigeradas, como algunos coches funerarios.

Después se dirigieron a la puerta trasera, pero estaba cerrada. Philip buscó otra forma de entrar. Examinó la fachada hasta que descubrió unas pequeñas ventanitas tragaluces que daban a un semisótano. Empujó una y logró abrirla en parte.

—¿Piensas que entraremos por ese hueco? —preguntó Bush dudoso.

—Sí, no es tan difícil.

El primero en pasar fue Philip. Después dio un salto y calló sobre un suelo de hormigón. Animó a Sally a saltar y la ayudó para que no se cayera. El último en intentarlo fue Lázaro, que se quedó un momento atascado, pero al final logró pasar.

La sala era amplia y estaba en penumbra. Los ventanales pequeños apenas iluminaban unos pocos metros. Se dirigieron hacia el centro, vieron unas escaleras y comenzaron a ascender. Llegaron a la planta baja, sabían que daba al recibidor y decidieron seguir subiendo. Abrieron la puerta de la planta primera con cuidado y de nuevo los envolvió la oscuridad. A pesar de la escasa luz, se veía claramente que era una sala inmensa. Philip tanteó la pared buscando algún interruptor sin resultado.

Sally comenzó a caminar y toda la sala se iluminó de repente. Poco a poco las luces brillaron con fuerza y el grupo se quedó sin palabras, incapaces de asimilar lo que estaban viendo.

—¡Dios mío! —exclamó Lázaro.

—No puede ser, Philip, ¿sabías algo de todo esto? —preguntó Sally horrorizada.

—Por Dios, no. Es mucho peor de lo que imaginábamos.

16

Por encima de sus cabezas había centenares de personas, todas ellas jóvenes. Parecían dormidas, como si tuvieran un coma inducido. Colgadas como pequeños odres de vino. Conectadas por sondas gástricas, para poder alimentarlas, mientras les extraían la cantidad exacta de sangre, sin causarles la muerte.

—No puedo creerlo. Esto fue lo que descubrió Amanda, estoy segura.

—Son todos jóvenes —dijo Lázaro Bush.

—El excedente humano del que habla siempre Thomas Franklin —dijo el agente de la CIA—, que le sirve como ganado para sus experimentos y los tratamientos de esos millonarios. Esto es suficiente para conseguir una orden internacional de extradición y quitar Utopía de las manos de ese loco.

Philip parecía indiferente al dolor provocado en todas aquellas personas. Lo único que le interesaba era terminar con éxito su misión. Comenzó a hacer fotografías mientras sus dos compañeros comprobaban el sistema que bombeaba sangre hasta unas inmensas cisternas.

—¿Has visto esto, Philip? Sacan tanta sangre que han hecho un colector. ¿Cada cuánto los sustituirán?

—No tengo ni idea, Sally, pero imagino que una persona sana, mientras sea alimentada, puede seguir generando sangre al menos durante meses.

—No estoy segura de que la gente vaya a creernos. ¿Piensas que mi hermana está entre todos ellos?

—Es imposible mirar uno por uno, algunos están colgados a varios metros de altura. Tiene que haber algún control por ordenador. Tal vez allí se encuentren los historiales médicos. Todos los donantes tienen que estar sanos, el plasma debe de ser clasificado por diferentes grupos de sangre.

Mientras Philip continuaba haciendo fotos, ellos se dirigieron al

fondo, vieron una puerta roja y la abrieron. Un hombre, de espaldas, manejaba varios ordenadores. Se volvió al escuchar el ruido.

—¿Has traído la cena?

Al verlos dio un respingo y alargó su brazo para tomar un arma. Bush logró quitársela a tiempo con una patada.

—¡Maldita sea!

El hombre golpeó en la cara al periodista, que cayó redondo al suelo. Después intentó dar un puñetazo a la mujer, pero lo esquivó. Estaban forcejeando cuando entró Philip, que sacó su arma y le apuntó.

—¡Quieto o disparo!

El tipo levantó las manos y pudieron contemplarlo con más tranquilidad. Era alto y delgado, con gafas gruesas, y vestía una bata blanca, unos pantalones grises y deportivas.

—¿Qué hacen aquí? Esto es una zona de máxima seguridad. Únicamente puede entrar personal autorizado.

Sally tuvo de lanzarse a su cuello. Aquel tipo no parecía muy arrepentido de lo que estaba haciendo.

—¿Por qué tienen a toda esa gente colgada y le sacan sangre?

La pregunta de la mujer parecía muy obvia, pero aún no lograba asimilar lo que había visto.

—¿Lo de fuera? Bueno, son donantes de sangre.

—¿Donantes? —repitió incrédula.

Philip golpeó con la culata el rostro del hombre, que comenzó a sangrar por la frente.

—¿Cuánta gente tienen colgada en la sala? —preguntó el agente de la CIA—. ¿Hay registros con sus datos?

—¿Se han vuelto locos? Los atraparán y, en el mejor de los casos, ocuparán un puesto en la colmena.

—¿La colmena?

—Sí, señorita, así llamamos a los donantes.

—¿Cuántos hay?

—Empezamos hace seis meses con quinientos. Ahora mismo tenemos dos mil, pero seguimos ampliando. Nuestros clientes son una fuente insaciable de gente joven.

Sally y Lázaro se miraron horrorizados.

—¿Cada cuánto renuevan a los «donantes»? —preguntó Philip.

—Los más fuertes y sanos duran poco más de dos meses. El resto, como mucho, uno.

—¿De dónde sacan a los jóvenes? —siguió preguntado.

—¿Está de broma? En el continente americano hay mil millones de personas, la mayor parte jóvenes. Salen barcos desde la isla ofreciendo trabajo a personas de la costa. Desde Belice a Panamá, pasando por las islas vecinas. Toda esa gente es escoria, carne de cañón. Al menos su sangre sirve para algo más que para perderla en las peleas de bandas de Honduras, El Salvador o Brasil.

—Pero ¿qué pasa con las familias? —quiso saber Philip.

—Decenas de miles de jóvenes desparecen todos los días. Algunos intentando llegar a Estados Unidos, otros por la trata de personas. Unos pocos miles no llaman la atención.

—¿Dónde están los registros?

—En la base de datos, aunque algunos únicamente nos dicen su nombre de pila.

Sally se sentó frente al ordenador, entró en la base de datos y comenzó a buscar a su hermana. Después de un rato sin conseguir encontrarla, se quedó profundamente decepcionada.

—¿Qué se hace con los datos de los muertos? —preguntó Sally.

—Se borran, solo necesitamos los de los donantes activos.

En ese momento escucharon la puerta: un hombre gordo entró con una bandeja repleta de comida. Al verlos la soltó e intentó sacar un arma. Philip le disparó y se derrumbó en el suelo. El otro intentó huir y también le disparó.

—¿Qué hacemos con todos los donantes?

La pregunta de Sally no tenía una respuesta fácil.

—No podemos hacer nada, tenemos que salir de la isla cuanto antes y denunciar lo que hemos visto. Si Franklin se entera de que hemos descubierto sus planes, estamos muertos o algo peor —dijo Philip señalando los cuerpos.

—No puedo irme hasta que encuentre a mi hermana —se resistió Sally.

—Cuando regresemos con el ejército, podrás buscarla. Por lo menos no es uno de los donantes —dijo Lázaro señalando los cuerpos inertes.

Se dirigieron a la parte trasera, pero antes de abrirla Philip señaló la ventana.

—Salgamos por allí, puede que la entrada esté conectada a alguna alarma.

Ayudaron a Sally, después a Lázaro y por último Philip.

En cuanto llegaron de nuevo a la selva se quitaron las ropas, subieron al vehículo y salieron a toda velocidad de la parte oriental. Durante el primer trayecto del viaje no abrieron la boca, parecían superados por lo que habían visto.

—Todavía no puedo creerlo. Pienso que nos lo hemos imaginado.

—Me temo que no, Sally.

—¿Por qué haría Franklin algo así? Su proyecto parece un éxito.

—Imagino que es por el dinero —dijo Philip—. Tiene que financiar todo esto y, por muy rico que sea, Utopía es un saco sin fondo de dinero.

—Hay otras maneras: vendiendo tecnología, talento e innovación.

—No parece suficiente —dijo Lázaro, que había estado cabizbajo —. Esa gente paga verdaderas fortunas por volver a ser jóvenes y alargar su vida setenta o sesenta años.

Llegaron a la ciudad y, después de aterrizar, Philip aparcó su vehículo. Scott los esperaba nervioso.

—¿Dónde se han metido? Llevamos más de una hora de retraso. Llegaremos a la capital con el tiempo justo para que se cambien y cenen con el señor Franklin.

—Lo siento, ha sido culpa mía —se disculpó Philip—. Llegamos a una playa bellísima y el tiempo se esfumó de repente.

—Me parece increíble que seas precisamente tú el que hagas esto —dijo a su compañero.

Tomaron su coche y regresaron a la ciudad.

Sally no sabía cómo iba a poder mirar a la cara a Thomas Franklin. Ahora estaba segura de que tenía a su hermana, pero además sabía que era un sádico y calculador psicópata.

El grupo se dividió al llegar y la mujer se dirigió hacia su habitación. Mientras caminaba por el sendero, no podía dejar de pensar en Amanda; no podía irse de Utopía sin encontrarla. Estaba sorprendida al comprobar una vez más la fina línea que separaba el infierno del paraíso. En algún lugar había leído que todas las utopías tenían un lado oscuro y que, para que unos pocos

cumplieran sus sueños, la mayoría tenía que vivir una pesadilla.

17

Aquella noche Sally no se arregló, tenía demasiadas cosas en la cabeza como para importarle lo que llevara puesto. Se dio una ducha corta y después se puso unos vaqueros y una blusa, tomó una chaqueta ligera por si refrescaba y salió de la habitación pensativa. Estaba casi segura de que ya habrían encontrado los cuerpos de los dos cuidadores de la colmena. ¿Cuánto tiempo tardarían en atar cabos? Seguro que no demasiado tiempo.

Caminó por el sendero hasta la casa, escuchó unos pasos a su espalda y se giró inquieta.

—¡Sally!

Era Lázaro Bush, que se había puesto un traje algo más abrigado que los días anteriores porque amenazaba una tormenta tropical.

—¿Cómo estás? —preguntó el hombre.

—Bueno, la verdad es que algo deprimida. Todo esto me está afectando.

—Te entiendo. Jamás había visto algo así. Aquellos pobres diablos eran poco más que recipientes de sangre humana. Te aseguro que, por primera vez en mi vida, no me siento contento de haber hecho un descubrimiento tan increíble.

—¿Piensas que mi hermana está viva?

—¡Dios mío! Espero que sí lo esté. He logrado comprar a un piloto. Salgo en una avioneta para Santo Domingo esta noche. Le he pagado para que te vengas conmigo. Thomas Franklin no es tonto, seguro que ya sabe lo que ha sucedido. Es capaz de eliminarnos esta misma noche. No pienso probar ni un bocado.

Llegaron a la casa. Steve Gates estaba hablando con el señor Franklin. Aquella noche tampoco estaba el resto de su familia.

—Buenas noches. Parece que se acerca la tormenta. Normalmente tenemos unas vistas espectaculares desde la ventana.

—Buenas noches —contestaron lacónicamente.

—Hoy cenaremos nosotros solos. Creo que ya se han hecho una

idea de la magnitud de este proyecto. Hoy querría compartir con ustedes su proyección internacional.

Todos se sentaron alrededor de la mesa. Sally intentó ponerse lo más lejos posible. Steve se situó a la derecha de Thomas Franklin, y Lázaro a su izquierda.

—¿Qué les ha parecido la visita de hoy? —preguntó el anfitrión.

—Me ha encantado, están desarrollando una tecnología increíble —respondió Gates—. Lo cierto es que desconocía por completo esa parte del proyecto.

—Señor Gates, sin nuevas tecnologías el sueño de Utopía es imposible. Todavía estamos a tiempo de salvar a la mayor parte de la humanidad. En los últimos años se han sucedido las pandemias, las guerras, los disturbios y la pobreza. Este viejo mundo tiene las costuras destrozadas, necesita un nuevo paradigma y esperamos poder inspirar al mundo con el nuestro.

Lázaro intentó disimular y comenzó a hablar de Guillermo Prein.

—Su socio y amigo es un hombre increíble, una de las mentes más preclaras que he conocido.

Thomas Franklin pareció molestarse ante los halagos a su colaborador.

—Lleva con nosotros desde el principio. Es un técnico de primer orden, no sé qué haríamos sin él, aunque le falta carisma a veces. Ya saben que ese no es un don muy extendido.

Sally apenas levantaba la cara del plato. Thomas Franklin tomó un poco de vino de la copa y le preguntó:

—¿Usted no dice nada? Su hermana parece estar algo resfriada. Hoy he recibido otro correo electrónico suyo. Me pide que le comente que estaría encantada de que se reuniera con ella cuanto antes.

Sally hincó la mirada en el hombre.

—Estoy disfrutando de la estancia. Creo que todavía quedan un par de excursiones. ¿Verdad?

Thomas Franklin puso una sonrisa irónica.

—Claro, están invitados todos a permanecer en la isla el tiempo que deseen.

—Su isla es una caja de sorpresas. Además, ¿piensa exportar este tipo de sociedad al resto del mundo?

El tono sarcástico de la periodista no dejaba lugar a dudas.

—Siempre pensé que se ilusionaría con este proyecto, pero Utopía no es para todos. Muchos no entienden lo que estamos haciendo aquí.

—Yo sí lo entiendo. Lo que están haciendo es una dictadura tecnológica, pero ni siquiera es una idea original. China les lleva la delantera. Ofrecen a la gente seguridad, un entorno agradable y una ideología vacua. Vivimos en un mundo cada vez más vacío y confuso, en el que la mayoría de las ideologías han fracasado y la gente se arroja desesperada a sus pies.

—¿Usted cree, señorita?

—Por supuesto. Gente joven, entusiasta y llena de energía se ofrece a una causa idealista. Dan su talento y fuerza, su juventud a cambio de unas migajas de reconocimiento y la idea fantástica de que están cambiando el mundo.

Lázaro Bush le tocó la pierna debajo de la mesa.

—Nosotros somos la esperanza del mundo —se defendió Thomas Franklin—. La superpoblación nos destruirá si no lo hace antes el cambio climático. Aquí la gente es más libre que en su mundo, pero usted no lo entiende. Para usted la libertad es poder escribir un artículo y que nadie la censure, ir a votar cada cuatro años y viajar sin importarle cómo eso repercute en el planeta.

—Eso no es libertad —comenzó a decir Sally, pero Franklin la interrumpió.

—¿Qué libertad tiene la mayor parte de habitantes del planeta? ¿Me lo puede explicar? No eligen nada de su vida, ni siquiera cómo morir.

—Y usted los va a salvar a todos, ¿verdad?

—No sé si podré salvar a todos, pero sí a muchos.

Steve Gates parecía inquieto e intentó parar la tensión que iba en aumento.

—Creo que todo no es blanco o negro. Utopía nos es una sociedad perfecta, pero sí mucho más gobernable que el actual sistema económico y político del mundo. Tal vez deberíamos darle la oportunidad a algo nuevo y diferente.

—Esto no es nada nuevo, señor Gates —replicó Sally—. Son los mismos controles sobre la población que en época de Stalin o Hitler, pero con una tecnología punta.

—Somos una pequeña isla pacífica —intervino Thomas Franklin

—. No entiendo qué tenemos que ver con esos dictadores militaristas.

—Claro que lo entiende, su ciega ideología es igual de nociva —dijo la periodista—. Pretende salvar a la humanidad quiera esta o no. El poder siempre piensa que lo hace por el bien común, por la mayoría del pueblo, pero lo único que desea realmente es mantenerse al mando.

—Yo vivía bien —insistió el anciano con un malestar evidente—, soy millonario, por Dios, y enseñaba en la universidad más prestigiosa del mundo. ¿Por qué iba a meterme en todo esto si no es por amor a la gente?

Al escuchar aquellas palabras, Sally estuvo a punto de vomitar.

—Creo que he perdido el apetito.

La mujer se puso en pie, la lluvia había comenzado a caer con fuerza unos minutos antes.

—Te acompaño —dijo Lázaro Bush.

Corrieron hasta sus habitaciones. Las gotas estaban frías, pero en cierto sentido eran reconfortantes, parecían hacerles sentir de nuevo, logrando que aquella vida anestesiada se disipase un poco.

—Ven conmigo esta noche —dijo Bush—. Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—Lo siento, tengo que quedarme.

—Intentaré mandar al Séptimo de Caballería lo antes posible —dijo el periodista—. ¿Qué hará Philip?

—Ni lo sé, ni me importa.

—Cuídate, por Dios —dijo Lázaro al separarse de la mujer.

—También tú.

—Pasado mañana estaré en Nueva york y pensaré que todo esto no es nada más que una pesadilla —sentenció Bush.

—Ojalá se tratara de eso.

Mientras se alejaban, Sally sintió como la humedad le corría por la espalda. Recordó los cientos de cuerpos colgados, inertes, en aquella sala diáfana y húmeda. Entró en la habitación, se sentó en la cama y comenzó a llorar desconsolada. Por primera vez en su vida le pidió a Dios que parara toda aquella locura y no permitiera que un hombre como Thomas Franklin se saliera con la suya.

18

Lázaro Bush no temía a la muerte. Tal vez era porque nunca la había visto como algo cercano. Sus padres y abuelos habían sido muy longevos, su familia llevaba varias generaciones sin sufrir ningún tipo de penuria y todos sus antepasados habían sobrevivido a los conflictos del siglo XX.

El hombre tomó su maleta, pero antes de salir de la habitación se dio cuenta de que era mejor no llamar la atención. Metió lo necesario en su maletín y cerró la puerta con cuidado. Después se dirigió por el sendero hasta la zona de recogida. Al llegar, ya lo esperaba un coche. Entró y sin esperar sus instrucciones el conductor lo llevó hasta el aeródromo a las afueras de la ciudad. No tardaron más de veinte minutos. Todo estaba en calma y el silencio era casi sepulcral. Salió del coche con torpeza, parecía demasiado nervioso para coordinar bien su cuerpo. El avión esperaba con los motores encendidos a pocos metros. No era muy grande, pero su color blanco brillaba en medio de una oscuridad casi absoluta.

—Bienvenido —dijo el copiloto.

El hombre entró en el aparato con la cabeza agachada y no respiró tranquilo hasta que no se vio sentado en su asiento. Se puso el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla, pero lo rodeaba una inescrutable negrura.

El motor del avión rompió el silencio y el aparato comenzó a moverse despacio. El corazón de Lázaro Bush se aceleró. Contaba los segundos, quería escapar de allí cuanto antes.

—¡Dios mío, llévame sano y salvo a casa!

El avión tomó velocidad y ascendió al cielo negro agujereado por minúsculas estrellas brillantes.

Bush cerró los ojos y a su mente acudieron las imágenes de la mañana. Aquel lugar horrible con miles de jóvenes colgados, mientras les extraían litros de sangre. Siempre había creído en el libre mercado, aunque con una mínima supervisión del Estado, pero

aquello era demasiado. No podían destruir la vida de jóvenes, por muy marginales que fueran, para alargar la de millonarios. Aquello no era solo inmoral, era aberrante y decía mucho del mundo en el que vivía.

Llevaba años cubriendo noticias por todo el país, se había hecho famoso destapando escándalos financieros, arbitrariedades de compañías y trapos sucios de políticos, pero el caso de programa BIMINI superaba todas sus expectativas. Cuando recibió la invitación de Thomas Franklin se sorprendió un poco. Él no era un periodista complaciente al que se le podía comprar con un viaje de lujo y unos pocos halagos. Tampoco era un idealista, capaz de apoyar todo tipo de causas perdidas. No le encajaba que el creador de Utopía lo invitara a su isla y lo dejara husmear un poco. Al recibir el correo de Amanda, las cosas comenzaron a cobrar sentido. No conocía a la mujer personalmente, aunque había oído hablar de ella, ya que Amanda se había convertido en la cara visible y amable de Utopía. La joven viajaba continuamente a Nueva York y ambos habían coincidido en algunas fiestas y presentaciones, pero únicamente una vez habían hablado. Amanda se había acercado a él y le había chocado la copa de vino. Sabía que Lázaro conocía a su hermana y que no se llevaban bien, aunque ninguno de los dos supiera dar una razón para la mutua antipatía. Aún recordaba las palabras de la joven. «Sally y usted son los dos periodistas más reputados del país. Es normal que salten chispas». En aquel momento Amanda pretendía captarlo para su causa, al menos es lo que pensó al principio. Era una mujer muy bella, pero sus ojos expresaban una ligera tristeza, como si de alguna forma comenzara a vislumbrar lo que se ocultaba detrás de la cortina del Mago de Oz.

El avión tembló un poco y Lázaro se aferró al asiento. Miró por la ventanilla, ya no se veían las escasas luces de Utopía, pero sí las de la cercana isla de República Dominicana.

El correo electrónico de Amanda le había pillado por sorpresa. En aquel momento investigaba la situación de confinamiento de los inmigrantes ilegales en algunos de los Estados del sur. Decidió aceptar la invitación de Thomas Franklin y volar a la isla. Al ver a Sally en el mismo grupo temió que pudiera arrebatarle la exclusiva. Ahora, sin embargo, hubiera preferido no tener que ser él quien debía narrar lo sucedido. Poco a poco logró comprender que ella no

sabía nada y que su hermana había desaparecido.

El avión giró y en la cabina se notó bastante el viraje.

No le gustaba volar, aunque debido a su profesión lo hiciera muy a menudo. Estaba deseando llegar a su apartamento en Manhattan y sentirse a salvo. No era un maldito corresponsal de guerra.

El copiloto salió de la cabina y se aceró hasta él. Le dijo algo, pero no lo entendió bien por el ruido.

—Por favor, venga conmigo.

Lázaro Bush lo miró sorprendido, pero siguió al hombre. Llegaron a la parte delantera, el copiloto abrió rápidamente la compuerta y el viento los empujó.

—¿Qué demonios está haciendo?

—No podemos aterrizar, aparecería en nuestras escalas y tendríamos problemas.

—¿Qué? ¡Les he pagado un dineral, exijo que aterricen!

El hombre le colgó un paracaídas en la espalda a pesar de sus protestas, después lo empujó hacia la puerta. Lázaro tembló y se resistió, pero fue inútil. El copiloto le dio un empujón, Bush perdió el equilibrio y se precipitó al vacío. Mientras descendía a toda velocidad, su mente intentaba reaccionar. Su vida pasó ante sus ojos en unos instantes. No quería morir, acababa de cumplir los cuarenta y tres años, le quedaban miles de cosas por hacer, entre ellas tener un hijo, viajar más, conocer a la mujer de su vida.

Estuvo un rato buscando la anilla para abrir el paracaídas. Suspiró tranquilo cuando sus dedos lograron atraparla. Tiró de ella, pero el paracaídas no se abrió. Comenzó a llorar y temblar.

—¡Dios mío!

Encontró otra anilla muy cerca, sabía que todos los equipos llevaban un segundo paracaídas de emergencia. Tiró con fuerza, pero con resultados similares. Miró hacia abajo: el suelo se aproximaba a una velocidad apabullante. Intentó levantar la vista y disfrutar de esas últimas milésimas de segundo que le quedaban. Estaba amaneciendo, el cielo empezaba a iluminarse y el agua ya no parecía una charca negra e inquietante.

Sintió cómo la tierra lo atraía con fuerza y su cuerpo se aceleraba cada vez más. Cerró los ojos un segundo, antes de que su cuerpo chocara con el agua fría, pero la blanda masa de agua actuó

como una placa compacta por la velocidad y antes de que su cuerpo se sumergiera, todos sus órganos se habían aplastado y reventado. Su mente aún tardó otro segundo en desconectarse y descubrir qué había al otro lado del umbral de la muerte.

19

Sally corría por la selva, alguien la seguía, podía escuchar sus pasos y los jadeos, pero no veía a nadie. Aún estaba demasiado oscuro. Sus músculos se comenzaban a cansar, tenía las piernas entumecidas y sabía que ya no resistiría mucho más. La poca luz que atravesaba la espesura apenas le permitía distinguir el sendero. Se tropezó varias veces, dañándose las manos y las rodillas, pero se levantó de un salto y siguió corriendo. Entonces vio una gran masa negra y se detuvo en seco. Lo palpó con el pie desnudo; era líquido, algo viscoso y templado. Por temor decidió adentrarse en aquello, primero hasta los tobillos, después hasta los muslos y más tarde el líquido comenzó a sobrepasar su cintura. La luz comenzó a aclarar el día y cuando miró a la masa viscosa se dio cuenta de que era sangre. Comenzó a gritar, mientras sus manos, cara y pecho se teñían de aquel líquido rojo y templado.

La mujer se despertó sudorosa y se sentó en la cama. Tardó un rato en recuperar el aliento y aún más en abrir los ojos.

—¡Joder! ¡Era otra maldita pesadilla!

Se secó la frente con el envés de la mano y miró el reloj. Eran casi las diez de la mañana, se había quedado dormida. Después de ducharse se puso unos pantalones cortos y una camiseta de lino color azafrán. Se dirigió al comedor y apenas probó bocado.

—Sally, pensé que ya se habría marchado.

Steve Gates la observó un rato y después se sentó enfrente.

—No puedo irme hasta que encuentre a mi hermana.

—Su hermana está en Nueva York. El señor Franklin se lo ha dicho en varias ocasiones.

—¿Cree que un correo electrónico es suficiente prueba? —dijo ella—. Cualquiera puede enviarlo desde un ordenador en Nueva York.

—¿Por qué iba a mentirle? —preguntó Gates.

—Usted no es consciente de lo que está sucediendo aquí —

continuó Sally bajando la voz y mirando a un lado y otro—. Utopía no es lo que parece y, sobre todo, lo que nos han mostrado en las excursiones. Lázaro y yo vimos algo ayer, algo terrible.

—¿Por eso tardaron tanto en regresar? —quiso saber Gates.

—¿Sabe?, Lázaro se ha marchado. Estaba asustado y quería escribir un artículo para que todo el mundo supiera lo que estaba sucediendo aquí. ¿Acaso eso no le extraña?

—Nunca he entendido la mente de los periodistas. ¿Sabe la de veces que algunos de sus compañeros me han acusado de tramas conspiranoicas? La última trata sobre mi supuesta relación con la propagación de la reciente pandemia. Por Dios, si he sido el donante privado que más dinero ha donado para que se investigara una vacuna.

Sally era consciente de que la sombra de la duda se extendía de forma rápida e injusta, pero aquello era distinto. Habían sido testigos directos de algo horrible, aunque aún le costase asimilarlo.

—Lo hemos visto con nuestros propios ojos —dijo Sally. Si fuera usted, tomaría el primer vuelo a casa. Las cosas se van a poner muy feas aquí.

Steve Gates la miró con extrañeza. Por primera vez la duda parecía doblegar su actitud innata hacia el optimismo y las buenas intenciones.

—No sé qué pensar. Thomas Franklin es uno de los hombres más admirados del planeta. Hace unos meses fue elegido hombre del año por la revista *Times*.

La mujer se puso muy seria. Sabía que no sería fácil convencer al mundo de la verdadera cara de aquel hombre y su proyecto infame.

—No puedo decirle más sin ponerlo en peligro.

Scott se acercó hasta ellos con su sonrisa habitual.

—¿Están preparados?

Los dos afirmaron con la cabeza, aunque sus rostros no reflejaban demasiado entusiasmo.

—Aún quedan muchas cosas por descubrir.

—¿Hoy no vendrá Philip? —preguntó Gates.

—No, está ocupado —contestó crípticamente Scott.

—¿Dónde está Lázaro Bush?

—Al parecer no le sentó bien la cena —respondió el guía.

Steve Gates miró a la mujer y después se quitó las gafas. Se secó

el sudor y siguió al guía por el largo salón. Parecía más una oveja dispuesta a ir al matadero que un visitante a punto de descubrir lugares maravillosos y exclusivos.

Sally los siguió unos pasos por detrás, con la cabeza gacha. Le extrañaba que Philip no los acompañara. Sabía que Lázaro había tomado un avión aquella misma noche. Subieron al coche y se dirigieron a otra de las ciudades de Utopía.

El coche tardó casi dos horas en llegar a una parte alejada en el interior de la isla. Steve apenas le dirigió la palabra en todo el trayecto, como si estuviera meditando lo que habían hablado en el comedor.

—¿Adónde nos dirigimos?

Scott parecía evasivo, como si no quisiera responder a la pregunta.

—¿Por qué comentó que Bush estaba indispuesto? Estoy segura de que salió de la isla anoche.

El hombre no pudo eludir más las preguntas de la mujer y se giró para contestarle.

—Señorita, le comento lo que me han dicho. ¿Por qué iba a mentirles?

—Tenía entendido que íbamos a una ciudad esta mañana —dijo la periodista—, pero estamos internándonos más en la selva.

—Bueno, es un camino distinto. Quería que vieran bien todas las partes de Utopía. La isla no está sobrexplotada y esperamos que se conserve así mucho tiempo.

Sally miraba inquieta a ambos lados, aquello no le olía bien. De repente agarró a Gates y lo lanzó fuera del coche en marcha. Un segundo más tarde saltó ella, antes de que el conductor pudiera reaccionar.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha vuelto loca? Casi me rompo la cabeza con esas rocas.

—¡Corra! —gritó la mujer mientras se dirigía hacia la selva.

—Es absurdo, no podemos recorrer la selva sin un equipo adecuado.

El coche frenó en seco y comenzó a dar marcha atrás. Steve Gates miró al conductor y vio brillar un arma en su mano.

—¡Maldición! —gritó mientras seguía a la mujer.

Los dos se perdieron en la espesura. Sally estuvo zigzagueando

un buen rato, con la esperanza de despistar a Scott. Escuchaba detrás los pasos torpes de Steve.

Tras unos quince minutos de carrera se pararon junto a un riachuelo. El hombre jadeaba, tenía la cara completamente roja y la lengua fuera.

—¿Por qué ha hecho eso? Será mejor que regresemos al camino.

—¿Todavía no lo ha entendido? No nos llevaban a una maldita excursión, nos internábamos más y más en la selva. Seguro que Franklin tiene alguna cárcel o fortaleza en un lugar lo suficientemente discreto.

Al hombre le costaba aceptar las palabras de Sally. Era imposible que mataran a dos de los periodistas más conocidos de los Estados Unidos y a un magnate informático sin que nadie hiciera preguntas. Pensó mientras su cerebro intentaba procesar lo sucedido.

—Puede que nos saquen de la isla —protestó Gates—, incluso de malos modos, pero matarnos… ¡Eso es absurdo! Sería un escándalo internacional.

—No es tan complicado simular un accidente en coche, avión o barco. Por favor, no sea tan ingenuo.

Sally le hizo un gesto para que se quedara quieto, después afinó el oído.

—Se está acercando —dijo la mujer.

—Yo me quedo a esperarlo —dijo Gates—, no puedo correr más.

—No, mierda, ¡corra!

Escucharon unos disparos por encima de sus cabezas. Gates salió tan rápido del arroyo que adelantó a la mujer. Intentaban esquivar las ramas y las raíces, las arañas que se descolgaban frente a su cara y no pensar dónde ponían los pies.

Los disparos cesaron, pero eso no les hizo sentirse más seguros. Tras casi cuarenta minutos corriendo y parándose a descansar, llegaron a un pequeño claro. Daba la sensación de que habían cultivado algo y ya estaba recogida la cosecha.

—Debemos de estar cerca de algunas casas —dijo Sally—. Por aquí hay campos de cultivo.

Continuaron la marcha más despacio. La ropa se les había roto por varias partes, debido a las ramas y las espinas de algunos arbustos. Les dolían las piernas y tenían sed. A pesar de todo,

continuaron su camino.

Caminaron otra media hora hasta llegar cerca de unas casas. Parecía una pequeña aldea en medio de la nada.

—¿Piensas que alguien nos ayudará si se lo pedimos? —quiso saber Gates.

—No, todos pertenecen a Utopía. Tenemos que conseguir algún vehículo para acercarnos a la costa y desde allí tomar una lancha o pagar a algún pescador para que nos lleve a Jamaica, Cuba o La Española.

Vieron salir a un chico joven, llevaba ropas color caqui de siervo. Si alguien podía ayudarlos eran precisamente los que la sociedad consideraba de más baja condición.

—Hola, ¿puedes acercarte?

El chico miró algo asustado a la mujer. Sally llevaba la vestimenta de las mujeres solteras, pero sucia y rota por algunas partes del pantalón y la camisa.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? Esta es una zona restringida.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés.

—¿De dónde has venido?

—Soy de la República Dominicana. Mis padres vinieron hace un año a Utopía, pero a mí no me gusta esto. Dicen que no hay normas ni leyes, pero todos hacen lo mismo.

—¿Por eso te han degradado a siervo? —preguntó el hombre.

—Sí, me pillaron acostándome con una chica, la hija de un jefe. Esa es otra de sus mentiras: en todas las ciudades hay señores que tienen criados y todo tipo de subalternos.

—¿Sabes dónde podemos encontrar un vehículo para llegar a la costa? —preguntó Sally.

—No hay muchos en esta zona. Aquí únicamente vivimos algunos de los criados. Hay una casa grande en mitad de ese bosque, todos la llaman Stanley Hotel.

—Como el gran hotel del libro *El resplandor* de Stephen King —comentó Gates.

—Allí hay algunos coches, pero en la entrada vigilan los guardas del amo.

—¿El amo?

Steve Gates estaba conmocionado al descubrir la realidad de la

isla.

—Ellos no quieren que los llamemos así, pero la realidad es que Utopía se dividió en varias provincias, cada una con un gobernador. Tienen un poder muy grande en cada una de ellas y se reúnen una vez cada tres meses con nuestro líder.

—Intentaremos hacernos con uno de los coches —dijo Sally con determinación.

Salieron del bosque y comenzaron a caminar hacia el edificio. Se ocultaron en cuanto vieron a los guardas. Eran dos, uno con fusil y el otro con una pistola.

—No podemos entrar ahí —le susurró Steve Gates.

—Tiene que haber una manera —respondió Sally.

La mujer dio un rodeo, el edificio era muy extraño, una especie de pirámide de cristal de la que se veía poco más que la parte alta. Los coches se encontraban en un aparcamiento cercano. Si marchaban agachados entre las plantas, podrían acercarse sin ser vistos. Los vehículos en Utopía no necesitaban llave ni clave para ponerlos en marcha. Además eran muy silenciosos por su motor eléctrico.

La mujer fue a buscar al chico que había visto antes y le pidió que entretuviese un momento a los guardas. De esa forma, cuando se dieran cuenta de la desaparición del vehículo, estarían muy lejos.

El chico se acercó a los dos hombres y comenzó a charlar con ellos. La mujer aprovechó el descuido para subir al coche, se agachó y llamó a Gates. Este corrió torpemente hasta ella y entró por la otra puerta. La mujer miró por el rabillo del ojo a los guardas y puso en marcha el coche, lo enfiló en dirección contraria y salieron de allí lo más rápido que pudieron sin llamar la atención. Cuando llevaban poco más de medio kilómetro, miraron atrás para asegurarse de que nadie los seguía.

El aire en la cara y la sensación de libertad los animaron un poco.

—Creo que su plan es descabellado. Es una locura escapar de una isla. Si logramos comunicarnos por teléfono, puedo conseguir que un avión aterrice en cualquier parte y nos saquen de aquí.

—Lo derribarían por entrar en espacio aéreo restringido —dijo Sally.

Steve Gates hizo una mueca de disgusto. Jamás se había visto en

una situación como aquella. Tenía la típica mentalidad norteamericana de sentirse siempre a salvo.

—Espero que este sea el camino —dijo Gates—. Mi reloj me señala que el norte está por allí.

Apenas llevaban quince minutos conduciendo cuando escucharon un altavoz a su espalda.

—¡Por favor, detengan el coche y pónganse a un lado!

Sally miró por el retrovisor y después pisó el acelerador a fondo. El coche salió disparado. No habían imaginado que pudiera ir tan rápido.

El vehículo que los perseguía también aceleró, pero tardó unos minutos en alcanzarlos. Se puso a su altura e intentó sacarlos de la carretera. La mujer dio un volantazo y el otro coche se metió un poco entre los arbustos.

El copiloto los apuntó con un arma.

—No creo que dispare —dijo Sally para tranquilizar a su compañero, que comenzó a gritar.

Un disparo pasó rozando el pelo de Gates y este lanzó gritos de horror.

—¡Pare, por Dios! ¡Va a conseguir que nos maten a los dos!

La mujer no le hizo caso. Pisó más a fondo y en una curva cerrada logró alejarse de su perseguidor. Se metió por un sendero estrecho. Las ramas de los arbustos y los árboles rozaban los laterales del coche.

—¡Nos vamos a matar! —gritaba el magnate mientras saltaban por los baches del sendero.

Salieron de repente a una playa desierta. El coche derrapó un poco y siguieron por la playa. Unos segundos más tardes sus perseguidores entraron en la arena.

—¡Mierda! —exclamó Sally mientras intentaba tomar velocidad, pero la arena los frenaba un poco.

Escucharon de nuevo disparos sobre sus cabezas y se agacharon.

Los perseguidores no tardaron mucho en estar a pocos metros de sus espaldas. La mujer intentaba zigzaguear para evitar que los alcanzasen. Subieron a una duna y salieron volando unos metros, después otra y otra, hasta que el coche se quedó atascado en la última. Sally intentó dar marcha atrás, pero las ruedas estaban enterradas en la arena. Los dos perseguidores saltaron de su coche y

los apuntaron con las armas. Sally y Steve levantaron las manos y con una sonrisa irónica la mujer les dijo:

—Solo queríamos dar un paseo.

20

Los llevaron atados con unas bridas en las manos hasta la base. Los sacaron del coche a empujones y entraron en la pirámide de cristal. Bajaron por un ascensor unas cinco plantas. Salieron a un pasillo largo, que se iluminaba a medida que avanzaban, y los metieron juntos en una sala pequeña, con un banco corrido de cemento y una mesa anclada al suelo, con dos sillas.

Lo último que escucharon fue cómo los hombres cerraban la puerta metálica. Se quedaron en silencio, con la cabeza gacha. Steve Gates no dejaba de pensar en por qué le había hecho caso a aquella mujer, mientras que Sally pensaba en cómo escapar de allí.

—¿Ahora sí cree lo que le decía? Esta gente es capaz de cualquier cosa.

El hombre hizo un gesto de desagrado y le hincó sus ojos enmarcados en las gafas redondas.

—Nos hemos lanzado de un coche en marcha, después hemos huido y robado otro, intentado sacar de la carretera a nuestros perseguidores… ¿Le parece poco?

—Bueno, no nos quedaban muchas más opciones. Creo que Bush está encerrado en alguna parte de la isla o algo peor.

Steve Gates no terminaba de creerse que el señor Franklin fuera capaz de un crimen como aquel.

Sally tomó su teléfono y le enseñó algunas de las fotos que había hecho el día anterior.

—Es increíble, nunca me he visto encerrado entre cuatro paredes.

—Espero que se vaya acostumbrando —dijo ella.

Pasaron tres o cuatro horas dentro, perdieron la noción del tiempo. Sally se tumbó sobre el cemento y Steve no dejó de andar de un lado para el otro, como si fuera incapaz de quedarse quieto.

Escucharon unos pasos que retumbaban en el pasillo. La puerta se abrió y dos guardas los sacaron. Todavía tenían las manos atadas

cuando entraron en una sala amplia, decorada al estilo oriental y que daba a lo que parecía una gran masa de agua.

—¡Adelante! —dijo el señor Franklin—. Creo que al final no han hecho caso a mis consejos.

—¡Esto es inadmisible! —vociferó Steve Gates.

—Cálmense, son ustedes los que se han saltado todas las normas de seguridad.

—¿Puede quitarnos esto? —dijo Sally levantando las manos.

Thomas Franklin hizo un gesto y el guarda cortó con un cuchillo las ligaduras.

Sally se frotó durante un rato las muñecas.

—Siéntense.

Franklin estaba sobre un cómodo sillón de color crema que daba a la masa de agua.

—Este es un lago natural —empezó a decir—. Es un placer tener esta vista de peces a cuatro plantas bajo tierra. Hay una belleza inusitada en lo intangible. Desde niño siempre tuve todo lo que deseaba, nunca recibí un no por respuesta, pero jamás fui feliz. La esencia de la felicidad se encuentra en las cosas intangibles. Un padre que te ama y quiere pasar tiempo a tu lado, una madre que te mima, unos abuelos que se desviven por ti, amigos del alma, una persona que te completa. Eso no se puede comprar.

—Por eso hace todo esto —lo interrumpió Sally—, porque su padre no lo quería. Necesita que la gente lo admire y lo reconozca. Es un megalómano y un psicópata.

—Comprendo que no lo entienda, Sally. La gente común no está preparada para los cambios. ¿Creen que alguien entendió a Buda, Confucio o Jesús? No, eran personas totalmente alejadas de las convenciones sociales, sus principios y valores rompieron con lo establecido y crearon nuevos paradigmas. Antes de Cristo, el infanticidio era una práctica habitual, también la prostitución sagrada, la esclavitud, la muerte en el circo de los gladiadores, la pedofilia y otras muchas aberraciones. En la actualidad hay una serie de valores y principios que parecen inalienables, pero si esos valores nos llevan al desastre, ¿debemos seguir permitiéndolos? La Iglesia Católica prohíbe la planificación familiar y los métodos anticonceptivos, mientras la población humana no deja de crecer. ¿Acaso no les importan los millones de pobres que generan sus

ideas retrógradas? Lo que hoy parece una locura, en cien años se considerará el mayor bien para la humanidad.

Sally lo señaló con el índice. Estaba furiosa.

—¿Asesinar a miles de jóvenes para alargar la vida de millonarios inmorales y avaros es una forma de salvar a la humanidad?

Thomas Franklin estaba preparado para aquella pregunta. Tal vez él mismo se la había planteado en muchas ocasiones.

—El dinero que aporta esa gente nos sirve para sacar a flote a Utopía y, lo que es más importante, nos permite dar a conocer nuestro proyecto a todo el mundo. ¿Qué son dos o tres mil personas si podemos salvar a millones? Nuestro estudio sobre la juventud y la longevidad podrá hacer que las mentes brillantes vivan más tiempo. Imagine si Albert Einstein hubiera vivido cincuenta años más, ¿cuántos logros habría podido conseguir para la humanidad?

—Para usted, el fin justifica los medios —dijo Sally—, pero esos jóvenes tienen familia, madres que los echarán de menos, un proyecto de vida truncado para siempre.

Steve Gates observaba sorprendido los derroteros de la conversación. Hasta ese momento no se había creído todo lo que le contaba Sally.

—Ya le he dicho que tenemos que hacer sacrificios. La mayor parte de esos jóvenes habrían caído en la droga o la prostitución. En el mejor de los casos habrían envejecido como temporeros en Texas o California.

—¿Esta es la Utopía que usted quiere? Un solo hombre puede elegir quién vive y quién muere. Lo que está creando es la dictadura más despiadada.

—¿Por qué sus valores liberales son mejores que los míos? —la cortó Franklin—. ¿Quién dictamina lo que está bien y mal?

—La conciencia —respondió Sally mientras el hombre se ponía de pie y se sentaba en el filo de la mesa.

—¿La conciencia? ¿Qué es la conciencia? Me he pasado casi veinte años dando clases en Harvard y aún me pregunto si alguien sabe realmente de lo que habla. Lo que usted llama conciencia no es nada más que un proceso cognitivo, movido por emociones basadas en una filosofía moral o, lo que es lo mismo, es una construcción social. La conciencia está movida por el remordimiento; otra vez un

sentimiento subjetivo, construido por cada individuo. Los juicios morales deberían estar basados en la razón, en los ciclos naturales y en el bien común. No creo en esos principios primitivos que señalan al hombre como un ser constituido de manera inalienable de dignidad, derechos y valores intrínsecos.

—No, claro, usted defiende la ley del más fuerte, el darwinismo social más abyecto y rebaja a los seres humanos a menos que animales, a la altura de microbios y plagas a las que hay que controlar.

—Yo no, señorita, las corrientes filosóficas y humanistas actuales defienden mis argumentos. Provenimos de sociedades animales; en la naturaleza los mismos seres salvajes limitan sus instintos, como vemos en insectos: las abejas o las hormigas, por ejemplo. Lo mismo sucede con muchos mamíferos. En los chimpancés y bonobos comunes hay un comportamiento social muy activo. Son capaces de colaborar en grupo, para asegurarse la comida y la supervivencia de cada individuo; además de la caza y otros actos de solidaridad. El historiador de la ciencia Michael Shermer ha denominado «premorales» todos estos comportamientos. El ser humano transformó esos actos premorales y los sistematizó, después les dio un carácter sagrado y utilizó ese código para asegurar la supervivencia de sus comunidades.

Steve Gates se movió inquieto en la silla y comenzó a decir:

—Creo que nadie puede acusarme de ser un tipo moralista ni religioso, pero ese reduccionismo me preocupa.

—Querido y petulante Gates, usted es un magnate de empresas tecnológicas, pero no una autoridad en este campo. El ser humano pasó de procesos de tipo de sociedades distintas, con una forma de organización limitada. Primero nos reunimos en bandas, después en tribus, más tarde en Estados y por último en imperios. La moral no es ni más ni menos que una especie de amaestramiento. En cierto modo, se castiga a los individuos que no cumplen las normas, con la intención de cambiar su comportamiento.

Gates se puso rojo, por primera vez desde que Sally lo conocía. Ella contempló cómo la ira se apoderaba poco a poco de él.

—Creo que la moral humana ha evolucionado a lo largo del tiempo. No es algo estático, afortunadamente. También que se puede inducir a la culpa, creando en los individuos una mala

conciencia. Todos somos manipulables y no seré yo el que defienda las verdades absolutas, pero el relativismo moral es aún más peligroso que las ideas absolutas. Lo que no creo es que el mal sea simplemente un funcionamiento disfuncional del cerebro, una enfermedad mental. De otra forma, podríamos justificar los actos perpetrados contra la humanidad por parte de los nazis. Hannah Arendt, la famosa filósofa y teórica política, defendió en el juicio del asesino y organizador del Holocausto, Adolf Eichmann, que tanto él como toda su generación habían perdido la noción de la conciencia y que, por tanto, convivían con cierta familiaridad que la mayoría de nosotros consideramos aberrantes. La mayoría de la sociedad aceptaba y apoyaba su comportamiento, lo que hizo que este se reforzara hasta el punto de no sentir nada malvado en su actuación.

—No sé por qué —intervino Sally—, pero todos los asesinos y sádicos inteligentes buscan argumentos para defender su actitud. Usted no es mejor que un nazi en el Holocausto o un psicópata que mata indiscriminadamente. Lo único que quiere satisfacer es su ego.

—Entonces, ¿eso es lo que piensa que he hecho con su hermana?

Sally saltó del sillón y se lanzó sobre el hombre. Antes de que el guardaespaldas pudiera actuar, ya había logrado derrumbarlo. El matón la arrancó del suelo y la lanzó a un lado. Ella se puso de pie, pero antes de que pudiera volver a actuar la retuvo con las manos.

—La violencia es un acto natural —dijo Franklin—, ¿lo entiende ahora? Simplemente estamos haciendo lo mismo que usted, pero a gran escala. Las soluciones sensibleras no sirven para solucionar los problemas de polución, injusticia social ni superpoblación. Sin líderes fuertes que tomen decisiones impopulares, estamos condenados a la extinción.

Thomas Franklin se levantó del suelo y se limpió la sangre que manaba de su labio inferior con un pañuelo. Se sentó de nuevo y cruzó las piernas, como si nada hubiera sucedido.

—¿Eso es lo que quieren? ¿Piensan que es mejor que nos extingamos?

—Claro que no —contestó Steve Gates—, pero no a cualquier precio.

—¿No han leído los libros y los artículos de Jeremy Rifkin, el sociólogo norteamericano? —siguió diciendo Franklin—. Este

sistema basado en el petróleo y los combustibles fósiles terminará con nuestra especie y con la mayoría de seres vivos del planeta. Debemos ir hacia el Green New Deal.

—Usted no está enfocándose en este nuevo proyecto global —le respondió Sally—. No se puede salvar a la humanidad matando indiscriminadamente a los que no considera útiles.

Thomas Franklin comenzó a alterarse, pidió al guardaespaldas que sentara de nuevo a la mujer y se quedara al lado.

—Estamos ante la maldita sexta extinción. Esto no es un juego de moralinas, no hay tiempo para revertir la destrucción del planeta y de la población humana. Lo que estoy creando aquí es un milagro. Su hermana compartía mi opinión, pero no entendió que un nuevo mundo necesita una nueva moral y realidad, ya no son suficientes los viejos principios e ideas.

—Entonces, ¿ha asesinado también a mi hermana?

La pregunta se quedó en el aire un momento. Después Franklin miró a la mujer directamente a los ojos y le contestó:

—Ya le he dicho que no soy un asesino.

21

A veces la verdad es tan difícil de asimilar que la mayoría de la gente prefiere la mentira. Sally no era de ese tipo de personas, pero la muerte de su hermana habría supuesto una desgracia muy difícil de superar, aunque Thomas Franklin no estaba dispuesto a dejar tan fácilmente la única ventaja que tenía sobre ella. Sabía que, mientras ella pensara que su hermana podía estar viva, se sujetaría a todas sus exigencias.

—¿Qué le ha hecho a Amanda? ¿Está viva?

La voz de la mujer sonaba rota, como si los sentimientos se le enredasen en la garganta.

—Eso dependerá de usted. Nunca hemos hablado de su hermana en profundidad. Si le soy sincero, lo que ha sucedido con ella es para mí el mayor de los fracasos. Estuve años enseñándole todo lo que sé, transmitiéndole mi visión del mundo, pero reconozco que tal vez cometí un error. No le hice ver que las cosas son más complejas de lo que parecen y que en ocasiones hay que ensuciarse las manos para construir algo nuevo. ¿Qué imperio o civilización no se ha construido sobre los cadáveres de la anterior? El Imperio de Alejandro Magno, el Imperio romano, el otomano y el Imperio español, por no hablar del británico y el actual y decadente Estados Unidos. ¿Cuál es la opción que queda frente a Utopía? ¿Cree que sería mejor un imperio gobernado por China o Rusia? Por Dios, sabe que no, ¿verdad?

Sally tenía la cabeza gacha, como si hubiera perdido toda su energía de repente.

—Tal vez no se dé cuenta de cuál es en este momento el lado correcto. Ese Philip que la ha estado envenenando con sus ideas no solo es un mentiroso y un abyecto colaborador de la CIA, además es un asesino. ¿Realmente quiere saber la verdad?

El hombre se acercó hasta un lado del despacho y encendió un monitor enorme. Buscó un archivo de vídeo y lo conecto.

—Esta es la verdad.

En la pantalla apareció Amanda corriendo. Estaba completamente desnuda. Detrás, casi dándole alcance, una jauría de perros la perseguía. Unos segundos más tarde se observaba en la pantalla a un hombre; no se le veía bien el rostro. Otra cámara enfocaba a la chica de nuevo, parándose primero en el mirador, después continuaba corriendo hasta un lago, los perros le pisaban los talones. El hombre llegó justo un segundo antes de que la mujer se lanzase al agua, sacó un arma y disparó. Seguía sin verle el rostro hasta que se giró. Thomas Franklin detuvo el vídeo y se vio claramente la cara de Philip.

Sally se quedó petrificada, no podía apartar los ojos de la pantalla. Philip había asesinado a su hermana, se dijo, aunque en la cinta se veía únicamente que el hombre disparaba y ella caía al agua.

—Muchas veces las cosas no son como pensamos —dijo Franklin.

Steve Gates se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Qué piensa ahora de su amigo? ¿No está sorprendida?

—¿Amanda está muerta? ¿Lo ha sabido todo este tiempo?

—No la hemos vuelto a ver, no sabemos qué ha pasado realmente. Aunque dudo que haya salido de Utopía. Si lo hubiera hecho, lo sabríamos por la prensa y usted no estaría aquí.

La cabeza le daba vueltas. Aún estaba intentando procesar la información.

—Puede salir de aquí de dos formas. La primera es convencida de que, aunque no lo entienda del todo, este proyecto es mucho mejor que el mundo que está a punto de llegar. Lo de las transfusiones de sangre es primitivo y temporal, queremos sustituirlo por algo más sofisticado y producir nuestro propio plasma. Necesitábamos dinero para levantar el proyecto, le aseguro que esos pobres diablos no sufren dolor, no sienten nada. Además nos preocupamos en seleccionar a los más sanos, pero también a personas solitarias, sin lazos familiares y a punto de autodestruir sus vidas.

La mujer aferró sus manos y las apretó con fuerza.

—La otra forma de salir de aquí es muerta, pero antes aprovecharemos todos sus órganos sanos y hasta la última gota de

su sangre. Píenselo bien, no creo que supere lo de su hermana y, además, le aseguro que este proyecto merece la pena. Dentro de poco gestionaremos cuatro o cinco países. Es cierto que serán pequeños, pero marcaremos la diferencia y otros los seguirán. Es una cuestión de tiempo. No se puede luchar contra el progreso.

Sally parecía un púgil a punto de besar la lona, tambaleándose y aturdido por los golpes.

—He sido paciente, muy paciente —dijo Steve Gates—. Esto es inadmisible, impropio de gente civilizada. Le exijo que me proporcione un transporte para abandonar la isla.

La voz estridente de Gates desencajó el rostro de Franklin.

—¿Prefiere que gobierne gente como esta? Las grandes multinacionales son las que están arruinando al mundo, creando una globalización descontrolada de la que se aprovechan unos pocos privilegiados. Después ceden las sobras de sus ganancias millonarias a una fundación para desgravarse impuestos y miran al mundo con ese aire de superioridad.

Steve Gates abrió mucho los ojos, después intentó ponerse en pie, pero Franklin lo sentó de un empujón.

—Es hora de decidirse, no vale de nada mantenerse neutral. En este mundo el que no está con nosotros está contra nosotros.

Sally levantó la cara, la furia brillaba en sus ojos como dos carbones incandescentes.

—¿Sabe lo que le digo? Váyase a la puta mierda. Es un hijo de puta y merece una muerte peor que la que está ocasionando a esos pobres diablos.

El hombre comenzó a reírse a carcajadas.

—Sabía que reaccionaría así, pero no será su última palabra, se lo aseguro, aún no he mostrado todas mis cartas. ¡Llévatelos a su celda!

El guardaespaldas los sacó a empujones de la sala y comenzaron a andar por el pasillo. Estaban enfrente de la entrada cuando escucharon pasos. El pasillo comenzó a iluminarse y, justo antes de que la figura llegase hasta ellos, Sally reconoció el rostro de Philip.

22

No supo cómo reaccionar. Las imágenes que había visto unos minutos antes no dejaban mucho margen a la imaginación. Philip había disparado a Amanda mientras ella huía, aunque las dudas de Sally y sus pensamientos se vieron obnubilados por las circunstancias. El guardaespaldas intentó sacar un arma, pero Philip le disparó con una pistola con silenciador y el hombre se desplomó al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sally.

La pregunta le pareció más absurda al escucharla de sus labios, pero Philip no le contestó. Se aferró a su brazo y los tres corrieron en dirección contraria.

—Vamos a intentar escapar por donde he venido antes de que todo el mundo se alerte.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Os seguí —dijo Philip—. Intenté salvaros en la playa, cuando vuestro coche se quedó atrapado, pero era demasiado peligroso.

Subieron por unas escaleras varias plantas. Después llegaron a una especie de cuarto de calderas y Philip quitó la tapa de un respiradero.

—¿Tenemos que salir por ese agujero?

Ninguno de los dos hizo caso a la queja de Gates.

—Hay que llegar hasta el final, después hay una escala que nos sacará a la superficie.

Sally entró primero. Lo cierto era que el agujero resultaba angustioso. Tuvieron que reptar algo más de trescientos metros, raspándose los codos y las rodillas, y llegar hasta una especie de tubo vertical en el que apenas podían moverse, subir por la escala y empujar una rampa oculta en el suelo a unos trescientos cincuenta metros de la pirámide.

En cuanto salieron, la mujer abofeteó la cara del hombre, que la miró sorprendido.

—¡Qué demonios…!

No había tiempo para discutir, se internaron en la selva y tras un par de kilómetros corriendo llegaron hasta un pequeño claro. Allí Philip tenía oculto bajo unas ramas un coche-dron. Quitaron las ramas y subieron. El coche se elevó sobre los árboles y pudieron contemplar el complejo desde arriba.

—¿Para qué demonio ha construido Franklin este lugar? —preguntó Gates.

—Aquí ha concentrado su centro de estudios del comportamiento —respondió la mujer.

Steve la miró sorprendido. Sally se recostó en la parte trasera; se sentía tan confusa, sin saber lo que pensar y creer realmente. ¿Philip había asesinado a su hermana? No era posible, pero lo había visto en aquella maldita pantalla.

—Es algo similar al Proyecto MKUltra.

—¿Qué programa es ese? —le preguntó el magnate.

—Algo de lo que no me siento especialmente orgulloso. Mi agencia, la CIA, comenzó un programa de control mental en los años cincuenta. Estábamos en plena guerra fría y se hacían ese tipo de locuras. Aunque el proyecto no tomó forma ni se desarrolló completamente hasta la década de los sesenta, en concreto 1964.

—No había escuchado nada sobre este proyecto.

—Se desactivó oficialmente en 1973 —siguió contando Philip—, aunque en secreto siguió funcionando mucho más tiempo. Lo que se pretendía por medio de todo tipo de experimentos era cambiar el comportamiento de los individuos. Se utilizó como conejillos de indias a miles de personas en cárceles, universidades, escuelas y hospitales psiquiátricos.

—Es increíble —dijo Gates—. A veces uno cree que todo esto son simples rumores.

—No, el proyecto fue más que real. Se experimentó con drogas como el LSD y electrochoques, pero también con hipnosis, privación de sueño, aislamiento, abuso verbal y sexual y todo tipo de torturas. Supuestamente era para controlar y hacer confesar a espías y terroristas; incluso se creía en la posibilidad de reprogramarlos con el fin de que se unieran a nuestra causa.

—¿No hubo consecuencias políticas? —quiso saber Gates.

—El proyecto se canceló bajo el mandato del director de la CIA

Richard Helms. Se destruyeron los archivos e investigaciones. Muchas veces esa era la versión oficial, pero las actividades seguían de forma clandestina sin tener informados al presidente ni al congreso. En Canadá hubo un proyecto similar. De hecho ellos fueron un poco los inventores del proyecto. El psiquiatra británico Donald Ewen Cameron creó la idea de conducción psíquica. En el Instituto de Montreal de la Universidad, McGill realizó experimentos durante unos siete años.

—¿Por qué tiene Utopía un programa de ese tipo? —siguió preguntado Gates.

—Thomas Franklin lleva años interesado en estos temas. Siendo profesor en Harvard fue acusado por varios alumnos de intento de manipulación psicológica. Al final la isla no deja de ser una gigantesca secta o grupo cerrado. Franklin seguía las escuelas de Harriet B. Braiker y George K. Simon.

—Pensaba que la manipulación únicamente era efectiva en personas con caracteres débiles —dijo Gates.

—No. Thomas Franklin descubrió que todos somos manipulables, incluidos grandes líderes políticos. La diferencia es que cada uno de nosotros es más sensible a ciertos tipos de manipulación. Por ejemplo, se ha estudiado que muchos de los altos ejecutivos tienen una personalidad psicopática. Los psicópatas primarios o genéticos tienen un mayor éxito en las grandes empresas por su alto coeficiente intelectual, mientras que los secundarios suelen unirse a mafias y bandas para delinquir.

—¿Piensa que el señor Franklin es un psicópata?

—Sin duda, y por eso es tan peligroso. Franklin encaja en el perfil de psicópata organizacional. Estos individuos buscan el poder y el control en un área casi divina. Entre sus características se encuentran ser buenos comunicadores, con un carácter seductor, muy inteligentes, ingeniosos, sinceros y entretenidos. Saben e interpretan rápidamente lo que la gente necesita oír y hacen discursos para cada persona o grupo. También suelen tener poca paciencia, carecen de sentimientos o empatía, suelen ser impredecibles y jamás reconocen sus fallos.

—Bueno, lo cierto es que encaja con lo que he visto de Franklin —contestó Gates.

El coche-dron se aproximaba poco a poco a la costa.

—¿Podemos volar hasta Cuba u otra isla? —preguntó Sally, que hasta ese momento había estado ausente, con la mente en blanco.

—Me temo que no. La batería no llega tan lejos, acabaríamos en mitad del mar, pero hay un puerto deportivo cercano y tengo preparada una lancha para escapar.

Sally regresó a su actitud pasiva y Steve Gates intentó retomar la conversación.

—He leído que la crisis de 2007 se produjo por un alto índice de psicópatas en el control de las finanzas.

Philip sonrió y dirigió el coche-dron hasta la playa.

—Parece una locura, pero hay un estudio que defiende esa tesis —dijo Philip—. El psicólogo Oliver James definió la crisis financiera como un brote masivo de psicopatía corporativa que llevó a la economía mundial a casi el colapso. Uno de los ejemplos más claros fue el de Fred Goodwin del Royal Bank of Scotland, que llevó su entidad a la quiebra por sus decisiones suicidas y su falta de escrúpulos.

—Lo más peligroso de todo esto —comentó Steve Gates—, es que el poder de Franklin es infinitamente mayor y está convenciendo a casi todo el mundo de que Utopía es la solución mágica para la mayoría de los problemas. Si no logramos pararlo, nada podrá impedir que este loco psicópata nos arrastre a todos a la peor crisis de la historia.

Philip asintió con la cabeza. Se aproximó al puerto deportivo y dejó el coche a unos metros de la entrada. Corrieron hacia la puerta de acceso. El guardia los dejó entrar sin problema. Saltaron a una fueraborda. Philip soltó el amarre de la embarcación y la arrancó. Justo cuando salían del puerto escucharon a sus espaldas sonido de disparos. Los habían encontrado. Una docena de hombres subieron a otra de las embarcaciones y comenzaron a perseguirlos por la costa a toda velocidad.

23

Philip intentó que la lancha acelerase y dejara atrás a sus perseguidores, pero no lo consiguió. En apenas unos minutos ya les habían dado alcance e intentaban frenarlos colocándose delante. El agente de la CIA giró bruscamente la embarcación y estuvieron a punto de volcar. Aquello les dio una leve ventaja, apenas un minuto para acercarse a una de las islas menores que pertenecían a Utopía. La costa se encontraba rodeada de riscos y arrecifes. La profundidad del mar varió muy rápido y el barco se encalló. Los tres tripulantes cayeron al agua. Steve nadó agitando los brazos hasta la orilla, pero no dejaba de hundirse, como si tuviese los músculos bloqueados. Philip lo agarró por la espalda y los ayudó a llegar a la costa. Cuando llegaron, Sally ya descansaba agotada sobre la arena.

La motora que los perseguía se desvió. Les parecía un suicidio acercarse más, pero ellos sabían que no tardarían mucho en enviar una patrulla terrestre o aérea para capturarlos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sally en cuanto recuperó el aliento.

—No estoy seguro, pero parece la isla mayor. Creo que se llama Santa Catalina.

—Estamos atrapados —gritó Steve Gates.

Los dos lo miraron. Aún continuaba amoratado por haber tragado demasiada agua.

—Tenemos que ocultarnos el mayor tiempo posible. Ayer mandé un mensaje a mi oficina para que, en el caso de no poder salir, enviaran refuerzos en nuestra ayuda.

Se adentraron en la selva justo antes de escuchar un helicóptero que sobrevolaba la zona. Se quedaron quietos, debajo de los árboles, hasta que el sonido se alejó.

—No creo que la isla sea lo suficientemente grande para ocultarse mucho tiempo en ella.

—Tranquilícese, Gates, yo los protegeré.

Las palabras del agente de la CIA no calmaron la ansiedad de ninguno de sus compañeros. En cierto sentido, no se fiaban demasiado de él.

Se apoyaron en un gran tronco caído y Sally comenzó a interrogar al hombre.

—¿Qué pasó realmente con mi hermana?

—Ya te lo he explicado. Franklin la secuestró y espero que aún continúe con vida.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Philip encogió los hombros, no sabía qué más podía contarle.

—Franklin nos enseñó un vídeo en el que se veía perfectamente cómo disparabas a mi hermana.

—Eso es absurdo —se defendió Philip.

—¿Estás seguro de habernos contado todo?

El hombre bajó los hombros, parecía como si llevase una profunda carga.

—Bueno, las cosas pasaron de una manera algo distinta a la que os he contado.

Sally cruzó los brazos, parecía que por fin sabría la verdad.

—Conocí a Amanda hace poco más de seis meses. En cuanto llegue aquí conectamos, había química entre nosotros, aunque mi verdadera intención era captarla para mi causa. Sabía que ella tenía información privilegiada y que, si se convertía en mi amante, yo también tendría acceso a esa información. Tras un mes de amistad, terminamos acostándonos y comenzamos a ser pareja, aunque no de forma oficial para protegerla. Intenté convencerla poco a poco de lo que estaba sucediendo aquí; no era normal, pero ella únicamente veía las cosas con los ojos de Thomas Franklin. Él era su mentor, su líder y casi su gurú. En cierto sentido, él había conseguido anular su voluntad. Tenía que desprogramarla para que me ayudase.

—No me lo creo. Me escribió pidiendo ayuda y también lo hizo con Lázaro Bush.

—Ella no os escribió.

Los dos lo miraron sorprendidos.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Yo os escribí. Amanda había desaparecido y pensaba que Franklin la liberaría o la sacaría de su escondite.

La mujer no podía creer lo que estaba escuchando. Philip los

había engañado desde el principio.

—Al final logré que viera un poco las cosas como yo. Me prometió que hablaría con Franklin, aunque yo le pedí que no lo hiciese. Él la convenció de nuevo y desde ese momento nos vigilaban estrechamente. Hace más o menos un mes estábamos durmiendo juntos, Amanda descubrió que yo era un agente de la CIA y salió corriendo. Estábamos en una cabaña en la montaña y se fue desnuda como estaba. La seguí; tenía miedo de que me delatase…

—¿Por eso la mataste? Eres un cerdo y un miserable —dijo Sally mientras comenzaba a golpearlo en el pecho con los puños cerrados.

—No creo que mis disparos la alcanzaran. Se lanzó al agua.

La mujer lloraba y pataleaba, mientras Philip le sujetaba con fuerza las muñecas.

—No la maté, los perros de la casa comenzaron a perseguirnos, pensé que le harían daño. Disparé contra los animales.

—¿Dónde diablos está mi hermana? —se desesperó Sally.

—No lo sé, me lo he preguntado todo este tiempo.

La mujer se tranquilizó un poco. Steve Gates la liberó de las manos de Philip.

—Se lanzó al agua, no creo que le diera. Habrían encontrado su cadáver.

—No puede ser —dijo Sally—. Si estuviera viva, habría intentado contactar conmigo, estoy segura.

—Tu hermana ya no es la persona que conociste: Utopía la ha cambiado por completo. Esto es algo parecido a una maldita secta.

—Estoy segura de que me habría advertido, que no habría permitido que Franklin nos encerrase o que matasen a Bush.

—A no ser… —Steve Gates no terminó la frase.

—¿A no ser qué?

—¿Que esté viva pero no consciente? —siguió diciendo el magnate—. Cabe la posibilidad de que Philip la hiriese, pero que no muriera. Debido a la gravedad de sus heridas podría estar inconsciente. Por eso Franklin no sabe que Philip es un agente de la CIA.

Aquella teoría devolvió un poco de esperanza a Sally: su hermana podía continuar con vida.

Escucharon cómo se partían unas ramas y se pusieron en

guardia.

—Será mejor que nos ocultemos —propuso Philip.

Justo cuando estaban ocultos entre los árboles vieron una patrulla que los estaba buscando por la zona. Pasaron de largo y los tres aprovecharon para internarse más en la selva.

Tras una hora de caminata llegaron hasta un río y una bellísima cascada. Se refrescaron la cara y subieron la ladera hasta llegar a una de las partes más altas de la isla. Desde allí lograron ver toda la costa.

—Aquello es Utopía —señaló el agente de la CIA.

—Regresar a nado es imposible —dijo Steve Gates, que cada minuto que pasaba se sentía más desanimado.

—¡Un puerto pequeño! —exclamó emocionada Sally mientras señalaba un punto en la costa.

En la zona oeste se veía con claridad un puerto con media docena de lanchas y yates, también un pequeño hidroavión.

—Si conseguimos robar el aparato, en un par de horas nos encontraríamos a salvo.

Philip dudaba de que aquello fuera una buena idea.

—Volar no es la mejor opción. Utopía tiene una pequeña flota de drones armados que nos atacarían en cuanto intentásemos escapar. Es más seguro robar una lancha durante la noche.

—¿Qué vamos a hacer hasta entonces? —preguntó Sally.

—Buena pregunta —dijo Philip—. Al menos hemos bebido agua. Intentaré cortar unos cocos, nos hidratarán y nos proporcionarán algo de energía.

Tras un rato subido a los cocoteros, logró arrancar cuatro, los abrió y los bebieron con avidez. Después se recostaron tras una roca e intentaron descansar un poco.

En cuanto la noche los envolviera por completo, comenzarían su descenso hasta el puerto. Sabían que estaría vigilado, pero era la única opción que tenían para escapar de Utopía.

24

Se despertó tiritando de frío. Dormir a la intemperie, a pesar de ser en plena zona tropical, no era una buena idea. A su lado estaba Steve Gates. Tenía las gafas subidas en la frente y una expresión angelical. Al otro lado Philip, que tras quedarse a vigilar había terminado durmiéndose. No se fiaba de él, tampoco de lo que había dicho de su hermana. Era del tipo de persona que podía llegar a ser muy convincente, pero ella sabía lo que había visto en aquella grabación y sobre todo conocía muy bien a Amanda. No dudaba de que una secta o un grupo tan cerrado y radical como el que había formado Utopía fuera capaz de cambiar la personalidad de mucha gente, pero no la de su hermana Amanda. Deseó con todas sus fuerzas que se encontrara con vida; prefería volver a verla aunque siguiera creyendo en Utopía y todas aquellas locuras que había visto.

Después de enderezarse un poco y mirar la inmensa luna que iluminaba el cielo, miró las luces que brillaban en la costa. Intentar llegar al puerto y escapar era poco menos que una locura. Estaba convencida de que el Gobierno de los Estados Unidos no tardaría en enviar algún tipo de comisión o autoridad para reclamarlos. Lázaro Bush tenía que haberse puesto en contacto con su periódico y alguien lo estaría dando por desaparecido. La visita a la isla concluía aquella mañana y enseguida echarían en falta a Gates, hasta su editor de *Los Angeles Times* terminaría preguntando por ella en algún momento.

—¿Está despierta? —le preguntó Gates, después se colocó las gafas. Su rostro desmejorado no se parecía en nada al de hacía unos días.

—Sí, creo que la idea de intentar escapar en barco es demasiado descabellada.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Gates.

—Permanecer en esta isla —respondió ella—. El Gobierno no

tardará en enviar a alguien para que venga a buscarnos. ¿No cree?

Steve Gates miró a Philip, que aún dormitaba.

—Podemos hacerlo sin él.

—Nos ha salvado de Thomas —respondió Sally.

—No confío en él.

Aprovecharon que el hombre seguía durmiendo y bajaron la montaña. A un par de kilómetros vieron las primeras casas. Parecía una pequeña aldea idílica en medio de un lugar realmente hermoso. Se acercaron temerosos, pero todo el mundo parecía dormir plácidamente en sus viviendas. Estaban a punto de atravesar la calle principal cuando divisaron una patrulla. Lo único que podían hacer para escapar era ocultarse en alguna de las casas. Abrieron la primera puerta y entraron con sigilo. El comedor parecía completamente desierto. Se apoyaron en la puerta y esperaron a que pasaran los soldados. Estaban a punto de salir de nuevo cuando escucharon una voz.

—¿Qué hacen aquí? ¿Quiénes son?

La mujer joven que les hablaba no parecía estar asustada.

—Lo siento, ya no marchábamos, por favor no diga nada a los soldados.

La mujer les hizo un gesto con la mano. Alguien llamó a la puerta y todos se quedaron paralizados. Ella se acercó y abrió.

—¿Has visto a unos forasteros?

—No, estaba durmiendo.

—Si ves algún extranjero no dudes en avisarnos, son personas muy peligrosas.

—Lo haré, buenas noches.

La joven cerró la puerta y los dos prófugos respiraron aliviados.

—Muchas gracias —dijo Sally.

—No me gustan los soldados —respondió la mujer—. ¿Tienen hambre?

—No se moleste, será mejor que nos marchemos.

—Sí salen ahora los encontrarán. Vivo sola, la mayoría de la gente de la isla no tiene familia. ¿Quién tendría hijos en un lugar como este?

Los dos invitados no entendieron sus palabras. Se acercó a la cocina, que daba al salón, y les preparó unos sándwiches y algo de limonada. Los dos los devoraron con avidez, estaban hambrientos.

—Gracias, está exquisito —comentó Gates.

—Imagino que ustedes son los peligrosos extranjeros. Han advertido a la gente de la isla de que denuncien de inmediato cualquier contacto con ustedes. No parecen demasiado peligrosos.

—Lo único que queremos es irnos de aquí.

—¿Y quién no?

—¿Por qué vino a Utopía? —preguntó Sally.

La mujer se encogió de hombros.

—Imagino que por lo mismo que la mayoría. Veía demasiadas cosas en el mundo que estaban mal: el señor Franklin reclutó a cientos de nosotros en las universidades más prestigiosas del mundo cuando iba a impartir sus charlas, clases o talleres. Yo soy neozelandesa, en concreto de Wellingron, al sur de la isla menor.

—¿Qué había de malo en Nueva Zelanda? Creo que es uno de los lugares más paradisiacos del mundo —comentó Gates.

—Tiene razón, pero me preocupaba cómo se encontraba el resto del mundo. El señor Franklin reclutó casi a mil compatriotas, compró un barco y nos trajo hasta aquí. Yo soy bioquímica y por eso me destinaron a los laboratorios de esta isla, aunque una vez al mes podemos visitar la de Utopía, sin contar a nadie lo que hacemos aquí.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sally.

—Mi nombre es Lisa Parker, aunque a veces se me olvide quién soy. Llevo casi un año sin contacto con mi familia ni mis amigos.

—¿Qué hace una bioquímica en este lugar alejado del mundo? —preguntó el hombre.

—Bueno, señor…

—Gates, Steve Gates.

—¿El famoso empresario tecnológico? —preguntó sorprendida.

—El mismo.

—Bueno, el señor Franklin estaba reclutando bioquímicos para realizar algunos experimentos biológicos.

—¿Como los que realizan en el oeste de Utopía?

La pregunta de Sally pilló a la mujer desprevenida.

—¿Qué experimentos? Tienen que entender que el sistema creado por el señor Franklin es totalmente estanco: nadie conoce lo que hacen los demás. Esta isla se dedicó desde el principio a experimentos con el ADN. El proyecto oficial era recuperar, rescatar

y difundir especies extinguidas o en vías de extinción, ya fueran animales o vegetales.

—¿Cómo se llama el proyecto?

La mujer miró a Sally y sonrió por primera vez.

—Bueno, ya saben el tono dramático que imprime el señor Franklin a todo lo que hace. El proyecto se llamó «El Arca de Noé», ya que la idea era recuperar las especies perdidas y salvarlas del desastre y la desaparición. A unos pocos kilómetros de aquí está el mayor laboratorio de bioquímica del mundo dirigido por el doctor Prendick.

Gates sabía que había escuchado ese nombre en algún lugar.

—El doctor Prendick, si no lo conocen, es un eminente biólogo inglés que fue expulsado de la comunidad científica por sus experimentos aberrantes.

—¿Aberrantes? ¿En qué sentido? —preguntó Sally.

—Bueno, Prendick y el señor Franklin tuvieron la terrible idea de crear genéticamente una especie de raza subhumana, mezclando genes humanos y de diversos animales.

La pregunta de Sally se la había hecho ella misma en numerosas ocasiones.

—Según ellos —continuó Lisa Parker—, es para utilizar a esta raza híbrida en labores duras que no pudieran hacer los seres humanos, aunque yo pienso que deseaban formar una especie de casta esclava dócil y más fuerte que la nuestra.

Los dos se quedaron petrificados. No eran capaces de imaginar hasta qué punto se había corrompido el proyecto original de Utopía.

—¿Podríamos ver los experimentos? —preguntó Steve Gates.

—¿Ahora? No es seguro, pero mañana les traeré ropa e identificaciones. Lo que no entiendo es para qué quieren ver esas aberraciones.

—Tenemos que documentar todo lo que está sucediendo en Utopía antes de regresar a los Estados Unidos —contestó Sally, que no quería ni imaginar el sufrimiento que Thomas Franklin estaba causando en aquella isla a seres indefensos. En el fondo se negaba a reconocer que su hermana pudiera saber todo aquello y seguir al lado un psicópata despiadado.

25

Por primera vez en varios días Sally durmió a pierna suelta. Al despertarse se encontraba tan aturdida que no sabía dónde se encontraba. Miró a su alrededor. Lisa la había dejado dormir en una de las dos habitaciones de la casa, mientras que Gates se había tenido que conformar con el sillón del salón. Cuando se dirigió a la cocina. Su anfitriona ya había preparado el desayuno.

—He estado pensando que tal vez podamos ponerla en peligro —le dijo Sally a Lisa—. Creo que sería mejor que no la acompañásemos al laboratorio.

Steve Gates miró a su compañera sorprendido. Sabían que nadie los creería si no llevaban pruebas de todo lo que estaba sucediendo en Utopía.

—Tenemos que hacer fotos y reunir algunos archivos.

—Lisa se quedará aquí cuando nosotros nos marchemos —le dijo Sally a su compañero de aventura—. No quiero que le puedan hacer algo.

La mujer levantó las palmas de la mano en son de paz.

—No se preocupen por mí, yo soy la responsable de mis decisiones. Tienen que contar al resto del mundo lo que está sucediendo aquí.

Mientras desayunaban, Sally comenzó a hacer preguntas a la mujer:

—¿Desea que le digamos algo a su familia?

Lisa dudó por unos instantes.

—Por un lado, no quiero que se preocupen, pero imagino que ya deben de estarlo. Mis padres y mi hermano Peter son las mejores personas que he conocido jamás. Imagino que cuando descubran lo que he hecho aquí se sentirán decepcionados. Me enseñaron el valor de la vida humana y me advirtieron del peligro de jugar a ser Dios, pero yo no les hice caso. Me criaron en una casa cristiana, me pase toda la niñez y la adolescencia en la iglesia. Al llegar a la

universidad, me desengañé de la fe y me centré en la ciencia. Si les soy sincera, ya no sé en qué creo.

El rostro de la mujer se ensombreció.

—Le aseguro, que todos nosotros nos hemos equivocado muchas veces —bromeó Gates para quitarle hierro al asunto—. El que esté libre de culpa que tire la primera piedra. Es de las pocas cosas que recuerdo de lo que me enseñaron en la iglesia.

La mujer esbozó una sonrisa.

—No hagan ruido en mi ausencia. Traeré la ropa y las acreditaciones. Tengo asignado un coche y llevarán la mayor parte del cuerpo tapado, incluido el rostro. Nadie podrá reconocerlos.

Lisa salió de la casa y los dos se quedaron de nuevo a solas.

—¿Piensa que sería capaz de traicionarnos?

Sally negó con la cabeza.

—Podría haberlo hecho anoche o mientras dormíamos. Ya se ha arriesgado mucho como para dar marcha atrás.

La mujer no tardó demasiado en regresar y una media hora más tarde los tres estaban parados en el aparcamiento del complejo.

—Lo que está a punto de ver muy pocas personas lo han contemplado antes —dijo Lisa Parker.

Entraron en el edificio y superaron el control sin problemas. Sería el último sitio donde los buscarían los guardias.

—Primero iremos a la zona de archivos. Allí podrán copiar algunos de los informes y los expedientes.

Se dirigieron hasta los sótanos. Lisa le pidió permiso a la archivera y entraron en el ordenador central del laboratorio. La mujer metió discretamente un *pendrive* y comenzó a grabar algunas cosas.

—Pensaba que los experimentos para cruzar razas de especies animales con el ser humano solo existían en los libros de ciencia ficción —dijo Sally.

—Bueno, lo cierto es que el pionero fue Gregor Mendel y sus experimentos con guisantes a mediados del siglo XIX, pero desde entonces se ha avanzado mucho. El cruzamiento es más antiguo de lo que parece a simple vista. De hecho es algo tan simple como introducir material genético sin ancestros comunes. En la cría de animales se ha practicado durante milenios. En el caso de los perros es muy común y lo que se busca es evitar la endogamia y fortalecer

al nuevo animal híbrido. De hecho, hoy sabemos que el cruce es la norma en la naturaleza. La consanguinidad ha sido un problema siempre en las casas reales, tendentes a la endogamia. También ha sucedido algo parecido con la alta nobleza.

—Entiendo que la mezcla racial entre seres humanos es buena, pero ¿qué es exactamente lo que se está haciendo aquí? —preguntó Sally a la mujer.

—Bueno, el doctor Prendick convenció al señor Franklin de la necesidad de mejorar la raza humana, por un lado. Imaginen humanos con la vista de un lince, la rapidez de un guepardo, el oído de un murciélago y la fuerza de un oso. Sería casi invencible. Ahora imaginen un ejército de hombres así.

—Eso no es posible —contestó incrédulo Gates.

—Bueno —siguió Lisa—, lo que creíamos imposible hace cien años ahora es de lo más común. ¿No leyeron un artículo hace un tiempo en *Los Angeles Times* de Jeremy Rifkin? La Universidad de Stanford estaba inyectando células humanas a ratones para que llegasen a ser un uno por ciento humanos. En Alemania, en el famoso Instituto Max Planck, se han introducido células madre en el cerebro de monos con el propósito de buscar remedios a enfermedades neurodegenerativas. Incluso en la Universidad de Reno se introdujeron células humanas en hígados, cerebros y corazones de un rebaño de ovejas. Aunque todo eso son minucias comparado con lo que hemos hecho aquí.

La mujer pulsó un botón y abrió una galería de imágenes. En el monitor apareció un animal. Lo cierto es que al principio no pudieron definirlo bien. Tenía ciertos rasgos humanos y de chimpancé a la vez.

—Esto es un Humanzee —dijo Lisa—, una mezcla de humano y chimpancé.

—¿Cómo es posible? —preguntó Gates asustado.

—Hace unos años unos, genetistas en Edimburgo crearon un ser mitad cabra y oveja, dos animales que no se pueden cruzar entre sí. El resultado fue un animal con cuerpo de cordero y cabeza de cabra.

—¡Dios mío! —exclamó Sally.

—Síganme a la planta última del edificio, donde están encerrados algunos de los experimentos.

Se dirigieron de nuevo al ascensor y subieron hasta lo más alto del edificio. Sentían cómo el corazón se les aceleraba. Sally creía que no podría ver nada peor que lo de los pobres desdichados del oeste de Utopía, pero estaba equivocada.

Las puertas se abrieron y entraron en un pasillo semioscuro. Caminaron hasta el fondo, abrieron y Lisa Parker encendió la luz. En la gran sala había decenas de jaulas de diferentes tamaños, pero parecían vacías. La mayoría de los animales se escondía en el fondo, como si temieran a los incómodos visitantes.

—No veo nada —dijo Gates acercándose a los barrotes.

Sin previo aviso, de la oscuridad salió un engendro mitad cerdo y mitad hiena. El hombre retrocedió horrorizado. Poco a poco los animales se acercaron a las rejas de sus jaulas. Los dos visitantes no podían creer lo que tenían delante de sus ojos. Híbridos de cabra y mono, caballo y rinoceronte o una mezcla de perezoso y gato.

—Esto es horroroso —dijo Gates.

Lisa lo miró compasiva. Apenas había visto las primeras jaulas; lo peor se encontraba más adelante. Una mezcla de mono y humano, sus ojos se hincaron en los de la mujer.

—Parece humano —dijo Sally—. ¿Tiene capacidad de raciocinio?

—No le han enseñado a hablar —explicó Lisa—. Y, en cierto sentido, el pensamiento tiene que ver con el lenguaje, pero es mucho más inteligente que cualquier simio que haya visto jamás.

Escucharon pasos y Lisa se asustó.

—Por favor, entren en ese cuarto.

Los dos se refugiaron en el cuarto y unos segundos después escucharon la voz de un hombre. Sally supuso que debía de tratarse del doctor Prendick.

26

La mujer comenzaba a acusar la tensión de los últimos días. El estrés estaba afectando a todo su cuerpo: la invadía un cansancio casi permanente, y la incertidumbre no la ayudaba demasiado a equilibrar tantos sentimientos contradictorios. Ansiedad, angustia, tristeza y la duda podían llegar a ser un cóctel explosivo. A su lado Steve Gates no parecía encontrarse en mejor estado. Aparentaba casi diez años más que unos días antes. Aquella maldita isla, si no los mataba de un solo golpe, lo terminaría haciendo poco a poco.

Al otro lado de la puerta se podía escuchar a la perfección la conversación entre Lisa y el doctor Prendick.

—Entiendo todas sus objeciones —estaba diciendo Prendick—, pero la vivisección es imprescindible. Tenemos que examinar todos los órganos, ver cómo evolucionan y cambiar los protocolos. El señor Franklin nos ha dado seis meses para tener un prototipo terminado y lo único que hemos conseguido es subproductos.

—¿Cómo puede hablar así de nuestras cobayas? —dijo Lisa—. Son seres vivos y algunos de ellos con genes y ADN humanos.

—Siempre ha sido usted demasiado escrupulosa, señorita Parker. Estamos cambiando la historia de la ciencia. Hace quinientos años a la medicina se la veía como magia, estaba prohibida la vivisección por considerarla contraria a las leyes divinas. Por Dios, la gente creía que nos había creado del barro.

La voz del doctor sonaba altiva y fría, mientras que Lisa Parker parecía realmente afectada por la actitud inhumana del doctor.

—Lo que hacemos no es solo ilegal, además es inmoral.

—¡Qué estupidez! ¿Quién dicta las reglas morales? No son más que convencionalismos trasnochados. La ciencia está por encima de la moral. Estamos mejorando la condición genética del ser humano. Será más resistente a enfermedades, más fuerte y con unos sentidos infinitamente más desarrollados. Crearemos superhombres como los que soñó Nietzsche.

Sally ya había escuchado aquel discurso fascista muchas veces. Primero se deshumanizaba a la gente y después, con razones supuestamente racionales, se elegía a los que debían vivir y a los que eran prescindibles, todo ello en aras del progreso de la humanidad. El ser humano había jugado a ser Dios casi desde el principio de la humanidad.

—Todo esto parece tan cruel como en el mito de Prometeo, cuando Zeus lo castigó a ser devorado cada día por un águila, que se comía su hígado, y este se regeneraba cada noche, comenzando de nuevo su tortura.

—Exagera usted —dijo Prendick—. Estos no son seres humanos, al menos al cien por cien, son simples bestias y engendros, experimentos fallidos. En la naturaleza sucede muchas veces, es el juego de ensayo y error. Estamos haciendo experimentos y para conseguir resultados tenemos que saltarnos esas reglas estúpidas que han inventado los moralistas.

Se hizo un silencio, como si Lisa quisiera cortar la conversación.

—No quiero seguir discutiendo.

—Puede abandonar el proyecto si eso es lo que quiere. En el fondo, aunque se pase todo el día cuestionando el trabajo, sabe que lo que estamos haciendo aquí es algo histórico. —Y luego, cambiando de tono, dijo—: Traiga al laboratorio a Pandora, tengo que comprobar unas cosas.

El hombre salió de la sala y Lisa tardó un momento en ir a buscarlos.

—Lo siento, el doctor Prendick y yo no podemos ser más distintos, aunque es posible que tenga razón. La curiosidad me puede. Tengo la sensación a veces de que he vendido mi alma al diablo.

—¿Cómo puede hablar en esos términos una científica como usted? —le preguntó Sally—. El mal y el bien no existen, son construcciones puramente humanas.

La periodista tenía sus dudas. Lo que había visto en Utopía la había dejado tan impresionada que se preguntaba hasta qué punto aquello era algo más profundo que una cuestión de avaricia, codicia y afán de poder humanos.

—Aquí he sentido de una forma tan fuerte al mal en estado puro, que no me cabe duda de que existe y es mucho más que una

invención social. Le aseguro que casi se puede palpar con las manos en algunos momentos.

Sally sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. No era supersticiosa y jamás había ahondado en su espiritualidad. En el fondo se acercaba más al ateísmo que al escepticismo, pero algunos comportamientos no tenían una explicación lógica y se encontraban más allá del entendimiento humano.

27

La versión griega de Eva era Pandora, la mujer creada por Zeus para engañar al hombre, abriendo la caja que le ocasionaría todo el sufrimiento, dolor y enfermedad capaz de destruir el paraíso en la Tierra. En cuanto se acercaron a la jaula, Steve Gates notó cómo se le aceleraba el corazón. Al principio no vieron nada, pero unos segundos después, la criatura acudió al llamado de su cuidadora.

—Pandora, ven, tenemos que ir al laboratorio.

Ante ellos apareció una chica de poco más de dieciocho años. Estaba completamente desnuda. Sus formas eran proporcionadas, casi perfectas y su aspecto completamente humano.

—¡No entiendo! —exclamó Sally.

—Es uno de nuestros últimos experimentos —le explicó Lisa.

—¿Cómo puede ser tan mayor? Además, es completamente humana.

—Eso es lo que parce, Sally, pero no lo es. Su cerebro es el de un chimpancé y tiene algunos sentidos especialmente desarrollados. Puede ser dócil como una gatita y fiera come un tigre.

—¿Cómo la han desarrollado en tan poco tiempo?

—Pandora es el experimento más cuidado del doctor Prendick. Lo trajo desde el Reino Unido. Oficialmente es su hija, pero la creó en un laboratorio mezclando genes de varios animales. Chimpancé, lince, leopardo y humano.

La mujer desnuda los miró con curiosidad y comenzó a olisquear. En cuanto Gates se acercó, le lanzó un rugido.

—¡Joder! —gritó el hombre echándose hacia atrás.

—Todo esto es aberrante —dijo la periodista.

—Es cierto, Sally. Son seres humanos, aunque el doctor los vea como simples experimentos.

La científica tomó una correa unida a una barra metálica y ató el cuello de la mujer, la sacó de la jaula y la llevó con cuidado.

Sally y Steve se apartaron a un lado y tomaron fotos con sus

teléfonos. Después se cubrieron los rostros de nuevo con mascarillas y la siguieron hasta el laboratorio.

—¡Ya era hora! —bramó el doctor Prendick cuando entraron en la habitación. Parecía un laboratorio de última tecnología, incluso futurista para los estándares normales—. ¿Quiénes son estos dos?

—Están recién llegados. El doctor y la doctora Sullivan —mintió la científica.

—¿Tienen autorización de nivel 4?

—Sí, claro.

—¿Cómo es que nadie me había avisado? Les debería haber organizado una visita adecuada, para que conozcan lo que estamos haciendo aquí.

—No se preocupe —dijo Gates—, su colega nos ha mostrado algunos de los experimentos y estamos muy impresionados.

—De hecho, nos gustaría unirnos a sus estudios —añadió Sally —. Admiramos su trabajo.

El doctor les sonrió complacido.

—No todo el mundo comparte su opinión, pero me alegro de que parte de la clase científica valore lo que estamos haciendo. Por ejemplo, Pandora es uno de mis experimentos más exitosos. Es casi perfecta, aunque creo que el ponerle la mente de un chimpancé no fue tan buena idea. Tiene el cerebro de un niño de cuatro años. Al menos es dócil y me reconoce como padre. Observen.

Lisa soltó a la mujer y los dos visitantes retrocedieron algo asustados.

—No se preocupen, no va a hacerles daño. ¿Verdad, Pandora?

La mujer sonrió y se acercó dócilmente al hombre. Este le acarició el pelo y después le dio un dulce.

—Buena chica. Tu padre está muy contento contigo.

La mujer entrecerró los ojos y el hombre comentó a los invitados:

—Pueden acariciarla. Mientras esté conmigo, es como un gatito.

Ninguno de los dos se movió. Al final, Gates se animó a acercar la mano.

—¿Lo ven? En cambio, si le pido que ataque es implacable. Observen.

Prendick soltó un pequeño conejo en la sala. Pandora se volvió loca, pero no se movió hasta que el doctor le hizo un gesto.

Entonces corrió a una velocidad increíble y unos segundos más tardes traía al conejo sangrando entre los dientes.

—Buena chica —comentó el doctor mientras le acariciaba el pelo—. Ahora puedes comértelo.

La mujer se sentó en el suelo y comenzó a despedazarlo.

—Nadie diría que es humana —dijo el doctor Prendick—. No es tan complicado devolvernos a cualquiera de nosotros a un estadio más primitivo. Todavía somos cazadores recolectores, aunque llevemos miles de años como cultivadores sedentarios. Los genes de esos animales reactivan sus sentidos y podríamos decir que los multiplican.

En ese momento alguien abrió la puerta y todos se volvieron. Pandora se puso a la defensiva. Eran dos soldados.

—Señor, hemos atrapado a uno de los fugitivos.

—¿Y los otros dos?

—Estaba solo. Es Philip, un traidor a la causa.

—Perfecto, llévenlo a mi despacho. Intentaré indagar qué ha pasado con el resto.

Los dos soldados salieron del laboratorio.

—Será mejor que lleve a Pandora de nuevo a su jaula. Lamento la interrupción; pueden comer conmigo más tarde.

—Será un placer —contestó Gates.

En cuanto se quedaron a solas, Lisa llamó a Pandora y le colocó de nuevo el collar. Se dirigieron hacia la otra sala y la introdujeron en su jaula.

—Tienen que marcharse cuanto antes. Es un milagro que aún no los hayan reconocido, pero es únicamente cuestión de tiempo.

—Han atrapado a nuestro compañero —comentó Gates.

—Debemos escapar de la isla o escondernos en algún lugar seguro —dijo Sally.

El hombre frunció el ceño al escuchar su comentario.

—Él nos salvó la vida —dijo el magnate de la informática.

—También nos ha mentido y engañado —lo rebatió Sally—. No podemos fiarnos de él. Pronto llegarán otros agentes y se encargarán de liberarlo.

—Su amiga tiene razón: si intentan ayudarlo, terminaremos todos encerrados como la pobre Pandora.

Miraron a la chica. Tenía la cara y el pecho cubierto de sangre,

pero en sus ojos se vislumbraba la conciencia humana.

Dejaron el edificio y se dirigieron de nuevo a la casa de Lisa Parker. Al entrar se quitaron las mascarillas.

—Gracias por todo —comentó Gates.

—Era mi deber ayudarlos.

—¿Podría conseguirnos una embarcación? —preguntó Sally.

La mujer dudó unos segundos, pero terminó respondiéndole con un gesto afirmativo.

—Llevo semanas retrasando unas merecidas vacaciones. Podré solicitar una embarcación para ir a Utopía. Me dejarán allí y podrán después escapar hacia Cuba o la República Dominicana.

—¿Por qué no se viene con nosotros? —le sugirió Sally.

—Prefiero quedarme. Al menos sé que, mientras esté yo, el doctor no se excederá demasiado con nuestras cobayas.

—Tiene que escapar. No se preocupe por Pandora y el resto. No tardaremos en regresar con refuerzos. La comunidad internacional reaccionará de forma unánime ante lo que está sucediendo. La ONU ocupará la isla y encarcelará a Thomas Franklin y todos sus cómplices.

—¿Yo no soy acaso una de ellas?

—No, claro que no. Él los ha engañado a todos. Además usted nos ha ayudado, podrá salir airosa de esta situación —contestó Gates.

—Hay veces que, aunque la justicia de los hombres te perdone, la conciencia no te dejará descansar jamás.

Las palabras de la mujer parecieron tan tristes que cuando los dejó de nuevo a solas, Sally se preguntó por ese poder que tenía la conciencia sobre la mente y que no era bueno tenerla en contra, en cierto sentido era la única brújula que el ser humano poseía para saber cuál era el camino hacia el bien.

28

Tras esperar más de cuatro horas, comenzaron a preocuparse. Lisa les había comentado que no tardaría en regresar. Steve Gates prefería que siguieran esperando, pero Sally opinaba que era mejor irse. Era muy extraño que no hubiesen tenido noticias de la mujer en todo ese tiempo.

Esperaron dos horas más. Ya se estaba haciendo de noche cuando escucharon abrirse la puerta.

—Lo siento mucho, no he podido escabullirme antes —se disculpó Lisa—. Me han autorizado a abandonar la isla mañana, así que tendremos que pasar la noche aquí.

—No hay ningún problema —contestó Sally aliviada, al ver que la mujer había cumplido su palabra.

—¿Sabe alguna cosa de Philip? ¿El doctor le ha comentado algo?

—Es difícil saber qué piensa el doctor, pero me temo que lo utilice para alguno de sus experimentos. Siempre comenta que matar a alguien sano es una pérdida de tiempo y un despilfarro. El material genético es muy importante.

Los dos se sintieron asqueados por la suerte que parecía depararle a su compañero.

—¿Qué podríamos hacer por él? —insistió Gates.

—Creo que nada. Se pondrían en riesgo, les aseguro que es una locura.

El hombre no quedó convencido del todo, pero accedieron a cenar y a dormirse pronto, para estar en plena forma al día siguiente.

Pasadas las dos de la madrugada, Sally escuchó un ruido, se despertó sobresaltada y se dirigió hasta el salón. Steve Gates estaba vestido y saliendo por la puerta.

—¿Adónde demonios vas?

—No podía dormir, tenemos que hacer algo por Philip.

—Es una locura —le recriminó Sally—. Nos capturarán y

acabaremos en manos de ese doctor diabólico.

—Pero ¿de verdad que puede irse sin más? ¿Acaso no le preocupa lo que pueda sucederle a Philip?

—Claro que me preocupa —respondió ella—, pero si salimos de Utopía al menos podremos alertar a las autoridades.

La periodista sabía que su compañero tenía razón, aunque le costase reconocerlo.

—Está bien —cedió finalmente Sally—, aunque me parece una mala idea.

Salieron de la casa y se dirigieron al edificio del laboratorio. Caminando era algo más de veinte minutos. No se encontraron con ninguna patrulla y al llegar al edificio vieron que estaba cerrado. Gates probó con la identificación que les había dado por la mañana Lisa y la puerta se abrió.

El hombre hizo un gesto de victoria y entraron en el edificio.

—¿Dónde lo habrán encerrado? —dijo él.

—Imagino que, si el doctor quiere experimentar con él, lo tendrá en la misma sala que al resto de sus cobayas.

Gates estuvo de acuerdo con su compañera. Tomaron el ascensor y subieron a la última planta. Se dirigieron a la sala y encendieron la luz.

—Philip, ¿nos escucha?

El hombre no quería alzar la voz, para que el resto de animales no se despertase, pero fue inútil. Enseguida todos comenzaron a aullar, gritar y proferir todo tipo de ruidos.

—¿Qué ha hecho? —se lamentó Sally.

Él se encogió de hombros y comenzaron a registrar jaula a jaula. Ya estaban desesperados cuando observaron una en la que no se veía nada, únicamente unas piernas.

—Creo que es aquí.

Abrieron la jaula, y sacudieron el cuerpo. Philip parecía adormilado.

—Parece como si le hubieran administrado una potente droga —dijo Sally.

Lo levantaron y comenzaron a arrastrarlo fuera de la jaula. Estaban llegando a la puerta cuando vieron al doctor Prendick.

—Señor Steve Gates y señorita Sally Red, imaginé que volverían a por su amigo. ¿Piensan que me engañaron esta mañana? Lisa lleva

meses intentando boicotear mis experimentos. No me extrañó cuando comprendí que ya me había traicionado.

—Es un maldito loco, será mejor que se aparte —le gritó Sally.

El hombre levantó lo que parecía una pistola eléctrica.

—Tres cobayas humanas son mejor que una. El señor Gates no está en plena forma, pero tenemos que conformarnos con el material que cae en nuestras manos.

Sally soltó a Philip y se lanzó sobre el hombre, que tardó en reaccionar. Los dos rodaron por el suelo y comenzaron a forcejear.

Steve Gates aprovechó para sacar a su compañero de la jaula y dejarlo en el suelo. Después se lanzó a por el doctor. Entre los dos lograron neutralizarlo y quitarle el arma. El doctor se revolvió y Gates le disparó. En cuanto recibió la descarga cayó desvanecido en el suelo.

Sally ayudó a Gates a levantar de nuevo a su compañero. Apenas habían avanzado unos metros cuando vieron en la jaula a Pandora. Sally miró a Gates.

—Está bien, suéltala —asintió el magnate.

Abrió la jaula y Pandora salió como un torbellino. Los tres continuaron hacia la puerta, pero escucharon la voz del doctor a su espalda.

—Pandora, atácalos.

Pandora se volvió hacia ellos y comenzó a seguirlos.

—¡Mierda! —gritó Sally.

—¡Dispare con su arma!

Apuntó a Pandora cuando pasó al lado, pero no acertó el tiro. Pandora se movió con rapidez y se lanzó sobre ellos.

—No, Pandora, te hemos ayudado —trató de convencerla Sally.

Aquel ser se quedó quieto, como si estuviera intentando comprender lo que le decían.

—¡Ataca y mata! —gritó el doctor mientras se acercaba a ellos.

Pandora parecía indecisa, pero terminó por enseñarles los dientes y comenzó a gruñir de nuevo.

29

¿Puede la razón superar los instintos más básicos? ¿Cuándo el hombre se convirtió en hombre? ¿No hubo un antes y un después? Sally se lo había preguntado muchas veces. Las teorías evolutivas llegaban a explicar el posible origen de la raza humana, pero se quedaban muy cortas para poder hacer lo mismo con el alma y la genialidad de una raza ciertamente especial. Ahora que tenía encima a Pandora, todo aquel debate intelectual no tenía sentido. Lo único que le importaba era deshacerse de ella. De hecho, no estaba muy segura de si a aquella mujer podía considerársele humana.

—Por favor —le suplicó Sally.

Pandora se quedó mirándola fijamente.

—¡Mata, Pandora! ¡Sácale los ojos, te lo ordeno!

Steve Gates trataba de sujetar a la mujer por los hombros, pero tenía una fuerza sobrehumana.

Sally vio algo diferente en aquellos inmensos ojos felinos. Pandora aflojó las manos, volvió la cabeza y observó al doctor.

—¡Padre!

La voz de la mujer felino salió de una forma tan gutural que casi se confundió con un rugido. Después se quitó con facilidad a Steve de la espalda y caminó hacia el doctor.

—¿Qué haces, maldito animal? Tienes que obedecerme, yo soy tu padre, soy tu creador.

Pandora continuó acercándose. Tenía los músculos tensos, como si estuviera luchando en su interior. El doctor retrocedió asustado, pero antes de que pudiera reaccionar, Pandora ya le estaba hincando los dientes en su flácido cuello.

—¡No, hija mía!

El doctor Prendick se revolvió e intentó zafarse. La mujer felino le siguió mordiendo y comenzó a arañarlo por todo el cuerpo. La voz del doctor se apagó poco a poco, mientras la sangre se le

escapaba por el cuello, tiñendo su bata blanca de rojo.

—¿Qué están haciendo aquí?

La voz que escucharon a sus espaldas era sin duda la de Lisa Parker.

—Hemos venido a por Philip, y el doctor…

Steve Gates no necesitó terminar la frase. La científica podía ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo. Pandora se irguió y se acercó a ellos. Después Lisa comenzó a abrir todas las jaulas. Los seres más grotescos y monstruosos aparecieron de entre las sombras, la mayoría con algún rasgo de humanidad en sus movimientos o su rostro.

—¡Dios mío! —exclamó Sally.

—Tranquila, no le harán nada —dijo Lisa—. Todos odiaban al doctor.

La científica se acercó a los primeros y comenzó a acariciarlos.

—Ahora por fin sois libres. Pero, si queréis sobrevivir, antes tendréis que luchar por ella.

Pareció que aquellos engendros la comprendían. Se limitaron a seguirla, mientas comenzaban a incendiar el edificio por los cuatro costados. Al tiempo que bajaban por las escaleras, las bestias atacaban a los soldados, aunque la mayoría salía huyendo en cuanto los veían aparecer. En la planta baja había casi un centenar de isleños portando todo tipo de armas.

—Creo que esto es una revuelta en toda regla —dijo el magnate de la informática mientras ayudaba a Sally a transportar a Philip.

—Los he reunido, sabía que era el momento —explicó Lisa—. La mayoría de los habitantes de la isla son disidentes o gente castigada por rebelarse contra el señor Franklin. Lo único que necesitaban era una chispa que los hiciese enfrentarse a él.

No pareció que los isleños se asustaran al ver a las bestias. Todos sabían qué tipo de experimentos se realizaban en la isla.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sally a la mujer.

—Creo que es el momento de quitar la careta a ese maldito psicópata.

—Pero, Lisa, no creo que con un centenar de personas…

—No somos un centenar de rebeldes, querido Gates, somos miles y tenemos gente infiltrada en Utopía. A nuestra orden se levantarán contra ese tirano.

—¿Cómo llevará a todos a la otra isla? —quiso saber Gates—. En el puerto hay solo unas pocas lanchas y yates.

Una explosión sonó a sus espaldas. Todos se giraron para contemplar el edificio en llamas. En el fondo, aquel lugar representaba la opresión y terror en el que habían vivido todos. El optimismo y euforia parecían contagiosos.

Philip logró despejarse un poco. Estaba apoyado en un árbol, levantó la vista y observó el fuego. No sabía lo que había sucedido, pero al ver a Sally sintió un acceso de ira, aunque cuando la mujer se acercó a ver cómo estaba se mostró calmado.

—¿Cómo te encuentras?

—La verdad es que con la sensación de que me hubieran roto todos los huesos del cuerpo.

—Vamos, levántate —dijo Sally mientras lo ayudaba a incorporarse.

—¿Qué demonios ha sucedido aquí?

—Me temo que una revolución —respondió ella.

El hombre arqueó una ceja, después miró al ejército de pescadores, campesinos y siervos. No parecían muy disciplinados, pensó.

—Los van a masacrar.

—No, si tú los ayudas. Llama a tus amigos de la CIA y que les traigan material y transporte para poder navegar a Utopía.

—¿Te has vuelto loca?

—No disimules, estoy convencida que la Agencia lleva casi un año planeando este momento. Sois especialistas en causar revoluciones espontáneas. Al menos esta ha nacido realmente en el pueblo.

Philip puso una medio sonrisa cínica, se cruzó de brazos y pensó que aquel motín podía servir para un ascenso meteórico en su carrera de agente. Al fin y al cabo, las cosas no podían haber salido mejor. Ya se ocuparía de ella cuando tuviera la oportunidad.

—Tienes razón, el pueblo es soberano. Ya que quieren la cabeza de su líder en bandeja, no podemos decepcionarlos.

Las llamas iluminaban la noche, mientras unos drones sobrevolaban la zona y enviaban información en tiempo real a la central de seguridad de Utopía. Thomas Franklin apenas parpadeó al ver el espectáculo. La culpa la tenía esa arpía; aún no entendía

cómo podía ser hermana de Amanda. Se acercó hasta él una mujer joven y se sentó en su regazo. Él le acarició el pelo y le susurró algo al oído. Ella sonrió y se besaron. Aquello podía ser el principio de todo, el plan maestro para cambiar las cosas para siempre.

3ª PARTE: SENTENCIA

30

Philip aún recordaba cuándo había disparado a Amanda. Estaba seguro de haberla alcanzado, pero lo que no entendía era por qué no había aparecido su cadáver. Si no había muerto, lo que más le extrañaba era que no lo hubiese delatado.

—¿Qué piensas? —le preguntó Sally.

Después de la orgía de fuego y muerte contra los soldados de Utopía, los isleños se habían reorganizado, conseguido armas y perseguido a los militares que habían intentado escapar. En el mejor de los casos podrían armar a un par de centenares de hombres. Supuestamente la isla no tenía ejército, pero la realidad era que poseían drones armados, todo tipo de armas de asalto y algunas sorpresas que sin duda Thomas Franklin tenía guardadas para una ocasión como esa.

—Bueno, ahora que hemos comenzado una revolución no estoy muy seguro de cómo llevarla a buen fin —empezó diciendo Philip —. Esta mañana hablé con mis superiores. En unas horas llegarán dos agentes con un grupo de mercenarios, no creo que superen el medio centenar. También descargarán material de todo tipo y armas. Un barco destartalado llegará aquí mañana; no es una gran cosa pero podrá transportarnos a todos a la otra isla. De lo que no estoy seguro es de que la gente allí se levante contra Thomas Franklin. La mayoría siguen hipnotizados con su pedantería y sueños fanáticos.

—Imagino que lo comprobaremos mañana mismo —dijo Sally—. Gates no quiere que haya una guerra; al menos, organizada por la CIA. Prefiere que intervenga la ONU, pero Franklin tiene muchos amigos en la organización, incluyendo al secretario general. Las posibilidades de una resolución desfavorable son casi nulas. Además, ya hemos visto cómo la mayoría de los Estados reaccionan antes una petición de la ONU. En Utopía no hay petróleo ni recursos y, aunque muchos prefieren que desparezca, el único interesado en

realidad es nuestro Gobierno.

—Es cierto —afirmó Philip—, pero el presidente no quiere que relacionen el golpe con su Gobierno. Hay mucha tensión internacional como para añadir más leña al fuego.

Steve Gates se acercó a la mesa. Parecía algo más descansado y, con los músculos de la cara relajados, había recuperado su expresión bobalicona.

—¿Con qué estáis conspirando?

—Ya lo sabe, con una revolución —bromeó Sally.

El hombre frunció el ceño.

—Las revoluciones siempre terminan en catástrofe —dijo Gates —. Sería mejor que lleváramos las pruebas a Washington, y que se publicaran en la prensa.

—Dirían que todo es mentira, un montaje —comentó incómodo Philip, que ya se había hecho a la idea de su pequeña revolución.

—Bueno, algunas revoluciones no terminaron tan mal —dijo Sally—. Como por ejemplo la Revolución francesa o la Revolución americana.

El hombre hizo un gesto de extrañeza mientras se volvía hacia la mujer.

—La Revolución francesa terminó en la etapa del terror —dijo Gates—. Y, aunque es cierto que la Revolución americana no fue tan cruenta, el nacimiento fallido de la República llevó a la Guerra Civil años más tarde. El pueblo debería deponer a Thomas Franklin de manera pacífica.

—¿Y cómo se consigue eso en una dictadura? —preguntó Philip —. Ya ha visto lo que sucedió con Venezuela hace unos años. A los dictadores jamás se les puede quitar de forma pacífica; en ocasiones mueren en su cama de viejos y nadie logra derrocarlos.

—Quiero que les quede claro que yo no apoyaré este atropello —dijo Gates con determinación—. Me marcharé en el helicóptero que mande la CIA. Eso sí, en cuanto pise suelo estadounidense, informaré a toda la prensa de lo sucedido y creo, señorita Sally, que usted debería hacer lo mismo. No es una terrorista, por Dios, es una periodista.

—No se preocupe por mí, le aseguro que no pegaré ni un solo tiro, pero debo encontrar a mi hermana. Aún no sé si está viva o muerta.

El hombre se encogió de hombros y se alejó hacia otra mesa.

Unos minutos más tarde escucharon un fuerte estruendo por encima de sus cabezas. Diez helicópteros comenzaron a sobrevolar la pequeña ciudad. De repente decenas de mercenarios descendieron por escalas y los rodearon. Los lugareños los observaron asustados. Sally levantó los brazos y el resto del grupo la imitó. Se encontraban completamente rodeados.

31

El olor a combustible se quedó impregnado en el aire por unos momentos. Los lugareños miraban atemorizados al grupo de hombres armados, con cascos y chalecos antibalas, hasta que Philip levantó las manos y se acercó a ellos.

—¡Malditos cabrones! Me habéis dado un susto de muerte.

Dos de los hombres abrazaron al agente y el resto bajó las armas.

—Estos son Fran y Charles, dos viejos amigos de la Agencia.

—Encantado —dijo el primero—. Veo que se ha armado una gorda aquí. ¿Qué son esos bichos de allí?

—Los experimentos del doctor —respondió Philip.

—Joder, sí que son feos —comentó el otro agente.

Sally mostró su desagrado con un gesto, no le gustaban nada los agentes machitos de la CIA. Además de simples, eran siempre irrespetuosos.

—¿Con cuántos hombres contamos? —preguntó el agente Fran.

—Oficialmente con unos ochocientos, pero es mejor hacer una criba. Prefiero llevar a trescientos buenos y bien armados que a toda la morralla.

—Tienes razón, Philip —lo apoyó su compañero—. Será mejor que hagas una selección.

Lisa se acercó al grupo.

—Hola, soy la comandante de la isla.

Los dos hombres se miraron y se rieron.

—¿Tiene alguna experiencia militar? —preguntó Charles—. ¿Sabe acaso cómo conquistar una isla?

—Soy la responsable de toda esta gente y, en Utopía, nuestra gente infiltrada únicamente actuará si yo llevo el mando.

Philip puso una mano entre los agentes y la mujer.

—Puede que sea la líder de estos rebeldes, pero yo llevaré personalmente la táctica militar e indicaré los objetivos —dijo el

agente Charles—. Si no le parece bien, nos marcharemos todos por donde hemos venido y podrán hacer su revolución, aunque dudo que tengan éxito.

La mujer se cruzó de brazos y con una sonrisa irónica le contestó.

—Pero todo antes deberá ser autorizado por nosotros. ¿Entendido?

—Claro —contestó Philip.

—No queremos que maten a Thomas Franklin ni a sus colaboradores —dijo Lisa—. Preferimos llevarlos ante un tribunal. No buscamos venganza, lo que queremos es justicia.

—Respetaremos sus normas si ustedes respetan las nuestras —dijo Philip—. Mañana temprano estará preparado el barco. Todos deben estar listos a primera hora. No creo que contemos ya con el factor sorpresa, Franklin tiene ojos por todas partes, pero atacaremos de tal forma que no pueda defenderse hasta que sea demasiado tarde.

Sally se adelantó un paso.

—Yo iré con vosotros.

—No necesitamos a una periodista —dijo Philip—. La Agencia odia a la prensa, deberías saberlo.

—No iré como periodista, iré como hermana de una persona desaparecida. No pienso tomar un arma.

—Será mejor que os la llevéis. Ya ha causado suficientes problemas —comentó Philip a sus compañeros.

—Suéltenme, no pueden detenerme.

—Sí, pueden hacerlo. Sally, estás acusada de atentar y matar a Lázaro Bush, periodista norteamericano del *New York Times*.

La mujer lo miró sorprendida.

—¿Qué broma de mal gusto es esta?

—No es ninguna broma. Te llevarán a Guantánamo y te aplicarán las leyes antiterroristas.

—Si aquí hay un asesino, eres tú, maldito cabrón. Mataste a mi hermana Amanda.

—Amanda no está muerta, maldita loca. Por favor, llévensela.

Dos de los mercenarios la tomaron por los brazos y se la llevaron a rastras. Steve Gates intentó impedirlo, pero lo tiraron al suelo. Mientas Sally arrastraba los pies y pataleaba, uno de los

helicópteros regresó y tomó tierra.

Philip se volvió y mirando a Gates le dijo:

—¿Aún quiere regresar a los Estados Unidos?

32

Sally no podía creerse lo que había dicho Philip. Ese maldito bastardo no solo se había exculpado de la muerte de su hermana, además la había acusado a ella de asesinato. Los dos mercenarios la llevaron hasta el helicóptero. Cuando miró hacia atrás, se acercaba Steve Gates con los otros agentes.

—Están cometiendo un error: Sally no le ha hecho daño a nadie. Lázaro Bush se fue hace unos días. Creemos que Thomas Franklin ordenó su muerte. No pueden encerrar a alguien inocente.

Los agentes parecían totalmente indiferentes a las palabras del hombre.

Ayudaron a Steve Gates a subir al aparato y después subieron ellos también. La mujer se recostó resignada en el respaldo. Las hélices comenzaron a girar y el aparato empezó a levarse. Poco a poco, la isla fue empequeñeciéndose hasta convertirse en poco más que una masa verde rodeada de aguas turquesas.

Estaban sobrevolando Utopía cuando escucharon algo en la cola del helicóptero. Los agentes se giraron y vieron dos pequeños drones.

—¡Cuidado! —gritaron al piloto, que descendió de manera brusca para deshacerse de los perseguidores.

Los pasajeros se sacudieron dentro del aparato, Sally se aferró al asiento y miró aterrorizada hacia abajo.

—¡Dios mío!

El helicóptero descendió aún más. Los drones comenzaron a disparar, pero el aparato esquivó los primeros proyectiles. De repente, el piloto perdió el control y un proyectil destrozó la cola. El helicóptero comenzó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que cayó al agua. No tardó mucho en sumergirse. Todos los ocupantes intentaron escapar, pero algunos estaban atrapados por los cinturones de seguridad. Sally logró abrir el suyo y el de Gates. Bucearon hacia la superficie mientras el aparato comenzaba a

sumergirse. Nadaron hacia la orilla. Estaban a algo más de dos kilómetros. Lograron llegar hasta la arena, se quedaron tumbados un par de minutos sobre la playa y escucharon a alguien que chapoteaba. Era uno de los agentes de la CIA. Lo ayudaron a salir del agua y estaban a punto de sentarse de nuevo en la arena cuando escucharon disparos en el agua.

—¡A cubierto! —gritó el agente, mientras se ponía en pie y comenzaba a correr hacia los árboles.

Steve Gates y Sally lo siguieron, pero justo antes de ocultarse, Gates recibió un disparo en la pierna. Ella tiró de él justo cuando una nueva ráfaga de balas pasó rozándolos.

Steve gritaba de dolor. Una bala lo había alcanzado justo en el muslo. La mujer se arrancó las mangas de su traje y taponó la herida.

—Te pondrás bien.

—Estamos de nuevo en Utopía —se lamentó Gates—. Esto es un infierno. Esta isla parece el maldito Triángulo de las Bermudas.

La frustración del magnate era compartida por Sally. Casi prefería que la encerrasen en Guantánamo que encontrarse de nuevo a merced de Thomas Franklin.

—No se preocupen, todos nuestros helicópteros tienen sistemas de GPS —dijo el agente—. La base ya habrá detectado que nos han derribado y enviarán una misión de rescate. Además en unas horas se producirá la invasión de la isla. Posiblemente mañana estaremos a salvo.

—Pero estoy herido. ¡Maldita sea! Puede que mañana sea demasiado tarde para mí.

El agente examinó la pierna.

—Creo que la bala le ha atravesado el muslo; eso es bueno. Si corta la hemorragia, como mucho tendrá unos meses de rehabilitación.

Sally se puso en pie, buscó los drones por la zona de la playa, pero parecía que habían desaparecido del mapa.

—¿En qué parte de la isla estaremos? —preguntó la periodista.

—Imagino que por el norte, tal vez el noroeste —dijo el agente —. Cuba quedaba en aquella dirección.

—Pienso que deberíamos pedir ayuda —dijo la mujer.

—¿Está loca? No sabemos en quién podemos confiar, será mejor

que duerman un poco, está a punto de anochecer. Mañana verán todo de otra manera.

La periodista sabía que el agente tenía razón, pero le preocupaba el estado de Steve. Aunque la herida estuviera limpia y no sangrara, se encontraban en mitad de la nada. Al final se sentó apoyada en un árbol y se quedó profundamente dormida.

Debían de ser las cuatro de la mañana cuando los despertó un grito. La mujer se sacudió sobresaltada.

—¿Qué sucede?

El agente de la CIA se movía de un lado para el otro.

—¡Me ha picado algo! ¡En varios lugares!

—¿El qué?

—No lo sé, se subió por mi brazo y me picó después en la pierna.

—Tiene que ser un alacrán —comentó Gates asustado.

—¿Es mortal? —preguntó asustado el agente.

—Depende de la dosis: una normal es suficiente para matar a un niño o un anciano. Lo malo es que le ha picado dos veces. Aunque en la segunda el veneno será de toxicidad menor, si no encontramos un médico podría ser mortal.

Escucharon que se acercaban pasos. Sin duda habían oído sus voces.

No sabían qué hacer. Con dos personas heridas era mejor que los capturaran, pensó Sally.

—Escóndase —le ordenó el agente a Sally—. Deje que nos lleven a nosotros dos. Así podrá avisar a los rebeldes cuando lleguen.

La mujer corrió hacia los árboles y se escondió. A los pocos minutos se acercó un grupo de soldados. Tomaron a los dos hombres prisioneros y los ayudaron a caminar. Ella los siguió de cerca, aunque no se fueron demasiado lejos. A poco más de un kilómetro había una aldea con una guarnición y tierras de cultivo.

Los dos prisioneros pasaron primero por una enfermería. Tras varias curas los encerraron en la comisaría del pueblo. Mientras la mujer observaba el lugar, el sol comenzó a aparecer en el horizonte. La invasión estaba a punto de comenzar. Si liberaban la isla, toda aquella pesadilla terminaría para siempre.

33

Después de una noche sin dormir, sucia, con heridas por todo el cuerpo y su amigo encerrado en una celda, lo único que podía hacer era esperar o intentar ir hacia el este. Sally se estiró e intentó trazar un plan. Para llegar al otro lado de la isla, tenía que encontrar un medio de transporte. No era fácil, ya que todos estaban vigilados. Se dirigió hasta el aparcamiento, agachándose entre los coches, y subió a uno de ellos. En cuanto puso el pie en el acelerador, el vehículo se puso en marcha. Dos guardas salieron de un edificio y se colocaron en medio del camino. La mujer no frenó: al contrario, pisó el acelerador a fondo y los dos hombres saltaron a los lados. No sabía cuánto tiempo tardarían en seguirla, pero estaba dispuesta a atravesar la isla y unirse a los rebeldes. Tenía que ver el desembarco, para poder luego escribir un artículo sobre la invasión de Utopía. No perseguía el premio Pulitzer, pero el mundo debía saber lo que sucedía en un lugar como aquel.

Tras veinte minutos llegó a una bifurcación. No poseía un gran sentido de la orientación, pero pensó que tenía que ir más al sur. En aquella parte el camino se estrechaba hasta el punto de que las ramas llegaban casi hasta los laterales del coche. Podía oler la desbordante floresta que nacía a su alrededor. Los árboles creaban una atmósfera fresca, y el color intenso de las ramas la hizo relajarse un poco, como si se encontrara en un viaje de placer en alguna isla del Caribe. Desde niña siempre fantaseaba con ese tipo de cosas. Lograba cambiar la realidad con la mente, para hacer un poco más emocionante o soportable la vida. Amanda siempre le decía que era una soñadora, una fantasiosa. Al venirle de nuevo su hermana a la cabeza, sintió una punzada en el pecho. Después de todo lo sucedido, seguía sin tener claro si se encontraba viva o muerta. Aunque el vídeo que había visto parecía no dejar lugar a dudas.

Tras casi dos horas de camino, en el panel comenzó a parpadear

una señal, indicando que se agotaba la batería.

—¡Mierda! —exclamó.

No quería quedarse tirada en medio de la nada.

Un par de kilómetros más adelante vio un cartel que anunciaba una playa cercana, estaba cerca de la costa este de la isla.

El coche se paró a pocos kilómetros del mar. Lo dejó en un lado de la calzada y continuó a pie. Poco a poco, la frondosa selva fue transformándose en un bosque de cocoteros. Antes de llegar al mar vio las primeras casas; parecía una de las zonas para vacaciones de la isla. Subió por una pequeña ladera y contempló la zona.

La playa era enorme, de arena blanca y aguas turquesas. Las casas cercaban la zona hasta donde se perdía la vista. Únicamente en la parte sur la arena terminaba en unos riscos que ascendían hasta convertirse en un pequeño acantilado.

Se sentó para descansar. Agachó la cabeza y se quedó dormida. Un par de horas más tarde se despertó al escuchar una explosión. Miró al horizonte y contempló un barco que se aproximaba en la lejanía. No podría acercarse demasiado, ya que corría el riesgo de encallar, pero varias lanchas se descolgaron a babor y estribor y se acercaron a la costa cargadas de mercenarios y rebeldes.

Sally se puso la mano en forma de visera e intentó distinguir las caras. Antes de que las primeras lanchas tocaran tierra, aparecieron unos drones que comenzaron a disparar a los intrusos. Hundieron una de las lanchas que estaba a punto de alcanzar la playa, pero la mayoría de sus ocupantes lograron saltar y llegar a nado. Los miembros de otras de las lanchas no tuvieron tanta suerte: una bomba les dio de lleno y saltaron por los aires.

A pesar de los drones, más de doscientos atacantes lograron llegar a la costa e internarse en la selva. Sally bajó la colina y corrió hacia ellos, pero estaba cruzando una zona ajardinada cuando una patrulla de Utopía comenzó a dispararle.

—¡Alto! —gritó uno de los soldados.

La mujer levantó los brazos y se detuvo de inmediato.

El oficial ordenó a un soldado que la esposase y la llevara a la capital.

—Señor, nos están atacando.

—Obedece, el presidente lleva días buscando a esta mujer. Asegúrate de que llega ilesa.

El soldado la empujó hacia un pequeño coche volador y la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto. Mientras el hombre arrancaba el vehículo, la mujer saltó y se escondió de nuevo. Después comenzó a correr en dirección a la playa. Apenas había tocado la arena cuando escuchó las balas a su espalda. No dejó de correr hasta alcanzar a los rebeldes, que se atrincheraban entre unas casas al borde mismo del mar.

—¡No disparen! —les gritó al acercarse.

Uno de los rebeldes la empujó al suelo, para que se agachase. Tras un breve enfrentamiento, los soldados se alejaron, dejándoles el terreno despejado.

El hombre liberó las manos de Sally y la llevo hasta Lisa y Philip, que habían formado en una casa un improvisado cuartel de mando.

—¡Será posible! —dijo el agente de la CIA—. ¿Nunca me lograré deshacer de esta mujer?

—Yo también me alegro de verte, Philip.

Lisa le puso una mano en el hombro.

—Siento lo que le ha pasado. No pensé que se marchara contra su voluntad.

—¿Cómo demonios has logrado regresar? —preguntó Philip.

La mujer hincó la mirada en la cara del hombre.

—Unos drones derribaron el helicóptero, el aparato se hundió al lado de la costa. Gates, uno de los agentes de la CIA y yo logramos escapar. A Gates lo hirieron en la pierna y después los capturaron. Yo he intentado llegar hasta aquí sana y salva, aunque te aseguro que no ha sido fácil.

—Por ahora permanecerás con nosotros —dijo Philip—, pero espero que no intentes ninguna jugarreta.

La mujer encogió los hombros. Odiaba con toda su alma a aquel hombre, pero por ahora debían trabajar unidos, para derrotar a Thomas Franklin y liberar a la isla.

—¿No les parece extraño que hayan retrocedido tan rápido? —les preguntó Lisa.

—Lo cierto es que no esperaba demasiado valor en un grupo de estudiantes metidos a soldados.

—En eso está muy equivocado —dijo Lisa—. El señor Franklin tiene varios cientos de mercenarios y tecnología punta militar.

—En mis informes…

—Sus informes son incorrectos —respondió la mujer.

—Entonces, ha sido una retirada táctica. Seguramente concentre las fuerzas en la capital.

Sally señaló con el dedo el mapa. La ciudad estaba a pocos kilómetros.

—No se puede dominar la isla y dejar la capital para el final.

El agente la miró con cara de desprecio.

—En unas horas se nos unirán los isleños rebeldes. Creo que es mejor dar un golpe definitivo en el corazón de Utopía.

Philip les comentó sus planes. Debían rodear la ciudad, pero antes había que cortar las comunicaciones y hacerse con varios coches-drones para atacar por el cielo.

—Los mercenarios saltarán de los coches voladores, justo en la retaguardia, mientras que los rebeldes avanzan por los cuatro costados.

Lisa aprobó el plan, no podía hacer otra cosa. Le había prometido al agente que él lideraría las operaciones militares. Cuando el hombre se marchó, la mujer se derrumbó en la silla.

—Nunca pensé que gobernaría un ejército. Hace menos de dos años vivía tranquilamente en Nueva Zelanda.

—En ocasiones la vida te sorprende, yo tampoco me imaginaba como corresponsal de guerra —bromeó Sally.

—¿Por qué Philip la odia tanto?

—Es una larga historia. No es lo que parece, siempre busca su propio beneficio. Afortunadamente, nuestros intereses coinciden con los suyos, pero no dudará en traicionarnos si eso lo favorece.

—Es bueno saberlo —dijo Lisa.

Las dos mujeres contemplaron el mar por el gran ventanal. El agua estaba en calma, apenas unas olas pequeñas besaban la arena, pero a lo lejos se acercaba una profunda tormenta. Sally sintió que la oscuridad regresaba a Utopía para proteger a Thomas Franklin. En cierta forma, aquella era mucho más que una lucha militar, era el eterno enfrentamiento entre el bien y el mal.

34

La espera se hizo muy tensa, pero Thomas Franklin no se quedó a esperar si los rebeldes lo atacaban o no. Lanzó una campaña mundial en los medios. Sally y su grupo se enteraron cuando uno de los mercenarios le enseñó un vídeo que ya se había difundido por todo el mundo.

—¿Habéis visto esto? —comentó Philip mostrándoles el teléfono.

La imagen las dejó de piedra. En el monitor aparecía el fundador de Utopía vestido con traje, algo que no solía hacer. Con semblante serio pedía ayuda a la comunidad internacional.

«En el día de hoy, se ha cometido un verdadero sacrilegio contra la libertad y la democracia. El pequeño, indefenso y soberano Estado de Utopía está siendo atacado por fuerzas extranjeras y un grupo de rebeldes capitaneados por agentes de la CIA. Hemos facilitado todas las pruebas tanto a las autoridades de la ONU, como de otras organizaciones internacionales. Hemos pedido a la OTAN que condene este ataque y pida a su socio fundador, los Estados Unidos, que desautorice cualquier misión secreta en suelo de Utopía. El presidente de los Estados Unidos llevaba tiempo planeando este ataque, pero deseaba ocultarlo tras una supuesta revuelta popular. Ahora que su plan ha quedado al descubierto, esperamos que rectifique. Utopía se creó con la idea de formar lo más parecido a una fraternidad entre todos los seres humanos. Nuestro sueño es acabar con las desigualdades económicas, el racismo, la xenofobia, la discriminación y la pobreza. Varios países han mostrado su interés en aplicar sus políticas en sus territorios, algo que no ha gustado a los Estados Unidos, que llevan décadas controlando y manejando muchos gobiernos en Latinoamérica.

»Hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que defienda este Estado soberano. La Unión Europea, de forma unánime y en una decisión sin precedentes, nos ha prometido

protección. Han enviado cuatro fragatas, dos portaviones, cinco aviones de transporte con soldados y material. Nos gustaría que los rebeldes depusieran las armas. Nuestro espíritu es de negociación y colaboración. Paz a todos».

Al terminar el mensaje, las dos mujeres se intercambiaron las miradas. Parecían tan sorprendidas que no acertaron a decir nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Philip.

—La jugada de Franklin es casi maestra —dijo Lisa—. Si los atacamos se lanzarán sobre nosotros varios ejércitos extranjeros, pero si no lo hacemos, de todas formas nos atacaran. Hemos perdido la batalla, será mejor que nos rindamos.

La voz de Lisa parecía totalmente desolada. Todas sus esperanzas se habían desvanecido en un instante.

—Tenemos toda la información contra Franklin —comentó Philip—. Publiquemos lo de los experimentos, los tratamientos de rejuvenecimiento ilegales. La comunidad internacional debe saber la verdad.

—Ahora sería inútil —dijo Sally—. Thomas Franklin ha presentado a Utopía como una víctima de los servicios secretos norteamericanos. Si contamos lo que sucede en la isla, pensarán que es una campaña de difamación y confirmará a la opinión pública que estamos intentando destruir este sueño utópico.

El hombre miró a Sally con desconfianza. En el fondo no entendía como ella las sutilezas de la estrategia política.

—Pero si es verdad —dijo Lisa.

—Si los aliados hubieran denunciado las atrocidades de los nazis hacia los judíos en la Segunda Guerra Mundial —continuó Sally—, nadie los habría creído, se consideraría propaganda bélica.

La mujer intentó aguantar el llanto.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —dijo Philip—. Franklin purgará a toda esta gente, nos masacrará.

—Lo cierto es que únicamente nos queda una opción —dijo de repente Sally.

Los dos miraron a la mujer.

—¿Qué opción? —preguntó el agente sin poder soportar por más tiempo la presión.

—Tenemos que matar a Thomas Franklin.

35

Los planes desesperados son siempre imprevisibles. Cuando Sally terminó de contarle su idea, pensó que Philip se echaría atrás, pero el agente le mostró su apoyo.

—Creo que es un intento suicida. No debéis arriesgaros tanto. Si tomamos ese barco y pedimos asilo en la República Dominicana o Jamaica, sería la única forma de salvarnos.

—Nadie querrá enemistarse con Utopía ni con la comunidad internacional —dijo Sally—. Tampoco recibirán con agrado un barco cargado con mercenarios armados y milicianos. Thomas Franklin nos ha tendido una trampa y hemos caído en ella.

—¿Estás segura de eso, Sally?

—Sí, él vigiló la rebelión con sus drones, pero no intervino. Esperó tranquilamente a que se desatara la invasión, de esa forma se presentaría al mundo como una víctima. Hasta este momento su trayectoria ha sido intachable, es admirado por medio mundo.

—Lo que no espera es que intentemos atentar contra su vida —dijo Philip.

—Exacto.

—Pero ahora será imposible acercarnos hasta él —dijo el agente.

—Ese hombre está obsesionado conmigo. Seguramente por mi hermana Amanda. Le dirás que paras la invasión.

—No me han dicho nada desde la agencia. Para abortar una operación necesito el visto bueno de mis jefes. Además me pides que colabore en un magnicidio. Estas cosas terminan descubriéndose con el tiempo. La Agencia será la principal sospechosa y tenemos al Congreso detrás de nosotros desde hace tiempo. Me crucificarán si algo sale mal. Para mí, lo más fácil sería pedir un helicóptero y que me saquen de aquí. Podría llevaros a vosotras dos.

—No gracias, en el último que monté, tuve que escapar cuando se hundía en el mar.

—Nos enviarán protección —insistió Philip.

—No, prefiero arriesgarme.

Philip se cruzó de brazos.

—Bueno, cuéntanos tu plan.

Sally se sentó en una silla, parecía agotada. Ya os he comentado que Franklin quiere capturarme. Además de una obsesión enfermiza conmigo, piensa que he sido la causante de todo lo sucedido.

—Ok, pero no se creerá que te entregas voluntariamente.

—Exacto. Lo que haremos será lo siguiente. Philip me entregará como rehén, le dirá a Franklin que es un gesto de buena voluntad, que lo que desea el Gobierno norteamericano es zanjar el tema, que la condición es que deje que el barco con los rebeldes se marche y que no impida que algún país los acoja.

Lidia frunció el ceño, no se fiaba demasiado de las promesas del fundador de Utopía.

—No creo ni una sola palabra que sale de la boca de ese mentiroso —dijo Lisa con rotundidad.

—Esta vez no nos queda más remedio —dijo Sally encogiendo los hombros.

Philip miró por la ventana.

—Está anocheciendo.

—No importa, mandaremos el mensaje ahora mismo a Franklin _ —dijo Sally con resolución—. A continuación todas las tropas embarcarán. Cuando tengáis noticia de que estamos en la casa del fundador, saldréis.

—El único fallo que veo a ese plan es ¿cómo escaparéis vosotros de la isla? —dijo Lisa—. Franklin está rodeado de fanáticos, no os dejarán que os marchéis.

—Tendremos que huir antes de que nadie se entere de que ha muerto.

—También podríais sacarlo con vida de la isla —dijo Lisa—. Con las pruebas que tenemos…

Sally ladeó la cabeza.

—Llegados a este punto, la única solución efectiva es asesinarlo —dijo la periodista—. Nunca pensé que diría algo así, pero Thomas Franklin no es solo una amenaza para Utopía, es sobre todo una verdadera amenaza para la humanidad.

Era consciente de que un líder visionario como aquel podía

arrastrar a millones o cientos de millones de personas hacia el fanatismo, causando un efecto más devastador que el producido por Adolf Hitler en el siglo XX. Dudaba si no le temblaría el pulso antes de matarlo, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

36

El primer problema era ponerse en contacto con Thomas Franklin para advertirle de que Philip estaba dispuesto a entregarla en bandeja a Sally. Al final se decidieron a llamarlo por teléfono, pero las líneas en toda la isla estaban rotas.

Lisa recordó que se había instalado una red alternativa, por si las comunicaciones fallaban en Utopía. No era tan extraño que algún huracán pudiera aproximarse a la isla y destruyera parte de la infraestructura. Unos años antes había sucedido algo parecido a Puerto Rico y aún no se había recuperado de los daños del paso del último huracán.

—Hay líneas protegidas en las casas de los líderes —explicó Lisa —. La más cercana se encuentra a un kilómetro escaso. Normalmente los líderes pueden hablar directamente con la oficina del fundador.

Se dirigieron a la casa. Sally no podía ocultar su ansiedad, no se sentía una heroína ni mucho menos. Entraron en el edificio, había un hombre de pequeña estatura, al parecer el líder de la zona. Se asustó al verlos en la puerta.

—¿Qué desean? Yo no quiero problemas, por favor, no me hagan nada.

—Tranquilo, lo único que necesitamos es el teléfono que tiene línea directa con la oficina del fundador.

El hombre los llevó hasta su despacho. Tenía las paredes forradas de libros.

—Ahora salga.

Se quedaron los tres a solas. Philip era consciente de la importancia de que su propuesta fuera creíble.

—Si te pregunta cómo el Gobierno es capaz de entregar a una periodista norteamericana. ¿Qué le dirías?

La pregunta de Sally era muy pertinente. Thomas Franklin no era un ingenuo y desconfiaría de una oferta tan apetitosa.

—Le comentaría que los Estados Unidos han descubierto que ella estuvo detrás del plan de derrocamiento de su Gobierno y que ponemos como única condición que Sally no sea ejecutada.

—Con eso no habrá problema, al menos oficialmente —dijo Lisa —. En Utopía no hay pena de muerte.

El teléfono sonó cuatro veces antes de que contestaran al otro lado. Una de las secretarias de Thomas les preguntó de qué asunto se trataba.

—Soy Philip, aunque mi verdadero nombre es Marcus Greene, agente de la CIA. Necesitamos negociar una salida pacífica al conflicto con el señor Franklin.

La mujer se quedó callada unos instantes, como si estuviera procesando la información.

—Un momento, por favor.

Se oyó un leve pitido, y lo siguiente que escucharon fue la voz del fundador.

—Philip o Marcus Green, ¿cómo prefiere que lo llame?

—Me es indiferente.

—Veo que la Agencia y su Gobierno han entrado en razón. El mundo ya no es lo que era. Ahora la presión internacional y las redes sociales tienen mucho poder. Se acabó la época en la que los Estados Unidos quitaban gobiernos a su antojo.

—Queremos negociar —dijo el agente—. Preferimos evitar un derramamiento de sangre. Si accede a nuestra petición, todo volverá a la normalidad muy pronto.

—¿La normalidad? ¿Se refiere a que su presidente seguirá frenando el desarrollo de Utopía? Los Estados Unidos han sido el principal impedimento para generar una energía más limpia. Prácticamente han boicoteado todos los acuerdos de protección del clima, por no hablar de su política inmoral y que ha fomentado la desigualdad en el mundo. Sus multinacionales han exportado por el planeta su capitalismo agresivo y despiadado, su indiferencia a los derechos humanos.

—No quiero que me dé discursos —lo interrumpió Philip—. Le ofrecemos la retirada sin condiciones. Lo único que pedimos es que a los rebeldes se les permita el exilio en un país cercano, preferentemente Cuba. Después regresarán sin cargos a sus respectivos hogares.

Se hizo un incómodo silencio en la línea.

—Está bien, aunque no podrán salir de la isla los experimentos. Se quedarán aquí. Pero también tienen que entregarme a Sally Red, para que sea juzgada por los tribunales de nuestro país.

—¿De qué cargos se le acusará?

—Conspiración contra el Estado y promoción de revueltas armadas. Le aseguro que tendrá un juicio justo.

—No podrán condenarla a muerte ni cadena perpetua —dijo Philip.

—No se preocupe —comentó Thomas Franklin sonriente—. Mi intención es más bien reeducarla. Creo que no ha llegado a entender jamás lo que estamos haciendo en la isla.

—Iré yo mismo con la entrega en una hora —dijo el agente—, pero deje que el barco salga sin ser atacado.

—No permitiré su partida hasta que me traiga a Sally hasta aquí.

—De acuerdo. Tras la entrega yo regresaré al barco y podremos irnos en paz.

Thomas Franklin parecía satisfecho. Había conseguido salirse con la suya una vez más. Ahora ya nadie podría detenerlo.

—Una última cosa —dijo Philip—: como gesto de buena voluntad tiene que devolvernos con vida el agente herido y al señor Steve Gates.

El hombre carraspeó, como si aquello fuera un trago duro de aceptar.

—Lamento decirle que su compañero murió a causa del veneno de un alacrán. En cuanto a Steve Gates, será juzgado por los tribunales de la isla por los mismos cargos que Sally. Lo lamento, pero no debo ni quiero oponerme a una decisión judicial. Aquí existe la división de poderes.

—Está bien, aunque le pido que lo reconsidere.

—Eso no es negociable, querido.

El fundador le colgó el teléfono. Los tres se quedaron mirándose un momento.

—¿Cómo vas a acabar con él?

—No te preocupes, Philip, lo haré de tal forma que parecerá un accidente, te lo aseguro.

37

Mientras se dirigían al coche-dron en silencio, Sally aún dudaba de si estaba tomando la mejor decisión. La mayor parte de su vida se había dedicado a cuidar de sí misma y pensar en sus intereses. Eso era lo que había aprendido; al menos aquellos eran los valores que imperaban en la sociedad en el siglo XXI. El sentido de comunidad había desaparecido casi por completo, como el de buena vecindad, honradez, ayuda al prójimo y confianza en el futuro. Su generación se había formado rodeada de oscuros nubarrones. Las crisis económicas y sanitarias no eran sino el reflejo de la avaricia humana. El deseo de enriquecerse y de triunfar había llevado a muchos a vender literalmente su alma al diablo. Hasta la idea del mal se había diluido, convirtiéndose tan solo en una enfermedad mental, que unas simples pastillas podían curar. Ella se preguntaba, siempre lo había hecho, si la maldad en realidad anidaba en el corazón de todo ser humano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Philip a la mujer mientras llegaban al vehículo.

—Bueno, creo que todo lo sucedido ha hecho que cambie mi forma de pensar.

—Sally, puede que no me creas, pero no maté a tu hermana. Os mandé llamar y me hice pasar por ella. También es cierto que le disparé. Me había descubierto y amenazó con denunciarme. Es posible que no me creas, pero la amaba.

La mujer lo miró sorprendida.

—Amanda es alguien muy especial. Tiene una fuerza interior increíble, nunca había conocido a nadie con tanta energía. Me enrolé en la CIA por puro pragmatismo. No soy un patriota, no creo que lo sea nadie de mi generación. Terminé la carrera y me sentía perdido, tenía miedo de fracasar y la Agencia me proporcionaba un trabajo estable, aventura y cierto estatus social. Al conocer a tu hermana todo cambió. Casi me persuadió de vivir para siempre con

ella en Utopía, hasta que comencé a descubrir ciertas cosas.

—¿Crees que ella las sabía? —preguntó Sally.

—Ya viste su ordenador. No solo las conocía, buscaba patrocinar algunos de los proyectos.

—No creo que mi hermana apoyara el asesinato de jóvenes para extraerles la última gota de sangre, por rejuvenecer a unos viejos caducos; tampoco que permitiera los experimentos con esos pobre seres.

—En ocasiones —dijo el agente—, los idealistas sacrifican sus principios en aras de un bien superior.

—Eso no es idealismo, Philip, eso es fanatismo. Cuando pierdes la perspectiva y piensas que lo único que importa es el fin y los medios son intrascendentes estás traicionando en el fondo todo lo que creías.

El hombre arrancó el vehículo, lo programó y este comenzó a elevarse.

Observaron el pequeño ejército desplegado en la playa. Parecían tan indefensos y débiles que les hizo sentir lástima.

—Creo que no entendemos bien a lo que nos estamos enfrentando —dijo Sally de pronto.

—¿Qué quieres decir?

La pregunta de Philip era sincera. Él también se sentía incómodo en Utopía, como si algo oprimiese su mente y su espíritu.

—Hay cosas que no pueden explicarse con palabras. Creo que nuestra generación ha perdido esa capacidad para percibir lo espiritual.

A Philip le sorprendía que hablaran de ese tema; no era nada común. Él se había criado en una familia cristiana en Nashville. Lo normal para todo el mundo era acudir a la iglesia los domingos y vivir una vida bastante secularizada el resto de la semana, pero había tenido una experiencia sobrenatural en una ocasión. Algo que no se había atrevido a contar nunca a nadie.

—Te entiendo mejor de lo que piensas. Siento haber ordenado que mis compañeros te llevaran Guantánamo. Fui a rescataros y me dejasteis solo en aquella isla.

—Desconfiaba de ti. Es curioso, a veces actuamos movidos por nuestros sentimientos aunque nos creemos las personas más racionales del mundo.

El coche-dron sobrevoló la capital, el viaje había sido demasiado corto.

Las calles se encontraban completamente desiertas, en estado de alarma. El vehículo se dirigió hasta el centro y aparcó muy cerca de la casa de Thomas Franklin.

Mientras descendían, las sombras ocupaban casi todo el entorno. Las únicas luces que brillaban eran las de la pequeña pista.

A unos pocos metros, de pie, con los brazos cruzados, los esperaba el fundador; dos soldados armados lo escoltaban. Sally pensó que ya no tenía esa imagen mesiánica de la primera vez que se vieron. Se había casi dejado persuadir, pero ahora al contemplarlo de nuevo, mientras se aproximaban, su figura oscurecida por las sombras le hizo sentir escalofríos, como si el mal mismo hubiera salido a recibirlos aquella noche.

38

Thomas Franklin se acercó sonriente, casi tan pletórico como un lobo a punto de abatir a su presa. Tenía los ojos hundidos, la mirada fría, como si la careta de cordialidad y afabilidad se hubiera convertido en polvo. La mujer sintió un escalofrío que le recorría toda la columna hasta la nuca.

—Sally Red, pensé que no volveríamos a vernos, aunque parece que el destino nos ha reunido de nuevo.

—Espero que no por mucho tiempo —añadió ella.

El hombre hizo un gesto de desprecio, pero enseguida recuperó su sonrisa.

—Por favor, ¿me acompañan? He preparado un pequeño refrigerio. Mi deber es siempre ser un perfecto anfitrión.

Thomas Franklin era del tipo de personas que nunca aceptaba un no por respuesta. Jamás había perdido y se sentía en la cumbre de su vida. Para él, aquella mujer era un pequeño aliciente. En el fondo detestaba que las cosas salieran de una forma demasiado sencilla.

Entraron en el salón donde habían cenado en varias ocasiones. Había una mesa para cuatro, algo que les extrañó.

—He supuesto que Philip, ¿o debería llamarlo agente Green?, se quedaría a cenar con nosotros. Si desea marcharse ahora mismo, no tiene más que tomar de nuevo el coche.

El agente no pensaba irse hasta que su amiga estuviera a salvo.

—¿Ha dado la orden para que el barco pueda navegar e irse de la isla? —preguntó Philip.

—Soy un hombre de palabra —respondió Franklin.

El hombre tomó un mando y se reflejó en una pantalla cómo el barco se alejaba por la costa.

—Gracias —comentó el agente.

—No les negaré que he sido muy magnánimo, pero todos hemos hecho lo correcto. Mañana viene a Utopía una comisión de la Unión

Europea. Han conseguido con todo esto que se interesaran aún más en nosotros. Desde la última pandemia la organización se ha estado agrietando por todos lados. La falta de un liderazgo fuerte, pero sobre todo de una ideología común, está a punto de llevarse por delante la unidad de décadas. Así de necio es el hombre.

Thomas Franklin apagó la pantalla y la sala estuvo de nuevo iluminada tan solo con las velas de la mesa.

—¿Por qué ha emponzoñado un proyecto noble con todas esas aberraciones? —preguntó Sally.

El hombre miró a la periodista. Le gustaba aquella energía. Si lograba que se uniera a su causa, Utopía habría ganado una luchadora infatigable.

—Nunca han entendido este proyecto.

—Ah no, claro que lo entendemos. Un hombre ambicioso que se cree infalible y que está dispuesto a todo para ocupar el poder. Es un maldito cliché. ¿No cree?

—El simplismo es el gran problema de su generación, señorita, les falta perspectiva y sobre todo leer más. Nietzsche decía que «La independencia no es un derecho, es un privilegio que corresponde a una minoría». En el mundo actual, todos se creen con derechos y piensan que pueden dar su opinión. La humanidad está rota, como el juguete de un dios airado. No podemos salvar al hombre, pero sí a un pequeño grupo, a unos elegidos. Imaginen el mundo gobernado por la gente que describió Thomas Moro. ¿No sería hermoso?

—No, sería tremendamente aburrido —le contestó Sally.

El hombre la fulminó con la mirada.

—Siéntense a cenar.

—No tengo hambre —contestó arisca Sally.

—Creo que va siendo hora de que se acostumbre a obedecer.

Los dos se sentaron. Uno de los sirvientes les ofreció algo de vino.

—Es un excelente vino argentino, espero que lo sepan apreciar.

Sally tomó la copa y se lo bebió de un trago.

—Creo que le ha gustado.

—¿Qué espera conseguir con todo este espectáculo internacional? —preguntó Philip.

—Son ustedes los que lo han provocado. Pusieron en guardia la

comunidad internacional atacando a un débil e indefenso país.

—Hablo en serio —insistió Philip—. ¿No tenía suficiente con dominar la isla? Es el dueño y señor de todas estas almas.

—Hay un tipo de hambre difícil de saciar —respondió Franklin —. No me digan que no saben a qué me refiero. El ojo nunca se sacia de ver ni el oído de escuchar. Codiciamos más y mejores cosas. El mundo rueda por la ambición.

—Entonces, ¿lo suyo es pura ambición? —pregunto Sally mientras le llenaban la segunda copa.

—No ambición en términos materiales. Ya saben que nunca en mi vida me ha faltado de nada. He estado rodeado de lujos, de riquezas, de amor y reconocimiento.

A la mujer le costaba comprender a lo que se refería. ¿Qué otra cosa podía desear? Decenas de miles de personas estarían dispuestas a morir por él, millones lo admiraban y lo tenían de modelo.

—Ya sé que no lo entienden todavía. Tendrán que perdonarme, pero deben ejercitar su paciencia.

—¿Para quién es esa silla vacía? ¿A quién esperamos? —preguntó Sally.

—¡Creo que la respuesta está justo cruzando el umbral! —exclamó el anciano con un cierto entusiasmo y sus característicos gestos teatrales.

Los dos se volvieron y observaron la puerta. Se dibujaba el contorno de una mujer embutida en un costoso traje de noche. Comenzó a andar hacia ellos, pero su rostro seguía sumido en las sombras.

—Hola, Sally.

La periodista se quedó sin aliento. Tomó un largo sorbo de la copa para intentar tranquilizarse, pero terminó manchándose la camiseta. Philip pareció palidecer de repente, mientras Thomas comenzó a reírse a carcajadas.

39

Amanda se acercó a la luz y contempló los ojos confusos de su hermana. Sally era una de las personas que más amaba en el mundo. Sentía haberla utilizado y puesto a prueba, pero estaba casi convencida de que terminaría por entenderla.

—Hola, Sally.

La mujer no supo cómo reaccionar. Hasta hacía un minuto pensaba que su hermana estaba muerta. Ahora parecía recién sacada de una revista de moda.

—Hola, Amanda.

—¿No me das un abrazo? —preguntó la hermana de Sally.

La periodista mostró su desconcierto antes de responder:

—¿Dónde coño te habías metido? ¡Joder, llevo días buscándote! He arriesgado mi vida por saber qué te pasaba.

—Lo siento, es algo complejo de explicar. Seguro que me comprenderás si te digo…

—No quiero escuchar más mentiras, quiero la pura verdad. No sé si en esta maldita isla alguien es capaz de contar algo que tenga sentido y que no esté manipulado.

Amanda se sentó en la silla que tenía reservada Su sonrisa enigmática ponía un poco nerviosa a Sally.

—Las cosas no son sencillas de explicar, pero te aseguro que no he querido jugar con tus sentimientos.

Por un instante el rostro de su hermana se ensombreció y Sally tuvo el impulso de lanzarse a sus brazos.

—Puedes empezar por contarnos por qué simulaste tu muerte —dijo Philip.

Hasta ese momento no había intervenido. Tampoco sabía cómo comportarse. En el fondo seguía amando a aquella mujer.

Amanda lo miró y su rostro se ensombreció.

—¿Con qué derechos te crees para hablarme así? Eres un maldito bastardo. Intentaste matarme. Me libré de puro milagro.

El hombre sintió el impulso de lanzarse hacia ella, aunque no estaba seguro de si lo que deseaba era estrecharla de nuevo entre sus brazos y sentirla cerca o estrangularla.

—Me engañaste —dijo Philip—. Te has acostumbrado a vivir entre mentiras y ya no eres capaz de distinguir lo verdadero de lo que no lo es.

—Thomas está intentando hacer algo bueno —se defendió Amanda—, algo que puede salvar a la raza humana, pero vuestras mentes obtusas no pueden comprenderlo.

Sally la escuchaba sorprendida. Sus padres las habían educado para que pensasen por sí mismas, con la idea de que la única forma de vivir en el mundo era creándose una opinión de las cosas, pero Amanda parecía totalmente cegada por su admiración a Thomas Franklin.

El anciano los observaba fascinado, como si estuviera contemplando una pelea de boxeo.

—Este hombre es el mismo diablo —dijo Sally—. ¡Por Dios, está matando a jóvenes para robarles la sangre! Es un sádico y asesino psicópata.

—¡Basta, no te voy a consentir que hables así! —gritó furiosa su hermana.

Después se puso en pie y se acercó hasta ella.

—El mundo no es de color de rosa, Sally, y tú deberías saberlo mejor que nadie. Los círculos del poder están absolutamente corrompidos, como las altas finanzas y los gobiernos. Si no hacemos las cosas de este modo, no podremos cambiar nada. Thomas simplemente está usando sus armas para vencerlos, pero cuando tengamos el poder, entonces sí que podremos cambiar las cosas, como hemos hecho aquí. —La mujer levantó los brazos, como si quisiera mostrarle todo lo que habían conseguido hasta el momento.

—¿Experimentos con humanos? ¿La creación de una élite, que domine a otra es tu mundo ideal? —dijo con ironía Sally—. Eso ya lo tenemos, no estáis inventando nada nuevo.

Amanda aproximó su rostro al de su hermana, amenazadora. Sally podía sentir su aliento.

—En eso estás equivocada, ya nada volverá a ser igual. Estamos creando un mundo completamente nuevo. ¡Te lo aseguro!

40

Sally nunca imaginó que llegaría un día en el que no sería capaz de reconocer a su propia hermana. Mientras la oía defender de aquella manera a Thomas Franklin y su descabellado experimento, se preguntó si aquel hombre había sido capaz de robarle el alma. Era consciente de que debían desbaratar sus planes: no podían consentir que se salieran con la suya y, mucho menos, que exportaran aquel fanático sistema de opresión programada al reto del planeta.

—¿Sabes lo que pienso? ¡Que te has vuelto completamente loca! Después de todo lo que ha sucedido, únicamente un fanático defendería una causa como la de Utopía. Este hombre —comentó señalando a Franklin—, es muy peligroso y tu deber es advertir al mundo.

Amanda hizo un gesto de contrariedad. De alguna manera había abrigado la esperanza de convencer a su hermana. Le costaba entender que no viera las cosas como ella, aunque Sally muchas veces había cuestionado sus decisiones, con aquel halo protector y de superioridad que siempre mostraba.

—Sabes que esto lo haremos con tu ayuda o sin ella. La diferencia es que pasarás años encerrada en una celda en Utopía; después te permitiremos convertirte en sierva. Seguro que entonces cambias de opinión. Tu orgullo y tu superioridad intelectual te impiden ver lo que ya hemos conseguido aquí.

Sally se mordió los labios para evitar que las lágrimas comenzaran a deslizarse por sus mejillas. Le dolía el corazón, sentía que todo lo que habían vivido juntas era poco más que un espejismo. Ya no tenía a nadie a quien acudir en este mundo.

Philip también parecía sorprendido. Conocía de una forma más profunda a la Amanda activista en Utopía, pero unos meses antes, al menos se cuestionaba algunas cosas. Parecía una mujer completamente diferente.

—Bueno, creo que han quedado clara las posturas —dijo

Amanda—. No esperaba que de la noche a la mañana fueras a cambiar de opinión. No me gustan las personas que toman decisiones radicales; en el fondo un convencimiento paulatino es mucho mejor.

—¡Jamás cambiaré de opinión!

La respuesta de Sally fue tan tajante que hasta el propio Franklin la miró sorprendido.

—Ya lo veremos.

Mientras seguían cenando en la capital, a pocos kilómetros de allí el barco de los rebeldes continuaba su progresivo alejamiento de Utopía. Lisa miraba desde la cubierta. En cierta manera, alejarse de la isla era alejarse de sus sueños. Sintió una profunda melancolía; todos habían puesto de su tiempo y esfuerzo para hacer aquel proyecto realidad.

La mujer escuchó unos siseos sobre sus cabezas, levantó la vista y observó unas luces rojas parpadeantes. Fue el único aviso antes de escuchar las primeras explosiones. El barco comenzó a arder por los cuatro costados. Varios drones les estaban disparando.

—¡Saquen las lanchas salvavidas! —gritó a sus compañeros.

Pero el caos ya se había adueñado de todo el barco. El fuego se extendía con rapidez por el suelo de madera, y los depósitos de combustible explotaban, añadiendo más leña al fuego.

Lisa miró al agua, era la única oportunidad que tenía de escapar con vida. Se subió a la barandilla, pero justo cuando estaba a punto de saltar, una explosión a su espalda la lanzó contra la pared metálica. Intentó abrir los ojos y arrastrarse, pero el fuego la rodeó por completo y en unos segundos su cuerpo se convirtió en cenizas.

En la capital, Thomas Franklin recibió un mensaje en su teléfono y sonrió complaciente.

—Bueno, creo que ya hemos eliminado el peligro.

Philip lo miró sorprendido.

—¿A qué se refiere?

El anciano le enseñó la pantalla. Podían verse claramente las imágenes del barco en llamas.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó el agente de la CIA mientras se abalanzaba sobre él.

Dos de los guardaespaldas no tardaron en reaccionar. Se lanzaron sobre el hombre y lo redujeron en el suelo.

—Tranquilo, no se ponga nervioso, no acepto negociar con terroristas. Para mí, usted no es mejor que un asesino. ¡Lleváoslo a una de las habitaciones!

Sally se puso en pie para impedirlo, pero al final optó por no hacerlo. Había ido hasta allí con una misión y la cumpliría.

—¿Quiere acabar como él? —le preguntó Thomas Franklin.

La mujer negó con la cabeza.

—Eso me gusta más. Ahora que ya no tendremos interrupciones, creo que es mejor que escuche atentamente.

—¿Puedo ir al baño?

El anciano se mostró molesto, pero le permitió salir del comedor. Uno de los guardas la siguió hasta la puerta.

—Prefiero hacerlo a solas.

El guardaespaldas se puso firme y ella entró en el aseo. Después cerró la puerta. Comprobó si había otra salida, recordaba una ventana que daba al lucernario de la casa. La abrió y calculó si podía deslizarse. Después se lanzó hacia fuera y se aproximó a la cocina. Una mujer preparaba todos los platos. Cuando se giró hacia el fregadero, ella se aproximó y lanzó unos polvos a los postres. Después regresó al lucernario y entró en el aseo justo un segundo antes de que el guardaespaldas abriera la puerta.

—¿Ya ha terminado?

—Sí, pero se llama antes. ¿O estabas interesado en verme desnuda?

El hombre agachó la cabeza y Sally regresó al salón.

Amanda miró a su hermana caminar hacia su sitio. Le pareció que se encontraba extremadamente delgada.

Dos de los camareros les sirvieron los postres. Thomas Franklin se relamió al ver la tarta de chocolate.

—Bueno, ¿qué es lo que quería proponerme?

El anciano sonrió y comenzó a comer con gusto el postre.

—La propuesta es muy sencilla.

Thomas Franklin tomó otra cucharada. Entonces comenzó a agarrarse la garganta y ponerse morado. Sufrió convulsiones en la mesa. Los guardaespaldas intentaron reanimarlo, pero parecía que el fundador de Utopía se estaba ahogando.

41

Amanda corrió hacia Thomas Franklin asustada. Los guardaespaldas intentaron reanimarlo, hasta que él les apartó las manos y se echó a reír.

—Tranquilos, esta zorra pensaba que me había matado. Tengo mucha alergia a las almendras, me imagino que te lo contó tu hermana.

—Lo siento, Thomas —se disculpó Amanda—, nunca pensé…

—Tranquila, no es culpa tuya. Tu hermana es una verdadera asesina. Lo que no comprende es que con cada acción como esa se acerca mucho más a nuestra forma de pensar y actuar. «Ojo por ojo y diente por diente».

Sally lo observaba abrumada. ¿Cómo era posible que hubiera sobrevivido? Le había puesto una dosis de almendras suficiente para haberlo matado al instante.

—Imaginé que tramabas algo —le confesó Franklin—, pero me lo confirmó el guardaespaldas, que te vio salir hacia la cocina. Simplemente sustituimos el plato por otro y el resto es mi magistral interpretación.

La mujer lo miró con desprecio.

—Creo que es el momento de dejaros a solas. Imagino que tendréis mucho de lo que hablar.

El hombre se puso en pie, dio un beso en la mejilla a Amanda y se retiró a descansar. Las dos mujeres se quedaron un momento mirándose sin hablar, parecía que estuvieran intentando leerse la mente una a la otra.

—¡Dios mío, Amanda, todo esto es una locura!

—¿Una locura? ¿Acaso no lo es continuar haciendo lo mismo y esperar un resultado diferente?

—Ese hombre está asesinando a jóvenes inocentes, experimentando con seres humanos. No puedes estar de acuerdo con todo eso.

Amanda se cruzó de brazos y se sentó al fin a la mesa. Hizo un gesto y los guardaespaldas las dejaron a solas.

—Vamos afuera, necesito que me dé un poco el aire.

Caminaron por el jardín, contemplaron la luz de la luna reflejada en el estanque.

—Tienes que admitir que todo esto es hermoso —dijo Amanda —. Cuando llegamos aquí hace años, era una isla desierta. Ahora es un pequeño paraíso.

—Ya, pero detrás de este hermoso telón hay la misma monstruosidad que allí fuera o peor. Al menos algunos regímenes no aspiran a crear un mundo feliz.

—Creo que Thomas ya te ha hablado de que lo mejor para llegar a la utopía es utilizar las mismas armas de los que no quieren que nadie cambie.

Sally se cruzó de brazos.

—¿Cambiar para qué? Una sociedad semiesclavista, en la que Franklin decida quién debe morir o vivir. ¿En qué se diferencia eso de la dictadura de Stalin o Mao?

—Ellos únicamente deseaban su gloria —respondió Amanda.

—¿Qué quiere tu amigo? —preguntó Sally.

Su hermana puso una sonrisa irónica.

—Hasta los peores dictadores creían en una moral construida por el hombre, pero siempre impuesta por los dioses.

—Ya sé que odias la religión. A mí tampoco me gusta —contestó Sally.

—El ser humano es algo maravilloso, una máquina casi perfecta —continuó Amanda—. Hemos conseguido juntos cosas increíbles, pero también hemos tropezado en los mimos obstáculos. Las culturas siempre se mueven entre el egoísmo y la avaricia, por un lado, el fanatismo y la intolerancia por el otro. El cristianismo introdujo algunos cambios positivos, pero cargó al mundo con la idea de pecado, creando una profunda insatisfacción en el hombre.

—¿Las sociedades que no son cristianas acaso lo han hecho mejor? —preguntó Sally.

—No, tampoco —respondió Amanda—. El ser humano ha sido capaz de luchar contra la naturaleza y conquistar el mundo: incluso, en cierto modo, ha dado sentido al planeta, pero hace tiempo que ha perdido el control.

—Sí —dijo su hermana Sally—, al principio creamos una realidad intersubjetiva, llamamos a esa realidad verdad y la sacralizamos. Es tan absurdo como crear un ídolo con tus propias manos y después inclinarte para adorarlo. Es como lo que tú haces con Franklin.

La mujer frunció el ceño. Tenía la sensación de que hablar con su hermana Sally era como hacerlo con una pared de granito.

—Lo que quiero decir es que nosotros pusimos las reglas, después nos atamos a ellas y estas han terminado por convertirse en nuestra cárcel. Todas esas ideas del bien y del mal, de lo correcto e incorrecto. Los códigos éticos, los principios humanitarios y los derechos del hombre son ideas absolutamente subjetivas.

—Pero sin ellos caeríamos en el caos —dijo Sally—. En cierto sentido, muchos de los problemas actuales son precisamente por esa falta de valores, por la desacralización del ser humano.

Amanda se sentó en uno de los bancos. La noche era cálida, el aroma de los jazmines y otras flores lo invadían todo.

—Esa realidad intersubjetiva es un simple acuerdo entre seres humanos, en el que es necesario que las dos partes proporcionen algo, intercambien cosas, acciones o sentimientos. El capitalismo ha pervertido eso, la fuerza de trabajo no es recompensada adecuadamente y ¿qué sucede? Se aliena al obrero, no se le permite que prospere a pesar de sus esfuerzos. Ahora estamos educando a los niños en una nueva intersubjetividad, pero que se ajuste más a las necesidades actuales de los seres humanos.

—Déjate de mierdas filosóficas —la cortó Sally con brusquedad —. ¿Qué tiene que ver eso con matar a gente inocente? Hay que sacar sangre a unos jóvenes pobres, para amasar dinero, con el fin de acabar con la injusticia. Es lo más absurdo que he escuchado jamás. Ese tipo ha matado a Lázaro Bush y a muchos más. Es un asesino, no un salvador. ¿Qué te ha sucedido, Amanda? ¿Te han programado?

La hermana se mordió los labios. Sabía que tenía en sus manos la vida o la muerte de Sally, aunque ella no creyese que era capaz de hacerlo.

—En el principio los seres humanos adoraron a los fenómenos naturales y animales que temían; después crearon dioses que explicaran el mundo; más tarde el monoteísmo destruyó al resto de

religiones y lleva más de dos mil años imponiéndose, pero en el siglo XVII surgió el humanismo moderno. Eso es en lo que tú crees, pero es una construcción humana tan subjetiva como las anteriores. Lo único que ha cambiado es que el ser humano ya no adora a Dios; ahora se adora así mismo. El humanismo es tu religión, lo único que cree es que los valores los crean los mismos hombres y no una fuente externa. Ahora queda un paso más allá, es justo lo que está consiguiendo Thomas.

—¿Qué está consiguiendo para que lo sigas ciegamente?

—¿No lo entiendes? —respondió Amanda—. Él está creando el Superhombre, el Deus homo, un dios humano, capaz de tener vida eterna.

Sally parecía perpleja. Había escuchado todos los mitos de la eterna juventud y lo que le habían contado sobre Thomas Franklin, pero no había llegado a creerlo. ¿Cómo iba a vivir un ser humano eternamente?

—Estáis todos locos.

—Thomas siempre dice algo que creo que te hará pensar —le dijo Amanda—. El ser humano hace mucho tiempo que renunció al significado de la vida. ¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué vivimos? Ahora lo importante es el poder, uno capaz de darnos atributos divinos. Lo primero, alargando nuestra vida y juventud, algo que ya estamos consiguiendo. Ahora vamos a intentar engañar a la muerte, crear seres increíbles, la capacidad de terminar con el hambre y todas las guerras.

Sally se sentía horrorizada. El ser humano llevaba miles de años soñando con todo aquello, pero ahora que estaba a punto de cumplirse no podía evitar sentir pánico. Se imaginaba dictadores inmortales y dioses humanos controlando a subhumanos creados en laboratorios para satisfacer todos sus caprichos.

—¿No te escuchas? Es terrible.

—Te estoy ofreciendo convertirte en una diosa —respondió Amanda—, gobernaremos el mundo junto a Thomas para siempre.

42

Sally se sentía agotada, aquellos malditos extremistas eran capaces de destruir el mundo por completo. En el fondo habían sustituido la religión primitiva por otra basada en el «Dataísmo», donde los grandes ordenadores y la tecnología eran capaces de hacer las cosas mejor que cualquier humano. En el fondo era la vieja creencia de un dios omnipotente, omnipresente y omnisciente, pero con el poder del algoritmo.

—Entonces, todo esto va de transhumanismo. Ese hombre te ha prometido la vida eterna y tú te lo has creído.

—Bueno —respondió Amanda—, los seres humanos llevan prometiendo eso a otros desde que el hombre es hombre, pero esta vez no es por un acto mágico o cosas mistéricas, se trata de pura ciencia. No somos más que máquinas. ¿Por qué no mejorar a las más capacitadas? Los más fuertes harán trabajos adaptados a sus capacidades, pero mejorando su fuerza y resistencia, los más capaces podrán desarrollar más su mente y vivir eternamente. Desde la *Epopeya del Gilgamesh*, uno de los primeros libros escritos por el hombre, pasando por todas las búsquedas del elixir de la eterna juventud y de la vida.

—¿A costa de qué? —preguntó Sally.

—Bueno, William Godwin ya habló en el siglo XIX de la posibilidad de la inmortalidad física, simplemente nosotros estamos a punto de conseguirla.

—Ese tipo de ideas llevó a la creación del partido nazi y el Holocausto —precisó Sally.

—Los nazis eran hombres primitivos, yo te estoy hablando de ciencia y tecnología. Ahora podemos hacerlo por medio de la ectogénesis, que es capaz de generar células más duraderas. Esos chicos que viste están conectados a una gran máquina que transforma sus células en casi inmortales. Los jóvenes tienen células menos deterioradas y más cantidad de células madre. Además

estamos consiguiendo también mejoras cognitivas, seres más sabios y haremos mejor las cosas.

—Es inmoral y una locura, Amanda. ¿Es que no lo ves?

—El lema de Thomas son las palabras del padre del transhumanismo, Julián Huxley, que describe su filosofía así:

«Hasta ahora, la vida humana en general ha sido, como Hobbes la describió, "desagradable, brutal y corta"; la gran mayoría de los seres humanos (si aún no han muerto jóvenes) han sido afectados por la miseria… podemos justificar la creencia de que estas tierras de posibilidad existen, y que las limitaciones actuales y las frustraciones miserables de nuestra existencia podrían ser en gran medida superado… La especie humana puede, si lo desea, trascenderse a sí misma, no solo esporádicamente, un individuo aquí de una manera, un individuo allí de otra manera, sino en su totalidad, como humanidad».

—Hay que parar esto. ¿Te da algún tipo de fármaco?

Amanda la observó decepcionada, lo había intentado, pero parecía que el caso de su hermana estaba perdido.

—Desisto, dejaré que Thomas se ocupe de ti. Tenemos otras técnicas; son más sofisticadas, pero hubiese preferido convencerte yo misma. El doctor William Hunter se ocupará de ti.

Unos soldados salieron de la nada y la tomaron por los brazos, como si hubieran estado esperando todo ese tiempo una orden de la mujer.

—Llevadla ante el doctor Hunter.

—¡No, espera!

—Es mejor para todos —insistió Amanda—. No te preocupes, el proceso es bastante indoloro.

—¡Por Dios, soy tu hermana! He dejado todo para venir a buscarte, estaba dispuesta a sacrificar mi propia vida. Ese tipo es un monstruo, pero para cuando lo descubras será demasiado tarde.

Amanda no hizo ni un gesto. Se llevaron a Sally de los brazos mientras forcejeaba e intentaba liberarse. Thomas se lo había advertido, no todos estaban preparados para sus nuevas enseñanzas. Tal vez el mundo no lo entendiera, pero ella sí. Juntos podrían cambiar el planeta y darle una oportunidad, antes de que las masas incontroladas de minúsculas y anodinas existencias esquilmaran por completo el único lugar en el mundo en el que por ahora podía

vivir el ser humano.

43

Steve Gates aún se encontraba dolorido cuando lo llevaron de nuevo a la capital. Lo habían separado del agente de la CIA poco después de que los encerrasen y, por los gritos que había escuchado, lo habían interrogado hasta terminar con él. En el trayecto hasta la ciudad no dejó de pensar en Sally y todo lo que habían hablado durante aquellos días. Hubiera dado cualquier cosa por irse de esa maldita isla, pero tal vez la mujer tenía razón y la única forma de terminar con un monstruo como Thomas Franklin era quedarse y luchar. Aunque la pregunta que se había hecho más aquella semana infernal era si en el fondo su empresa y su vida eran diferentes a las de aquel psicópata. Steve Gates había pasado de ser un joven soñador que había estudiado informática para cambiar el mundo a ser un magnate. Ciertamente era altruista y amante de las causas perdidas. Por un lado gente como él se hacía con toda la riqueza del mundo, manipulaba a millones de personas con sus algoritmos, sin que estas tuvieran apenas la oportunidad de resistirse. Después de amasar miles de millones de dólares, él devolvía parte de esa riqueza, pero también en esa actitud había una clara intención de moldear el mundo a su imagen y semejanza. A medida que los algoritmos se perfeccionaban y lograban manipular a la mayoría, creando necesidades inexistentes, haciendo adictos a las nuevas tecnologías y las redes sociales a una población que, cada vez pensaba menos por ella misma, tenía poco tiempo para reflexionar y ser crítica. Por si todo esto fuera poco, además ahora estaban controlados por *apps* que supuestamente los protegían de contagios, les facilitaban la vida dándoles las rutas para viajar o les medían los pasos. A las grandes multinacionales como las suyas, lo único que en el fondo les importaba era controlar la información.

La primera vez que había escuchado los argumentos de Jaron Lanier, al que conocía muy bien, le había parecido que exageraba y que además se comportaba como un cínico. Jaron era uno de los

pioneros de Internet y asesoraba a empresas desde hacía años, pero no aceptaba el giro controlador que la red había tomado en los últimos tiempos, poniéndose incluso al servicio de agencias como la CIA o gobiernos dictatoriales.

Jaron tenía su propio decálogo de razones para no tener redes sociales, que se habían convertido en la mayor fuente de información para la empresas, facilitando por dinero los gustos y secretos de sus clientes, pero algo parecido podía decirse de la telefonía inteligente y la robotización de la vida.

La primera razón para escapar de Internet era que esta te robaba poco a poco tu capacidad del libre albedrío, o lo que es lo mismo, tener verdadera libertad de decisión. La segunda razón era para evitar caer en la locura de nuestro tiempo, aunque cada generación tenía que luchar con sus propias contradicciones, lo que para Steve Gates era casi inevitable. Para Jaron, las redes sociales limitaban el intelecto de los que las usaban, robándoles el tiempo para hacer cosas más importantes y reflexionar. Además, las redes sociales minaban constantemente la verdad, propagando falsos rumores y noticias; además de hacer irrelevantes nuestras opiniones, robándonos la empatía, creando infelicidad, fomentando la desigualdad, entorpeciendo el funcionamiento de la política y en el fondo, azuzando el odio hacia cualquiera que no se adecuara a los convencionalismos aceptados por la mayoría.

Steve Gates se preguntaba si en el fondo las cosas habían sido distintas algunas veces. Él creía que no, al menos en la forma. En el fondo las redes sociales no eran otra cosa que el patio de vecinos criticones y mediocres que intentan trivializar todo y destruir a cualquiera que se saliera de la media.

El hombre escuchó un ruido y se quedó callado. Después vio luz por debajo de la puerta. En cuanto se hizo de nuevo el silencio, se acercó a la rendija de la puerta y gritó:

—¡Hola! ¿Eres tú, Sally?

—No, soy Philip —contestó el agente.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido con los rebeldes?

—Están muertos. Franklin prometió que los dejaría irse si no atacábamos la ciudad, pero nos engañó a todos. Sally y yo regresamos para acabar con el fundador, pero nos ha atrapado.

Gates se sentó en la cama. Aún aguardaba la esperanza de que

los rescatasen, pero ahora todos estaban encerrados.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—No lo sé, puede que nuestra amiga haya conseguido terminar con ese tipo. Es una mujer decidida. Además hemos descubierto que Amanda está viva.

—Es increíble —dijo Gates—, ahora toda la comunidad internacional sabe lo que ha sucedido, también que nos tienen retenidos.

—Las autoridades de Utopía se limitarán a comentar que nos asesinaron los propios rebeldes —dijo Philip—. En unas horas llegará a la isla una comisión de la Unión Europea y de la ONU. Casi todos los países han prestado su apoyo a Franklin.

El magnate no se sorprendió demasiado. Sabía perfectamente lo fácil que era manipular a la opinión pública en un momento como aquel.

Después de algo más de una hora en silencio, escucharon de nuevo gente en el pasillo. Reconocieron enseguida la voz de la mujer, gritando y chillando a sus captores.

—¡Soltadme! ¡No tenéis derecho!

Después, una de las puertas de las celdas, y más tarde de nuevo el silencio.

—¡Sally! ¿Te encuentras bien? —preguntó Philip.

—¡Mierda! No sé qué le ha hecho ese maldito cerdo a mi hermana. Es como si le hubiera lavado el cerebro.

—Es muy posible que lo haya hecho —dijo el agente—. Desde hace más de cincuenta años se investiga la manera de alterar el comportamiento.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gates.

—No lo sé, pero debemos abandonar la isla antes de que se marche la comisión. Tal vez sea la última oportunidad que tengamos de escapar con vida.

El hombre sabía que Sally tenía razón, la comisión los escucharía, o tal vez podrían intentar escapar junto a ellos, aunque primero debían buscar la forma de salir de esas malditas celdas.

44

El resto de la noche fue tranquila, apenas se escuchaba el susurro del viento colándose por debajo de las rendijas de las puertas, hasta que a primera hora oyeron pasos en el pasillo.

—Creo que vienen a por mí —dijo Sally—. Intentaré escapar y sacaros lo antes posible de aquí.

Los soldados abrieron y tras esposar a la mujer se la llevaron hasta la primera planta. Llamaron a una puerta roja y entraron sin esperar respuesta. Un hombre calvo, con perilla y gafas redondas miraba unas jaulas con cobayas.

—Doctor Hunter, aquí está la paciente.

—Gracias. Por favor, siéntenla a esa silla.

Los dos hombres le quitaron las esposas, pero ataron sus tobillos y muñecas a una sólida silla de madera. Después abandonaron la habitación.

—Señorita Sally Red, si no me equivoco.

La mujer no se molestó en contestar.

—Hermana de Amanda Red, imagino. De hecho se parecen un poco físicamente. He estudiado su caso con detenimiento. Mi amigo el señor Franklin me habló de usted desde que la conoció. Lo tiene fascinado y se pregunta cómo podemos hacer para enfocar toda esa energía que parece poseer a favor de nuestro proyecto. No la voy a engañar, aquí no consigo milagros. Sin duda podemos cambiar el comportamiento y manipular la mente, pero no todos somos susceptibles a esos cambios.

Sally lo miraba furiosa, como una fiera que intenta escapar de todas las maneras posibles de su cautiverio.

—La manipulación mental ha existido siempre, querida. Nuestros padres consciente o inconscientemente intentaron manipular nuestro comportamiento, incluso doblegando nuestra personalidad y carácter. Sabemos que el aprendizaje anterior a los cinco o seis años es muy difícil de modificar, ya que lo asimilamos

de manera inconsciente. Hoy jugaremos con su sentido de la realidad, de la verdad y sus emociones. Nuestros pensamientos tienen un comportamiento emocional mucho más importante de lo que cabría imaginar.

—Es usted otro de los matasanos de Franklin —le soltó Sally—. Veo que la escoria científica del planeta ha venido a vivir a Utopía.

El hombre mostró una sonrisa ratonil, con sus dientes pequeños color café con leche.

—En ocasiones, lo que la sociedad desprecia es más bien la genialidad. Me gusta comentar a mis pacientes el proceso antes de aplicarlo. No le negaré que disfruto con todo esto. Siempre me ha costado convencer a la gente, no tengo ese don, pero en cambio la manipulación y el control mental son mi pasión. Un tío lejano mío, Edward Hunter, fue el primero en utilizar el término «Lavado de cerebro» para referirse a los cambios de comportamiento que el Gobierno chino conseguía con sus opositores en los años cincuenta, pero los nazis fueron unos grandes maestros en estas técnicas. Al igual que ciertas sectas y grupos religiosos.

—Sin duda Utopía es una apestosa secta —dijo Sally.

El hombre le sonrió y se sentó enfrente.

—Los chinos fueron perfeccionando su sistema de lavado de cerebro, al que los especialistas suelen denominar «control mental». Imagine lo útil que será esta técnica para cambiar el comportamiento criminal.

—Entonces —dijo Sally—, debería probar en primer lugar con su jefe.

—La cultura china siempre ha defendido el control mental —siguió el doctor Hunter—. De hecho la idea taoísta de limpiar o lavar el corazón y la mente se refiere a esto. Durante la guerra de Corea se sometió a varios prisioneros estadounidenses a técnicas de lavado de cerebro. Muchos de ellos, cuando regresaron, colaboraron secretamente con el Gobierno chino. De hecho, en 1953 Robert Jay Lifton hizo un estudio a militares que habían estado prisioneros en China y se les había aplicado técnicas de lavado de cerebro. Jay llegó a la conclusión de que el cambio de mentalidad volvía normalmente a su estadio anterior, sobre todo si las personas manipuladas regresaban a su entorno. Ya sabrá que los Estados Unidos crearon su propio programa de manipulación mental

llamado Proyecto MKUltra. Lo que incluyeron los estadounidenses fue el uso de drogas psicodélicas como el LSD. Aunque el caso más conocido de lavado de cerebro fue el de Parry Hearst, que tras ser secuestrada en 1974 por el Ejército de Liberación Symbionese se unió a su causa. Pero estas técnicas suelen funcionar únicamente con personas manipulables y débiles, que imagino que no es su caso.

—No creo que consiga lavarme el cerebro —lo retó Sally.

La arrogancia de la joven lo excitaba aún más.

—Para usted tendremos que emplear algunas de las técnicas mostradas por la neurocientífica y fisióloga Kathleen Taylor. El secreto está en sus conexiones neuronales. Si logramos que sean más rígidas y unidireccionales, conseguiremos implantar ciertas ideas y pensamientos en su mente. Lo cierto es que funcionó a la perfección con su hermana e imagino que su composición neuronal será parecida.

El hombre se volvió y tomó algo de una mesa. Después se acercó y abrió la boca de la mujer.

—Esto nos ayudará.

Sally se revolvió, pero no logró zafarse. El doctor le cerró la boca y la obligó a tragar.

—Tarda un par de minutos en hacer efecto. Le he dado la cantidad justa; una sobredosis convertiría su cerebro en un queso de gruyere. Lo malo de este sistema es que tiene que darse la solución durante toda la vida, sin que el paciente lo sepa.

La mujer intentó sacar una de las manos de la correa, mientras el doctor se dirigía al fondo de la sala. Logró liberar la mano y desatarse la otra y los pies. El doctor se dio la vuelta y se encontró de frente con la mujer.

—Creo que es el momento de que pruebe su medicina —dijo Sally.

La mujer lo obligó a tomar una buena cantidad del líquido verdoso y el hombre se derrumbó en el suelo.

Se sentía mareada mientras se dirigía hasta la salida. Había cogido un bisturí, aunque tenía la esperanza de que no hubiera nadie en la puerta del laboratorio.

45

Mientras recorría el pasillo desierto y se dirigía a las escaleras, sentía que su cabeza entraba lentamente en una especie de nebulosa. Se apoyó en el pasamanos y bajó el ritmo. Después bajó las escaleras que parecían moverse bajo sus pies. Al llegar a la planta baja se sintió un poco confusa; los guardas la habían llevado a toda velocidad y los tres pasillos eran exactamente iguales. Al final optó por el central y, cuando llegó casi al final, comenzó a llamar a sus amigos.

—¿Dónde estáis?

—Aquí, Sally.

La voz sonó amortiguada por la puerta de acero, pero se apoyó en ella y abrió el cerrojo. El rostro de Philip brilló bajo las luces de los fluorescentes. Después abrieron a Gates, que parecía aún débil por su herida.

—Tú has vivido aquí más tiempo —dijo Sally—. ¿Sabes dónde nos encontramos?

—Nunca he estado aquí dentro, pero por el camino de anoche, debemos estar cerca del parlamento.

—Ok, pues tenemos que encontrar otras ropas, unas gorras y gafas de sol.

Caminaron por el otro pasillo hasta llegar a una zona en la que se leía «Vestuarios».

Se cambiaron rápidamente y salieron a la soleada calle. Como había predicho Philip, el parlamento estaba justo enfrente. En la acera había una muchedumbre. La policía había colocado unas vallas protectoras y, antes de que lograran avanzar, entre la multitud observaron una comitiva con cuatro coches negros que paró enfrente.

—Debe de ser la comisión.

Steve Gates se volvió al escuchar a la mujer, se puso de puntillas y miró al grupo de hombres y mujeres que descendían de los

vehículos.

—¡Dios mío! Conozco a esa mujer: Susan Harris, es una de las altas comisionadas de las Naciones Unidas.

—¿Piensa que podríamos confiar en ella? No tardarán mucho en echarnos en falta —preguntó Philip.

—Eso espero. Apoyé varios de sus proyectos más importantes en África. Estuvimos una semana juntos en el Congo.

—Lo difícil será verla a solas —dijo el agente.

—Bueno, Philip, yo podría entrar y hablar con ella —se ofreció Sally.

—Es muy peligroso. Además te veo mareada.

—Un doctor chiflado me dio algo para conseguir controlarme mentalmente. Ahora es él quien tiene la mente anulada. Amanda ha sido manipulada, tenemos que sacarla también de aquí.

—¿Te has vuelto loca? No querrá, puede que termine delatándonos.

—Robé algunos tranquilizantes, la dormiremos.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Philip.

—Espero que podamos recogeros en uno de esos coches en el Mirador antes de una hora.

—Pero Susan Harris no la conoce —comentó angustiado Steve Gates.

—No se preocupe, la convenceré.

—Te acompaño, conozco mejor el edificio y tendremos que cargar con a Amanda.

Sally aceptó la oferta de Philip, aunque no le hacía mucha gracia dejar solo a Gates. Después cruzaron la calle. El hombre le hizo una seña y se dirigieron a un lateral.

—Siempre es mejor entrar por la puerta de servicio. No suele estar tan vigilada.

Esperaron a que alguien saliese y se colaron con disimulo. En las cocinas se estaba preparando un *catering* para los invitados. Robaron un chaleco y una chaquetilla de camareros y entraron en el salón en el que se hacía la recepción. Los comensales estaban dispuestos en mesas redondas, mientras Thomas Franklin daba la bienvenida a la delegación.

Lograron localizar a la mujer, y Sally vio a su hermana.

—Ve tú a por la comisionada de la ONU, yo intentaré sacar de

aquí a Amanda.

La mujer se dirigió hacia la mesa en la que se encontraba su hermana, le derramó unas copas y ella se enfadó. Se levantó de la mesa y salió despavorida hasta el baño. Sally la persiguió y entró detrás de ella.

—Amanda.

—¿Has sido tú? ¿Qué haces aquí?

—He descubierto algo —dijo Sally.

—Nunca te rindes. ¿Verdad?

—Te han hecho un lavado de cerebro. ¿Te suena el nombre del doctor Hunter?

—Avisaré a los escoltas.

Sally le metió dos pastillas en la boca y la obligó a tragar. La mujer se resistió un poco, pero terminó por desmallarse. La sacó del baño apoyada en su hombro. Hasta que se cruzó con otro camarero.

—Ayúdame, la mujer se ha desmayado.

Caminaron hasta la parte trasera. Ya los esperaba Philip con la comisionada.

—No entiendo lo que está sucediendo. ¿Dónde está el señor Gates?

—Nos espera en un lugar discreto. Lo que tiene que contarle es muy grave.

La comisionada se acercó a su chófer y le pidió que los llevase al Mirador. El vehículo cruzó la avenida principal. Sus cristales tintados los protegían de las miradas curiosas.

—¿Esta no es Amanda Red? Hablé con ella hace unos meses en Nueva York.

—Sí, yo soy su hermana Sally Red, periodista de *Los Angeles Times*. Llevamos más de una semana retenidos en la isla y hemos descubierto algunas cosas terribles, pero el mismo señor Gates se lo explicará.

Unos veinte minutos más tarde se encontraban frente al mirador. Mientras ellos permanecían en el coche Gates, la informó de todo lo sucedido y le enseñó algunas de las fotos y vídeos.

—Pero eso es terrible.

—Susan, tiene que sacarnos de aquí antes de que nos maten. Thomas Franklin es capaz de cualquier cosa.

—Tomaremos la avioneta de la ONU. Nuestros delegados

pueden irse con los de la Unión Europea. Les mandaré un mensaje diciendo que les ha pasado algo a mis hijos.

—Gracias.

Se montaron todos en el coche y se dirigieron hacia el aeropuerto. Temían que los descubrieran en cualquier momento, pero lograron entrar en el avión sin problemas. El piloto recibió la orden de vuelo.

—Iremos directamente a Nueva York —les indicó la comisionada.

El avión se dirigió lentamente a la pista mientras todos se acomodaban en los asientos. La tensión se respiraba en el ambiente. Sally miró por la ventanilla. No se sentiría segura hasta que estuviera fuera del espacio aéreo de Utopía.

El aparato ascendió rápidamente, comenzó a sobrevolar la isla y a los pocos minutos se dirigió al noroeste. Pudieron contemplar Cuba y más tarde Los Cayos de Florida. Entonces respiraron tranquilos.

—¿Ha convocado una rueda de prensa en cuanto aterricemos? —preguntó Gates a la comisionada.

—No, por Dios. Primero mi equipo tiene que analizar las pruebas. Si lanzamos la información sin contrastar, el señor Franklin podría defenderse y sería contraproducente.

El hombre parecía decepcionado y preocupado.

—No se preocupen, ahora están bajo la protección de la ONU y no puede sucederles nada malo.

Philip suspiró. Sabía que los tentáculos del fundador eran capaces de llegar a los lugares más recónditos del poder. Nunca había que subestimarlo. Después se recostó en el asiento y por primera vez en meses tuvo un largo y plácido sueño.

46

Mientras su avión aterrizaba en un aeropuerto privado a las afueras de Nueva York, ninguno de los tres podía sentirse más contentos. Amanda aún permanecía inconsciente cuando la seguridad de la comisionada los llevó hasta una de las casas que la ONU utilizaba en la ciudad para ocultar a personas amenazadas por grupos terroristas. El edificio era una espectacular mansión con vistas a Central Park. Entraron por el garaje y el servicio los ayudó a transportar a Amanda a una de las habitaciones. Después se reunieron todos en el amplio salón.

—Bueno, espero que entiendan que he arriesgado mucho al sacarlos de forma clandestina de un país extranjero. Afortunadamente todos ustedes son estadounidenses. Su hermana también lo es, ¿verdad?

Sally afirmó con la cabeza, aunque no estaba del todo segura si había renunciado a su nacionalidad.

—No podrán salir de aquí bajo ningún concepto, tampoco comunicarse con el exterior. Llevaré sus pruebas hasta el mismo presidente de la ONU y las desvelaremos a los gobiernos de los países más influyentes. Entiendan que tenemos que armar muy bien el caso antes de lanzarlo a la luz pública.

Los tres estuvieron de acuerdo.

—Ahora descansen. Pueden pedir lo que deseen para comer, hacer deporte en el gimnasio del edificio o ver la televisión.

—Muchas gracias por todo —comentó Steve Gates estrechando la mano de la mujer.

—De nada. Lo que está sucediendo en Utopía es muy grave y el mundo tiene que saberlo cuanto antes.

Susan Harris salió del amplio salón y los tres se quedaron en silencio. Philip se sentó en uno de los sillones y el resto no tardó en imitarlo.

—Creo que deberíamos dormir algo —dijo Steve Gates, que

parecía el más agotado de los tres. Además, seguía recuperándose de sus heridas.

—¿Pensáis que es buena idea quedarse aquí? —preguntó Sally —. Yo necesito hablar con el jefe de redacción, también buscar ayuda profesional para mi hermana.

—En Estados Unidos tengo un equipo de guardaespaldas muy eficaz —dijo Gates—. Además, quiero que un buen cirujano vea mi herida. Esta noche la pasaré aquí, pero mañana volaré a California. Puedo llevarla si quiere.

—Yo regresaré a Virginia, para contactar con la Agencia —dijo Philip.

Los tres se marcharon a la cama. Sally dormiría en la misma habitación que su hermana. En cuanto posó la cabeza sobre la almohada que quedó profundamente dormida. No volvió a despertarse hasta que escuchó a su hermana moverse en la cama de al lado.

—¿Dónde estamos? ¿Se puede saber qué has hecho?

Sally levantó la cara somnolienta y miró a su hermana. La luz del sol penetraba con fuerza por la ventana.

—Estamos en los Estados Unidos. Tenía que sacarte de allí. Thomas Franklin te ha estado dando un tratamiento para alterar tu voluntad.

Amanda se sentó en la cama, le dolía la cabeza y se sentía un poco mareada.

—¿Quién diablos eres tú para secuestrarme? Nadie me obligaba a permanecer en Utopía. Llevo años luchando por ese proyecto.

—Philip me contó que tenías dudas, que estabas a punto de dejarlo todo.

—Pues te mintió. Ya te he comentado que me disparó cuando pensó que lo denunciaría. Esa es la única verdad. Tomaré el próximo vuelo hacia República Dominicana o pediré a Thomas que envié un avión.

Amanda se puso en pie y comenzó a colocarse los zapatos.

—No puedes salir de aquí, estamos inmersos en una investigación de la ONU. Tu amigo nos ha amenazado de muerte. Si conoce nuestro paradero, no dudará en acabar con nosotros.

—Ese no es mi problema; vosotros os lo habéis buscado.

Sally se interpuso en la puerta. Amanda la miró fijamente.

—¡Aparta! Siempre has intentado controlarme, impedir que volase sola, pero eso se ha acabado.

Philip abrió la puerta y sin esperar a ningún comentario les dijo:

—Venid a ver lo que está saliendo por la televisión.

Ambas lo siguieron por la casa hasta el salón. Steve Gates los esperaba sentado mientras tomaba un zumo de naranja. Sobre la mesa principal tenían preparado un impresionante desayuno.

Los cuatro se quedaron hipnotizados observando la pantalla.

«Noticias de última hora. La ONU y la Unión Europea han pedido a Thomas Franklin, presidente fundador de Utopía, que se presente en la sede de la ONU en Nueva York para mostrar su plan de choque contra la pobreza, las desigualdades sociales, el cambio climático y la crisis económica. Un preacuerdo sin precedentes; casi un centenar de países de todo el mundo está dispuesto a ceder parte de su soberanía, para aplicar los avances conseguidos en apenas dos años en Utopía. En las últimas horas, la isla ha pasado de una amenaza terrorista a convertirse en el modelo a seguir por todas las naciones de la Tierra. El Papa ha mostrado su apoyo al nuevo proyecto de coordinación a nivel mundial. Los tres únicos países que se han opuesto son los Estados Unidos y China; Suiza ha anunciado que ella tampoco se unirá al proyecto que será hoy mismo votado en la sede de la ONU mediante una reunión plenaria. Ningún país podrá vetar el resultado de la votación. En dos horas Thomas Franklin llegará a la ciudad. Seguiremos informando».

Amanda comenzó a reírse.

—¿Aún no lo habéis entendido? Utopía es el futuro y nada podrá parar eso.

Steve Gates se puso en pie y apagó el televisor.

—¿Qué vamos a hacer?

—Impedirlo como sea —contestó Sally.

—Querida hermanita, ¿todavía no has comprendido que no se puede parar la historia?

47

Amanda buscó un teléfono por toda la mansión, pero ninguno estaba activado. Después se dirigió a la zona de servicio. Disimuladamente entró en los vestuarios y buscó entre la ropa de los camareros y cocineros algún teléfono móvil. Logró hacerse con uno, pero estaba bloqueado. Lo dejó de nuevo en el sitio y entró en la cocina. Un hombre latino miraba su teléfono mientras descansaba del servicio de desayunos.

—¿Puede prestarme el teléfono?

—No nos permiten hacerlo.

—Por favor, es una cosa urgente.

El cocinero miró a ambos lados y después se lo entregó.

—Tiene un minuto, no quiero meterme en líos.

La mujer marcó el teléfono de Thomas Franklin. Esperó unos segundos, hasta escuchar la voz del hombre.

—¿Quién es?

—Thomas, soy Amanda. Me encuentro en Nueva York, mi hermana me secuestró. Intentaré encontrarme contigo en la sede de la ONU.

Se hizo un silencio, como si el fundador estuviera pensando en cómo reaccionar.

—Está bien, pero espero que no me hayas traicionado. Ya sabes que no soporto a los judas.

—No, por favor, sabes que siempre te he sido fiel. ¿A qué hora llegas a Nueva York?

—Estoy volando sobre Carolina del Sur, no creo que tardemos mucho. ¿Están contigo?

—Sí.

—Entonces quédate, mandaré un equipo para liberarte y capturarlos a todos.

—Déjalos, nadie los creerá —dijo Amanda—. Será mejor que pasemos página.

—No, querida, Sally puede sernos de gran ayuda. Con respecto a los otros, será mejor que no molesten más.

Amanda escuchó cómo Thomas colgaba el teléfono y se quedó unos segundos con él en la mano, como si intentara asimilar lo que el fundador le pedía.

—Gracias —le dijo al empleado.

Le entregó el móvil y regresó al salón. Los tres continuaban haciendo sus planes, ignorando el destino que los esperaba.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —propuso Steve Gates.

Quería esfumarse, no creía que pudieran parar a ese hombre.

—Ahora lo único que os importa es salvar el pescuezo —dijo Philip.

Philip miró a Sally y después a Amanda, que entraba en el salón.

—No es fácil confeccionar un plan. ¡Maldita sea! No podemos hacer mucho, el Gobierno no querrá eliminarlo en suelo estadounidense. Ya sabéis lo que eso significa, sería un problema político sin precedentes.

Sally salió del salón refunfuñando y su hermana la siguió. Subieron a la azotea y contemplaron juntas el parque.

—Es mejor que desistas, no podrás vencer a Thomas. ¿No eres consciente de que siempre va dos pasos por delante? Puede que no te gusten sus métodos, pero es el hombre más inteligente de esta generación y sus planes salvarán a millones; qué digo, a cientos de millones.

—No se puede permitir un poco de mal para conseguir un bien mayor —dijo Sally—. Es inmoral.

—Venga, Sally, es como cuando mentíamos a nuestros padres. No queríamos preocuparlos.

—Toda nuestra familia vivía de espaldas a la verdad —dijo Sally —, pero no creo que eso sea lo mejor. Thomas Franklin gobernando el mundo, por Dios, prefiero antes a la República Popular China.

—Si no puedes evitar lo inevitable, al menos intenta mejorarlo —respondió su hermana—. Estoy convencida de que Thomas aceptaría tus sugerencias. Siempre ha querido enrolarte en nuestro proyecto.

Sally miró sorprendida a su hermana.

—Te ha manipulado desde el principio y, cuando ya no podía

seguir haciéndolo, entonces te puso un tratamiento de control mental y lavado de cerebro. No veo mucho idealismo en todo eso.

Amanda sabía que su hermana tenía razón. Puso su brazo sobre el hombro. Por primera vez en todo ese tiempo, volvía a sentir que estaban más cerca. Sally apoyó su cabeza en el hombro, justo cuando comenzaron a sonar los disparos.

48

Las dos mujeres reaccionaron al instante. Sally dio un salto y se apartó de su hermana; acto seguido miró a la calle.

—¿Qué has hecho? ¿Has vuelto a traicionarnos?

—Lo siento, no hay otra salida —contestó Amanda encogiéndose de hombros.

—Joder, sí la hay, siempre la hay.

La mujer corrió escaleras abajo. Philip y Gates estaban en el salón sin saber qué hacer.

—¡Mierda! ¿Qué está pasando? —preguntó Philip.

—Son los hombres de Franklin; Amanda los ha llamado —respondió la mujer.

—No tenemos armas —dijo Philip.

—Abajo hay varios guardaespaldas —dijo Gates como si estuviera intentando tranquilizarse.

Philip abrió la ventana. Estaban demasiado altos para saltar al jardín, aunque en última instancia fuera la única salida.

Escucharon más disparos y a gente que corría por las escaleras. Después abrieron las puertas.

—Vengan por aquí, rápido —les dijo uno de los guardaespaldas.

Lo siguieron por un pasillo; todos menos Amanda, que permanecía en la azotea. El hombre abrió una puerta disimulada en una pared.

—Esta puerta los lleva hasta el garaje. Intenten coger un coche y escapar. Ya hemos avisado a la sede de la ONU.

Mientras bajaban la escalera de espiral, Philip se preguntaba si podían fiarse de la ONU. En el fondo lo único que habían hecho era retenerlos hasta que la votación aprobara la propuesta de Thomas Franklin.

Llegaron al garaje y escucharon nuevos disparos. Philip montó en el primer coche, un Mercedes muy grande de color negro. Sally estaba a punto de entrar cuando escuchó disparos sobre su cabeza y

se agachó.

El agente pulsó el mando y comenzó a abrirse la puerta del garaje, mientras Steve Gates intentaba entrar por el otro costado del coche.

Una ráfaga de disparos agujereó el maletero y Gates se introdujo en el coche. Sally intentó levantarse, pero era imposible; cada vez que asomaba la cabeza, volvían a disparar.

La puerta del garaje se abrió por completo y el coche comenzó a moverse.

—¡Por Dios, sube al coche! —gritó Philip.

Sally abrió la puerta. Pero antes de que lo lograse sintió como la alcanzaban en el hombro, cayó al suelo y el coche salió a toda velocidad.

La mujer lo vio alejarse. Sentía un dolor intenso en el hombro que la paralizaba. Los soldados de Thomas Franklin la levantaron del suelo y casi se desmayó por el dolor. Entonces escuchó la voz del doctor William Hunter.

—Me alegro de verla de nuevo. Menos mal que logré tomarme un antídoto; si no, tendría la capacidad mental de una medusa.

La mujer miró aterrorizada a aquel hombre.

—Primero le curaremos ese hombro y después terminaré el trabajo con usted. Le aseguro que es el mayor reto al que me he enfrentado.

Los soldados la metieron en un gigante Cadillac gris. Amanda los esperaba dentro. Se asustó al ver a su hermana herida.

—No se preocupe, es superficial —comentó el doctor Hunter.

Sally la miró con una mezcla de rabia y dolor.

—Tome su pastilla, Amanda, ya sabe que no puede estar tanto tiempo sin el tratamiento.

La mujer la tomó con la mano y se la metió en la boca.

—Antes de ir al Hotel Mandarín, nos pasaremos por una clínica para solucionar lo del brazo. Después se dirigirá directamente a la sede de la ONU. Franklin la esperará allí.

Amanda afirmó con la cabeza. Miró por la ventanilla. El estrépito de Nueva York parecía imperturbable, nadie parecía intuir el cambio que se produciría en cuanto Thomas Franklin llegara al poder. A veces, los grandes cambios de la historia suceden sin que nadie parezca darse cuenta, pensó mientras miraba de reojo a su

hermana, que no dejaba de quejarse al otro lado del coche.

49

Philip recorrió las calles de Nueva York a toda velocidad. No paró hasta encontrase a varias manzanas de distancia. Aún no podía creer que hubiera tenido que abandonar a Sally, herida, con aquellos canallas. El hombre se volvió y miró a Steve Gates. Se sujetaba el costado. La sangre le había teñido las manos, la camisa y el asiento del coche.

—¿Cómo estás?

—Necesito ir a un hospital —logró susurrar.

Philip pensó en cuál se encontraba más cerca y arrancó de nuevo el coche.

—No sé si llegaré con vida. Quiero que grabes un mensaje para mi familia y mis últimas voluntades.

—Llegaremos a tiempo —quiso tranquilizarlo Philip.

—¡Maldita sea, haz lo que te pido!

El hombre comenzó a toser y retorcerse de dolor.

Philip conectó la grabadora de su teléfono.

—Soy Steve Gates, grabo este mensaje como acto último de mi voluntad. Lo primero, mandar todo mi amor a mi esposa e hijos. Siento mucho marcharme de esta manera. He cometido muchos errores como padre, esposo y empresario, les pido perdón a todos a los que he ofendido o perjudicado. He sido afortunado amando a la mejor mujer del mundo. Sé que cuidará a toda la familia en mi ausencia. Queridos hijos, manteneos siempre fieles a vuestros principios y jamás os canséis de amar, aunque os duela. Tras mi muerte dedicaré la mitad de mi fortuna personal a la defensa de los derechos individuales y de todos aquellos que quieran escapar de Utopía y su sistema opresor. Esta es mi voluntad, Steve Gates.

Cuando dejó de hablar, el hombre parecía completamente agotado. Philip divisó al fondo de la calle el hospital.

—Ya llegamos, Gates.

—No importa, he vivido lo suficiente y he sido afortunado. Por

favor, entrega el mensaje a mi familia y machaca a ese maldito cabrón. Busca a Sally, intenta parar toda esta locura.

El hombre agachó la cabeza y dejó de respirar. Su corazón se detuvo y todo lo que había sido desapareció de repente. Ahora de nuevo era simplemente un ciudadano sin más.

Philip comenzó a llorar y aparcó el coche frente a emergencias. Se llevaron el cuerpo sin vida de su amigo. El agente se escabulló antes de que la policía comenzara a hacerle preguntas.

Mientras caminaba por la ciudad en dirección a la sede de la ONU, no podía dejar de preguntarse qué podía hacer para frenar a Franklin. No lograría ni traspasar el primer círculo de seguridad del edificio. El agente había llegado al punto de que ya casi nada le importaba, con tal de terminar con Thomas Franklin y toda su camarilla de asesinos.

Tomó un autobús y en poco más de media hora se encontraba frente a la sede de la ONU. La expectación era máxima, miles de personas se habían reunido para el acontecimiento. Comenzó a llover, pero la multitud permaneció bajo el aguacero, deseando ver al hombre del momento. Entonces vio la escolta del delegado norteamericano. Reconoció a uno de los hombres, era Anthony Hanks. Cruzó la calle e intentó acercarse, pero un policía lo detuvo.

—¡Por favor! No puede acercarse, regrese a la otra acera.

—Necesito hablar con él. ¡Anthony!

El hombre se giró y habló por su intercomunicador. Después se acercó a Philip.

—¿Qué diablos haces aquí? Hace un siglo que no te veía.

—Necesito que me hagas un favor.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, la última vez que me pediste uno casi me echan del cuerpo de escoltas del Gobierno.

—Será sencillo, te lo prometo. Consígueme un pase. Tenéis de sobra.

—¿Ya no eres agente de la CIA?

—Bueno, sí. Es algo largo de explicar, pero debo pasar a la sesión.

—¿No te querrás cargar a alguien?

Philip encogió los hombros.

—Crees que la CIA necesita que le pasen a un edificio a uno de

sus hombres, no estoy en misión oficial.

—Entonces, pídeselo a ellos.

—Anthony, hazlo por los años que servimos juntos.

El guardaespaldas le dio disimuladamente un pase y se alejó.

Philip se acercó a la entrada principal y enseñó su pase. Era uno de público. Lo obligaron a subir hasta el palco superior. Las posibilidades de que pudiera hacerle algo a Thomas Franklin eran mínimas. No tenía un arma. Tampoco le serviría de nada intentar acercarse a él; antes de que estuviera a un par metros, lo abatiría alguno de los francotiradores de la sala. Miró por todos lados, pero no sabía qué hacer. Únicamente un golpe de suerte podría impedir que Thomas Franklin diese su maldito discurso.

Se preguntó por Sally. Esperaba que estuviera bien. Sabía que la intención del fundador de Utopía no era asesinarla, sino lavarle el cerebro. Entonces la vio entrar. Primero iba Amanda con un hombre calvo con perilla y gafas; detrás, Sally custodiada por un guardaespaldas. Se sentaron en uno de los laterales, muy cerca de la tribuna. Al agente le dio un vuelco el corazón. Debía acercarse un poco más. Se dirigió a uno de los baños y vio que entraba un delegado de la República Checa. Lo siguió. El hombre se metió en una cabina, pero antes de que pudiera reaccionar, Philip lo golpeó la cabeza y lo dejó k.o. Luego lo amordazó. Le quitó la chaqueta y su identificación. Después se dirigió hasta el gran salón. Lo cierto era que, a medida que se aproximaba al estrado, le impresionó aún más el edificio.

Sally volvió la cabeza, vio claramente a Philip, pero no hizo ningún gesto. Parecía como ausente. Entonces toda la sala calló al unísono. Entró el presidente de la ONU, el presidente del Consejo Europeo y otros mandatarios; junto a ellos caminaba Thomas Franklin. Philip sintió un escalofrío al verlo entrar.

50

Tras el desfile de autoridades, el secretario general de la ONU subió al estrado y respiró hondo antes de dirigirse al público. La sala se encontraba tan silenciosa y atenta que Philip miró a su alrededor sorprendido.

—Autoridades, primeros ministros y presidente, señoras y señores, miembros de la Organización de Naciones Unidas, estamos viviendo uno de los momentos más convulsos de la historia. Todos creíamos, tal vez con cierta ingenuidad, que el siglo XXI sería una era de prosperidad y paz. En lugar de eso hemos atravesado una fuerte crisis económica, varias pandemias que casi acabaron con nosotros y nuestra forma de vida, el colapso de la naturaleza, atacada por la contaminación, lo que ha producido un cambio climático que ahora pone en riesgo nuestra supervivencia y la vida en general en la Tierra. Si en algo estamos todos de acuerdo es en que no podemos continuar igual. El mundo necesita un giro radical y rápido. Ya no nos queda tiempo. En los últimos años han aumentado las migraciones, los conflictos entre estados, el terrorismo, las guerras civiles. Las naciones no pueden soportar más presión, los gobiernos se derrumban ante el peso del populismo, las noticias falsas y el desprestigio generalizado de la política. Es hora de una nueva era, de un nuevo mundo en el que todos tengamos cabida. Por ello, a petición de la Unión Europea, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Rusia, Corea del Sur, la mayoría de los países de Hispanoamérica, África y Asia, hoy estamos aquí para votar la proposición más importante desde que se creó esta institución, tras la Segunda Guerra Mundial. Es ahora o nunca, señores. Les presento a Thomas Franklin, creador y fundador de Utopía, el primer Estado autosostenible, justo, igualitario, libre y más avanzado tecnológicamente.

Un aplauso cerrado retumbó en toda la sala. La mayoría de los miembros de la ONU se pusieron en pie a excepción de Irán, Corea

del Norte, China y los Estados Unidos.

Thomas Franklin no se puso en pie de inmediato, con su sentido teatral de la vida. Lo hizo cuando la ovación parecía ir creciendo hasta convertirse en ensordecedora. Un foco lo alumbró y se aproximó con paso lento y firme hasta el estrado. Vestía completamente de negro, corbata incluida, pero era una tela brillante y cara. Subió los escalones y se puso frente al estrado sin ningún tipo de notas. Miró al público sin decir nada, hasta que los aplausos comenzaron a disminuir.

—Ciudadanos de la Tierra. El famoso científico Newton decía que los hombres construimos muchos muros, pero pocos puentes. Cada uno de los delegados de esta organización ha sido aleccionado para defender esas murallas, para proteger los intereses de las élites que llevan gobernando este mundo desde hace siglos, en algunos lugares milenios. Los muros provocan guerras y conflictos, dividen a los hombres y destruyen la armonía de la Tierra. Por eso, la paz siempre comienza con una sonrisa. Con ese gesto tan inocente y radical, por el que bajamos la guardia y nos entregamos a los demás. Esa es la razón por la que este es el momento de que todos caminemos juntos para buscar la paz o no la alcanzaremos.

El público comenzó a aplaudir de nuevo y se puso en pie. Thomas Franklin sonrió y miró a un lado y otro, disfrutando de aquel momento de gloria.

—El ser humano aún no ha desarrollado toda su potencia; únicamente nos ha dado hasta ahora tiempo de llegar a ser, pero no hemos tenido la oportunidad de ser. Tito Maccio Plauto decía que «El hombre es un lobo para el hombre». Somos nuestro peor depredador. Nuestra ansia de tener cercena nuestra ansia de ser, pero eso está a punto de terminar. Nada material merece que nos angustiemos de ese modo, ya que todo es pasajero. Queridos amigos, qué difícil es ser hombre en un mundo de medio hombres. Es triste, pero la sociedad nos enseña más a destruir que a construir, a odiar más que amar, a tener más que a ser. Esto ha llevado a nuestro planeta al borde mismo del colapso. Ya no tenemos más tiempo. Nuestra verdadera nación es la humanidad. Albert Einstein, una de las mentes más preclaras de la historia, afirmaba que la suerte de la humanidad es en general la que ella misma se merece. Ahora los animo a que demos un salto, que salgamos de las sombras

y nos acerquemos a la luz. Ese hermoso y bello resplandor de la ciencia y de la razón, pero unidos con la fraternidad, la libertad y la igualdad.

De nuevo el público comenzó a aplaudir, se puso en pie y tardó unos segundos en detener su ovación.

—Yo soy un simple mortal, igual que todos los que estamos en esta sala y los que nos siguen por medio de las televisiones y las redes sociales. No tengo recetas mágicas. No puedo ofrecerles un cambio radical sin su ayuda, porque eso es a lo que apelo en esta mañana. Salvemos el planeta, salvemos a la gente, a nuestra gente. Rabindranath Tagore dijo sabiamente que, si convertíamos un árbol en leña, arderá para nosotros, pero ya no florecerá ni dará fruto para nuestros hijos. Hoy no solo nos jugamos el futuro, sobre todo nos jugamos el presente. La Tierra tiene suficientes recursos para alimentarnos y cubrir nuestras necesidades, pero jamás podrá saciar la codicia de una humanidad que vive para acumular. No podemos quedarnos quietos e ignorar lo que la Tierra nos está pidiendo. ¿No la escuchan? Nos ruega que la ayudemos. Utopía no es la respuesta para todos nuestros males, pero sí un nuevo comienzo.

Detrás de Thomas Franklin comenzaron a pasar en tamaño gigante imágenes y vídeos de la isla.

—Todo esto es lo que hemos conseguido en dos años. Dejen que mis equipos los asesoren, nuestros economistas los guíen, nuestros científicos los iluminen y en una década no habrá más hambre, guerra, destrucción de la naturaleza, desigualdad ni violencia. Utopía es la única solución para un mundo que ya no puede esperar más. Por favor, por sus hijos y nietos, apoyen un cambio radical para nuestro planeta.

La sala se puso en pie emocionada. Thomas Franklin abandonó el estrado tambaleándose, como si estuviera agotado, y se dirigió de nuevo a su asiento.

El secretario general se subió al estrado y anunció el comienzo de la votación.

Uno a uno todos los delegados se fueron levantando y emitiendo sus votos. A medida que avanzaba el número de pronunciamientos, el entusiasmo fue creciendo en la sala. La mayoría votaba afirmativamente para aplicar el programa político y de desarrollo de Utopía y el mando único administrativo de Thomas Franklin, lo

que *de facto* era darle el control sobre el ochenta por ciento de la humanidad y el noventa y cinco por ciento de los países del mundo.

—Por favor, silencio. Según el recuento de votos, de los 126 países miembros de la Organización de Naciones Unidas, 122 han votado a favor de aplicar el proyecto de Utopía a sus naciones y al gobierno de la Tierra. Los delegados de la ONU están respaldados por sus actuales gobiernos, por tanto esta resolución queda aprobada. Gracias a todos.

La gente se puso en pie y muchos comenzaron a felicitar a Thomas Franklin. Mientras, Philip salió de su asiento y se dirigió hacia el anciano. A medida que se acercaba, el corazón se le aceleraba por momentos. No era fácil esquivar a la gente que se agolpaba alrededor de Franklin, a pesar de que los guardaespaldas lo rodeaban e intentaban abrir paso. Al final estuvo a unos pocos metros y sus miradas se cruzaron por un segundo. La del fundador de Utopía, fría y prepotente; mientras que la de Philip, temerosa y angustiada. Alguien empujó al agente y la masa comenzó a alejarlo de allí.

Thomas Franklin se giró. Se aproximaban Mónica, Sally y el doctor Hunter para felicitarlo. El anciano abrió ampliamente los brazos y comenzó a recibir las felicitaciones de su pequeña comitiva. Philip, impotente, comenzó a alejarse, pero antes de que hubiera abandonado la sala escuchó los gritos y carreras del público y supo que algo había sucedido.

51

Todo pasó muy rápido. Sally y su hermana se acercaron a Thomas Franklin. Sally estaba visiblemente drogada por los tranquilizantes y la primera sesión de lavado de cerebro del doctor Hunter. Apenas podía seguir lo que se hacía en la sala ni los discursos. Su voluntad estaba completamente anulada. Cuando terminó la sesión se acercaron hasta él. Sally, un par de pasos por detrás de su hermana. Entonces sucedió algo que todavía no lograba asimilar. Amanda abrazó a Thomas Franklin, después se arrancó del pelo una púa larga y antes de que nadie pudiera reaccionar se la clavó en el pecho varias veces al anciano, que comenzó a sangrar antes de desplomarse. Uno de los guardaespaldas sacó su arma y apuntó y disparó a la mujer. La sangre de Amanda le salpicó en la cara a Sally y se quedó paralizada, temblando. Entonces notó una mano que le aferraba el brazo y comenzó a correr.

Philip tiró de la mujer y salieron de la sala antes de que la acordonaran, aprovechando la confusión para dirigirse a la planta baja y escapar por la puerta principal.

La lluvia se había intensificado en la calle. La noticia del ataque a Thomas Franklin se había difundido y ya corría un vídeo del intento de asesinato. La policía intentaba dispersar a la multitud, pero todo el mundo parecía frenético y enloquecido.

El agente logró llegar al otro lado de la calle aferrado al brazo de la mujer.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Amanda?

Philip no contestó. Al llegar a la paralela pidió un taxi y miró por el cristal trasero mientras se alejaban de la zona.

—¿Estás bien?

Sally afirmó con la cabeza a pesar de encontrarse completamente drogada.

—¿Qué ha pasado?

El hombre se lo explicó brevemente y la mujer apoyó las manos

en las sienes, como si no pudiera soportar lo sucedido.

—¿Qué la ha pasado a mi hermana Amanda?

—Un guardaespaldas la abatió, me temo que está muerta.

Sally comenzó a llorar, primero suavemente, después a gritos. Luego cruzaron el río y llegaron New Jersey. Philip quería que se escondieran al menos hasta que se aclarase todo. Una de sus tías vivía en una casa vieja de madera, que había pertenecido a su abuela materna. La mujer se sorprendió al verlo en la puerta, pero los dejó pasar.

—Estáis empapados. Qué día tan terrible. ¿Os habéis enterado de lo que ha sucedido en Nueva York?

El hombre no contestó, pero le pidió a su tía que les preparase algo caliente. La mujer regresó a los pocos minutos con unas tazas de té y unas pastas.

—¿Podemos quedarnos aquí algunos días? Le preguntó a su tía.

—¿Te has metido en algún lío? De niño siempre eras un revoltoso.

—Soy un miembro de la CIA. Ahora formo parte de los buenos, ya sabes.

La anciana frunció el ceño y su frente se cubrió de arrugas profundas.

—No me gusta el Gobierno y mucho menos esos tipos de la CIA.

La mujer los dejó a solas y preparó la cama de invitados. Philip animó a Sally a que se diera una ducha. Mientras el agua recorría el cuerpo entumecido, la mujer se miró la herida y recordó. Su mente comenzaba a despejarse poco a poco. Le vino a la cabeza la escena de la muerte de Amanda y comenzó a llorar.

Cuando salió del baño y bajó las escaleras, Philip y su tía estaban viendo la televisión. Una presentadora anunciaba:

«Thomas Franklin fue atacado por una de sus colaboradoras y mano derecha, Amanda Red, que fue abatida poco después por un guardaespaldas. El fundador de Utopía se encuentra grave y ha sido trasladado a un hospital cercano. Se cree que este hombre y esta mujer pueden ser cómplices del intento de asesinato».

Las imágenes de los dos aparecieron en la pantalla y la tía de Philip lo miró confusa.

—¿Qué ha pasado? Si no me lo cuentas, llamo a la policía.

Philip le explicó a tu tía todo lo sucedido.

—Lo entenderé si quieres que nos marchemos —dijo el agente.

—¿Adónde vais a ir? Os busca medio país. No asoméis el hocico por las ventanas, tengo vecinas muy cotillas. Mañana tendréis que marcharos. Os buscarán en casas de familiares cercanos. Tu tío aún conserva una lancha en el puerto. Lleva dos años muerto, pero imagino que funcionará. He estado pagando el alquiler del amarre y el mantenimiento, más por nostalgia que por cualquier otra cosa.

—Gracias, tía Helen.

—Ya te he dicho que no me gusta el Gobierno —contestó mientras refunfuñaba.

52

A la mañana siguiente tomaron la lancha y lograron llegar a Canadá. Abandonaron la embarcación en un lugar desierto. Su tía les había dado dinero suficiente para atravesar el país, aunque intentaron hacerlo en transportes baratos y sin llamar mucho la atención. En cada ciudad que visitaban, Philip compraba el periódico para informarse del estado de Thomas Franklin. Aquel maldito psicópata parecía mejorar cada día. La prensa y en especial el Papa atribuían su mejoría a un verdadero milagro.

Justo cuando llegaban a Alberta, el agente leyó la preocupante noticia de que el Papa había acordado la creación de una sola fe con las principales religiones monoteístas en pro de la paz y siguiendo el modelo de Utopía. Apoyaba que, tras la recuperación de Thomas Franklin, este fuera nombrado líder mundial, para después proclamar una única religión monoteísta llamada Armonía, en la que se incluyese a musulmanes, cristianos de todas las ramas y religiones politeístas que quisieran unirse.

—¿Has visto esto?

Sally leyó el periódico y después se recostó de nuevo en el asiento. Parecía taciturna y apática.

—¿Pensabas que podríamos evitar su ascenso?

La pregunta de la mujer le pareció demasiado enigmática.

—¿Por qué lo dices?

—Hablé con Amanda mientras íbamos en el coche hacia la sede de la ONU. Yo estaba aturdida pero me dijo al oído que debía terminar con todo esto. Lo cierto es que no la comprendí.

—¿Por eso lo asesinó?

—Me comentó que en la visita que hizo el Papa a Utopía, en una de sus homilías privadas en la que había un pequeño grupo de seguidores, el pontífice profetizó el gobierno de Thomas Franklin y que intentarían asesinarlo, pero que saldría triunfante.

Philip la miró asombrado.

—No creerás en esas supersticiones. Se suspendió la resolución y no pienso que el mundo proclame a alguien como Thomas.

Aquella noche durmieron en un motel a las afueras Whitehorse. La habitación no era muy confortable, pero llevaban casi una semana en la carretera; cualquier lugar les parecía mejor que el asiento de un autobús.

A la mañana siguiente se dirigieron a una pequeña aldea cerca del bosque. Allí se encontraron con un hombre. Les dio una documentación falsa y las llaves de una casa y un coche.

—No hablen con nadie, no se comuniquen con nadie y pasen desapercibidos. El hombre los acercó hasta una cabaña de aspecto confortable. Debajo de un techo había un todoterreno de color blanco. Bajaron del coche y se quedaron solos frente a la fachada.

—Creo que este será nuestro nuevo hogar. Es lo mejor que ha encontrado la Fundación de Steve Gates.

Sally levantó las manos e hizo un gesto de resignación.

—¿No te había dicho que odio el campo?

Abrieron la puerta. La casa se encontraba impoluta. Philip fue a por leña y encendió la chimenea. Mientras cenaban algo a la luz de las velas, aunque la cabaña tenía un generador de gasoil, Sally miró a los ojos al hombre.

—¿Realmente la amabas?

—Creía que sí, pero ahora no estoy seguro.

—Ella era lo único que tenía —dijo Sally.

—Bueno, al menos estamos juntos —respondió él.

La mujer se encogió debajo de su rebeca. Desde lo sucedido no hablaba mucho, apenas comía y parecía apagada y distante.

—Necesito que vuelva la mujer que conocí.

—Creo que murió aquel día, junto a Amanda.

Philip agachó la cabeza y siguió comiendo.

Fuera comenzaban las primeras nieves. El mundo volvía dormir su sueño invernal, mientras se preparaba para otra nueva primavera.

Epílogo

Philip no bajaba mucho al pueblo, prefería no tener demasiada relación con la gente. La única persona a la que conocía era la tendera. En la casa les habían dejado poco más de medio millón de dólares canadienses. Llevaban casi dos meses solos y se estaban acostumbrando a aquella vida apacible y tranquila.

—Hola, ¿cómo está todo por allí arriba? —preguntó la tendera.

—Frío y nevado —contestó Philip.

—¿Quieres lo de siempre? También ha llegado el periódico. ¿No tenéis internet en esa cabaña?

—No, somos amish —contestó sonriente el hombre.

La gruesa mujer le dio las dos bolsas de papel y el periódico. Él pagó en efectivo, pero antes de que le devolviese la vuelta el titular lo dejó petrificado: «Thomas Franklin toma posesión de su cargo. El nuevo líder del planeta promete paz, prosperidad y un mundo sostenible». Le palideció tanto la cara que la mujer se dio cuenta.

—A mí tampoco me gusta este salvador de pacotilla. Aquí llevamos practicando la ecología sostenible doscientos años.

—Tienes razón —dijo mientras tomaba las bolsas y se dirigía al coche.

Recorrió los quince kilómetros hasta la cabaña inquieto. Cuando llegó vio dos coches aparcados en la puerta. Pensó en huir, pero no quería dejar sola a Sally. Cuando cruzó la puerta observó a siete hombres armados. Sentado a la mesa junto a la mujer se encontraba el hombre calvo con perilla y gafas que había visto en la sede de la ONU.

—Philip, lo estábamos esperando. Creo que ya podemos marcharnos.

Cuando salieron al porche, la nieve caía tan copiosamente que apenas se podía ver a dos palmos de distancia. Caminaron hasta los coches y los metieron con delicadeza, como si fueran los invitados a

una fiesta. Los dos se miraron y se aferraron las manos, mientras eran expulsados del paraíso. Nunca se permitió a nadie comer del árbol de la ciencia y continuar por mucho tiempo en el Jardín del Edén.

MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido

traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Mario Escobar, novelista, historiador y colaborador habitual de *National Geographic Historia*, ha dedicado su vida a la investigación de los grandes conflictos humanos. Sus libros han sido traducidos a quince idiomas. Tiene más de dos millones de lectores en el mundo, fue el ganador del Premio Empik 2020 y el finalista del Premio International Latino Book 2020.